



FRED BAXTER

SU ALTEZA EL LADRON





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.^a edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.^a edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.^a edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.

En preparación:

SHANGHAI.
ESPIAS EN LA NOCHE.
T A N G E R
LA RUTA DE LA LOCURA.

CAPÍTULO I

«PISTOL DANDY»



HARLESTON, en la Carolina del Sur, siempre ha sido un puerto muy visitado por su riqueza algodonera. Es incesante el movimiento portuario y, durante todo el día, no paran las grúas en la carga y descarga.

Por las noches, las tabernas del puerto están concurridísimas, y entre sus parroquianos aparecen los eternos aventureros de los siete mares, resaca social incontrolada, que suele dedicarse a sucias actividades.

Disfrazados con el ropaje humilde del obrero, se mezclan con éste y estudian su gestos, sus acciones y sus costumbres, hasta llegar

a compenetrarse de tal modo con ellos, que consiguen emularlos, trabajando algunos días, durante los cuales adquieren los conocimientos que les faltaban para poder desempeñar un puesto de confianza, y es entonces cuando preparan el terreno para dar el golpe, sin temor al fracaso.

En la taberna conocida con el nombre de Bahama Saloon se habían reunido aquella noche cuatro individuos que tenían toda la traza de estibadores del puerto. Estaban esperando a uno a quién consideraban como «jefe de operaciones».

A juzgar por el aspecto de aquellos hombres, era de suponer que anduvieran buscando trabajo, pues sus ropas estaban muy usadas, los rostros sin afeitar y el escaso gasto que hablan hecho los presentaba como obreros «parados». Ninguno era viejo; sus edades oscilarían entre los treinta y los cuarenta años y, sin embargo, parecían cansados de la vida y en sus ojos brillaba el desencanto, que es consecuencia de la desilusión y, tal vez, del fracaso.

—Mucho tarda «Candy» —dijo uno.

—Siempre anda ocupado —repuso otro—, pero vendrá: lo ha prometido, y él nunca falta a su palabra.

Como si la alusión fuese la palabra mágica evocadora del desconocido personaje, cedieron los batientes de la puerta de la calle y apareció un hombre vestido correctamente, y llevando al brazo una gabardina.

Era un tipo de buena apariencia aquel sujeto. Tal vez no hubiese cumplido aún los treinta años, pero la vida había dejado impreso en su rostro las señales inconfundibles del vicio.

De buena estatura, facciones regulares, revuelta cabellera y ojos negrísimos, tenía una sonrisa que parecía estereotipada en su semblante.

Se detuvo frente a la mesa ocupada por los cuatro individuos, y después de mirarlos profundamente, con una mirada llena de interrogantes, sentóse, diciendo:

—Me he retrasado un poco, pero aquí estoy. Supongo que estaríais aburridos.

—Nada de eso, jefe —dijo uno—; el único que se aburre cuando entramos es el tabernero, porque como no hacemos gasto...

—Pedid algo.

Poco después, una botella de ginebra y cinco vasos estaban

sobre la mesa, cubierta por un hule.

«Pistol *Dandy*» acababa de llegar de Tampa, la hermosa ciudad de La Florida, desde donde preparó uno de sus tenebrosos planes para cuya ejecución contaba con la ayuda de aquellos cuatro indeseables.

«Pistol *Dandy*» solía cambiar de personalidad a cada paso, y tan pronto era un viajante de comercio, un comprador de algodón, un marinero en vacaciones o un rentista dedicado al turismo. Hablaba varios idiomas, y esto le permitía cambiar de residencia frecuentemente, desorientando a la Policía.

Era, en suma, un cerebro privilegiado dedicado al mal. Después de sus actuaciones en Chicago, estuvo ausente varios meses, y los periódicos publicaron la noticia de su muerte. Esto le permitió disfrutar de una pausa, y ahora volvía de nuevo a enfrentarse con la ley, a burlarla y a vencerla, como tenía por costumbre.

La vida de «Pistol *Dandy*» estaba llena de dramáticos episodios, muchos de los cuales llenaron páginas enteras de prensa. Era, desde luego, un genio de fecunda imaginación y de grandes recursos.

Sus compinches habían sido contratados entre el cieno de la calle, y pensaba moldearlos a su antojo. Los cuatro aguardaban la palabra del jefe, sabedores de que algo extraordinario iba a suceder.

El caneco de ginebra tocaba a su fin, y la caldeada atmósfera de la taberna empañaba los cristales de las ventanas. El humo del tabaco ponía una niebla, oscureciéndolo todo. Al fondo, un viejo piano desafinado sonaba plañidero y, a su compás, una muchacha espigadilla y pelirroja cantaba una cancioncilla picaresca.

«Pistol *Dandy*» encendió un veguero y, cruzando las piernas, recostóse en el respaldo del viejo sillón y, arrojando una serpentina de humo, manifestó:

—Siempre he despreciado a los «ratas» de la ciudad que van a la cárcel por robar una miseria. Yo no puedo ver a esos principiantes que estropean «los negocios» miserablemente, porque con ello lo que hacen es ensuciar el agua, para no pescar nada. Tengo preparado un asunto, y necesito vuestra ayuda. Si sale mal, iremos a parar entre rejas, pero si tenemos éxito, como espero, podréis disfrutar de unas buenas vacaciones en las soleadas playas del Pacífico, vestir con elegancia y sembrar el dinero para satisfacer vuestros caprichos —y sacudiendo la ceniza del habano con el dedo

meñique de su mano izquierda, agregó—: Son cincuenta mil dólares para cada uno de vosotros, ya veis que yo no ando con miserias.

—¡Cincuenta mil! —exclamó Peter Duwing.

—No está mal —exclamó Rufus Theyner.

—Buen bocado —agregó Thomas Sanders.

—Desde luego —dijo Chuck Tyler—, pero... ¿cuánto se llevará nuestro amigo «*Dandy*»?

—Lo mío no cuenta; yo pago a los que me ayudan. Si os parece poco, podéis buscar otro que os dé más. No acostumbro que discutan mis determinaciones ni explicar más de lo que me conviene. Ésa es mi norma. ¿Conformes?

Los cuatro inclinaron la cabeza con cierta desgana. El bocado debía de ser muy grande cuando «*Dandy*» ofrecía tal cantidad, y querían saber de qué se trataba.

—Lo sabréis en el momento de realizar la operación; es mi costumbre. Mientras tanto, ahí va un anticipo, para que compréis lo que os haga falta.

Entregó mil dólares a cada uno y después de abonar el gasto despidióse, diciendo:

—Mañana, a esta misma hora, en el *Sports Club*. Procurad ir un poquito arreglados, porque parecéis pordioseros.

«*Dandy*» perdióse en las lóbregas callejas de los muelles.

Al día siguiente, los cuatro individuos llegaban a las puertas del *Sports Club*, especie de «*dancing*» nocturno, frecuentado por público de todas clases. Cruzaron la entrada y fueron a sentarse en una mesa, cerca de la orquesta.

Estaban desconocidos. Después de afeitarse y de tomar un buen baño, se habían vestido en una tienda de ropas hechas, y aunque los trajes no fueron cortados a la medida, daban cierta apariencia de buen tono.

No habían hecho más que sentarse, cuando vino un camarero a decirles que les aguardaban en el reservado. Allí estaba «*Dandy*», hablando con un caballero de aspecto respetable, el cual, apenas vio entrar a los cuatro individuos, despidióse apresuradamente, después de saludarles con una inclinación de cabeza.

Al hallarse a solas, «*Dandy*» les indicó que tomaran asiento; oprimió un timbre y pidió al camarero cinco «martini's».

Hasta ellos llegaba la música del «*jazz*», mezclada con risas y el

chocar de copas.

«*Dandy*» vestía un flamante terno de casimir, camisa de seda y calzaba zapatos de charol. Levantóse, y después de correr las cortinas volvió a sentarse, humedeció los labios en el ambarino licor y, mirando con fijeza a sus satélites, les dijo:

—Dentro de dos horas ejecutaremos el trabajo. Y ahora, escuchad mis instrucciones: Aquí cerca, a menos de doscientas yardas, hay un edificio que tiene entradas por Lincoln Avenue y Clark Street. En el piso cuarto existe una oficina dedicada al estudio del control de proyectiles por radiotelevisión. Tenemos que apoderarnos de los planos, sin dejar señales de nuestro paso. Hay vigilancia en el edificio, pero vosotros os encargaréis de suprimirla; ése es vuestro trabajo; del resto me encargo yo. No creo que necesite daros más explicaciones, pues ya sois zorros viejos en estos asuntos y sabéis de sobra cómo resolverlos, y, sobre todo, nada de tiros. Las pistolas han de estar calladas, ¿entendido?

—No está muy claro —repuso Sanders—, porque no sabemos la forma de realizar el trabajo.

—Yo entraré por la puerta principal de Lincoln Avenue, y subiré al piso; tú y Tyler hacéis guardia en la escalera. Mientras tanto, Rufus y Peter, dando la vuelta por Clark Street, ocuparán la entrada.

«*Dandy*» siguió hablando hasta explicarles el resto de su plan.

Eran las once de la noche cuando salieron a la calle.

La oficina a que se había referido «*Dandy*» estaba vigilada por dos hombres armados, que se relevaban cada cuatro horas. Permanecían en la antesala, fumando y leyendo los periódicos, sin preocuparse mucho de la vigilancia, toda vez que la puerta estaba cerrada con doble vuelta de llave y cadena de seguridad.

Aquel despacho pertenecía al ingeniero Palmer Strong, que trabajaba para

R. C. A.

(Academia de Ciencias Americana).

«*Dandy*» subió al quinto piso y penetró en un departamento que unos días antes había sido alquilado por él mismo. Una vez allí, cerró la puerta, se vistió un «mono» azul y, después de cambiar el flexible por una gorra, abrió la ventana, sujetando a ella una sólida

cuerda.

Se trataba de descender al piso inmediato. Todo estaba estudiado de antemano. La posesión de aquellos papeles debía de ser muy importante, porque «*Dandy*» se jugaba la vida en el intento. Claro está que para él, esto no era nuevo. ¡Había desafiado tantas veces a la muerte!

«*Dandy*» pertenecía al género de delincuentes que maduran sus proyectos. Todo cuanto ejecutaba había sido meditado serenamente. Era un hombre de inteligencia prodigiosa, con un cerebro perfecto. ¡Un técnico del delito! El robo de los planos sólo iba a producirle escasos beneficios, pero estaba ligado con otro asunto de más envergadura, y por eso lo llevaba a cabo. Durante varios días lo estuvo estudiando, y se dispuso a entrar en acción cuando comprendió que no había olvidado ningún detalle.

Después de terminada la última guerra, los servicios de espionaje funcionaron a una marcha acelerada, y hubo país que gastó sumas fabulosas por obtener los secretos de las potencias que se creía superiores en los adelantos de armas científicas. Abundaron los traidores, y los Servicios Secretos extremaron su vigilancia.

«*Dandy*» apagó la luz que había encendido, asomóse a la ventana y, después de observar un instante, se colgó de la cuerda y se fue deslizándose por ella como un consumado acróbata. Al llegar a la ventana del otro piso, apoyó un pie en la cornisa, escuchó de nuevo, y durante algunos segundos permaneció inmóvil, tratando de localizar el menor ruido. Los dos guardianes estaban jugando a las damas. No los veía, pero hasta él llegaba su conversación. Saltó dentro del aposento. Como un felino al acecho, dio unos cuantos pasos. Los gruesos cortinajes de felpa le separaban de aquellos dos hombres, que permanecían confiados, ignorando que la muerte había penetrado en el piso.

El terrible «gángster» que tantas fechorías cometiera en Chicago volvía de nuevo, después de prolongada ausencia. Ya había sido olvidado. En el fichero del Departamento Central de Policía figuraba su nombre con un trazado de lápiz rojo: «Muerto». Y allí estaba de nuevo, dispuesto a demostrar que se habían equivocado.

Por entre los cortinajes echó una ojeada. Los dos vigilantes jugaban tranquilamente. Al alcance de sus manos, una botella y dos copas. De pronto, uno de ellos miró el reloj de pared, diciendo:

—Aún nos falta una hora.

En aquel momento, «Dandy» se echó hacia atrás apresuradamente, y las cortinas se movieron.

—Será mejor que cierres esa ventana —indicó uno de los guardianes—, porque entra fresco.

Levantóse el hombre para cumplir el deseo de su compañero y, apenas había cruzado la entrada del otro aposento, cuando cayó, herido de muerte, por el puñal asesino de «Dandy».

—¿Qué pasa, Stefen? —preguntó el vigilante, incorporándose.

Al no oír respuesta desenfundó la pistola y avanzó decidido, pero apenas había apartado los cortinajes cuando el brazo armado del «gángster» descendió de nuevo, y la hoja cortante hundiéndose en su pecho.

—No me tiembla el pulso —murmuró el miserable, limpiando el arma en las ropas de su víctima—. Los he despachado de un solo golpe.

Sobre la alfombra estaban tendidos los dos guardianes. Los estuvo contemplando un breve instante, y viendo que no daban señales de vida, dirigióse al despacho del ingeniero y después de fracturar la cerradura, se puso a revolver en el cajón, del que fue sacando su contenido. Por fin, sus ojos se detuvieron en una carpeta atada con una cinta. La desató apresuradamente, leyendo una nota que decía:

«El control por radiotelevisión es tan diestro y de visión tan amplia que, desde el lugar del lanzamiento, el operador, apretando un botón, puede dirigir el proyectil con alas como si estuviera dentro de él mismo».

«Dandy» continuó buscando, hasta dar con los deseados planos. Los introdujo en un sobre, guardándoselos en el bolsillo.

Sin preocuparse de lo que había hecho, fue hasta la ventana y trepó por la cuerda hasta alcanzar el otro piso.

Recogió la cuerda, cerró la ventana, se despojó del «mono», lavóse las manos, se puso el sombrero y, después de apagar la luz, abrió la puerta, que volvió a cerrar con llave, y descendió las escaleras sin apresuramiento alguno.

Sus satélites permanecían en observación en los sitios designados. No habían visto nada anormal, ni tuvieron necesidad de intervenir. Salieron a la calle por Clark Street y subieron a un «taxi» que pasaba. Era medianoche. La ciudad estaba silenciosa y parecía dormida, pero entre las sombras, el hampa criminal se movía y sus tentáculos llegaban a todas partes.

El coche se detuvo en las afueras de la población, en la carretera de Augusta, a la puerta de un elegante chalet, rodeado de verja de hierro. Despidieron al «taxi». El coche partió velozmente, como si tuviera prisa por abandonar aquellos parajes solitarios.

«Dandy» volvióse a sus hombres, diciendo:

—Queda la parte más difícil. Entraréis dos de vosotros conmigo, y los otros se quedarán a la entrada, vigilando. Si pasa algo, no vaciléis en disparar contra el que se ponga por delante.

Tiró de una cadena y se oyó, en el silencio de la noche, el tintineo de una campanilla. Poco después se escucharon pasos. Apareció un hombre, preguntando:

—¿Qué buscan aquí?

Y «Dandy» respondió:

—Traigo la receta que me encargaron.

Aquellas palabras debían de ser algo convenido de antemano, porque el hombre abrió la verja y les franqueó el paso. Volvió a cerrar el portón de hierro y, cruzando la enarenada senda del jardín, les condujo hasta la entrada del edificio. Una vez allí, volvióse a «Dandy», diciendo:

—El señor desea que pase usted solo; sus amigos pueden esperar en el «hall».

—Mis hombres hacen lo que yo les mando y no obedecen órdenes de nadie. Dos de ellos se quedarán aquí, pero los otros dos vendrán conmigo.

—Se lo preguntaré.

—No es necesario.

Lo apartó bruscamente y, seguido por Tyler y Sanders, dirigióse al fondo. Se había abierto una puerta y aparecido en ella el hombre que vieran en el *Sports Club*.

—Pasen, muchachos —dijo aquel hombre, haciendo una seña a su sirviente para que se retirase.

Penetraron en un lujoso aposento decorado con esmero y en

donde la riqueza y el buen gusto brillaban en todos los detalles.

Sentados junto a una mesa, estaban dos hombres de mediana edad, elegantemente vestidos. No se molestaron en levantarse al ver a los visitantes y permanecieron silenciosos.

—Mis amigos —explicó el dueño de la casa—, no conocen nuestro idioma y por eso estoy autorizado a llevar las negociaciones yo mismo. ¿Trae usted los planos?

«*Dandy*» sacó el sobre y lo dejó sobre la mesa, diciendo:

—Si sus amigos quieren hacer alguna observación, pueden hablar, porque yo conozco varios idiomas.

—No creo que sea necesario.

Uno de aquellos hombres examinó el contenido del sobre, y en sus ojos brilló una chispa de satisfacción. Con un movimiento de cabeza dio su conformidad.

El dueño de casa dirigióse a una caja fuerte empotrada en la pared, y moviendo el mecanismo de precisión la abrió. Después de depositar en ella el sobre con los planos, sacó cinco billetes de cien dólares cada uno y se los alargó a «*Dandy*», el cual ni se molestó siquiera en extender la mano.

La voz del «gángster» tenía una vibración extraña cuando dijo:

—Nosotros no aceptamos limosnas, míster Davenport. Los peligros hay que pagarlos con esplendidez. Yo soy un ladrón, pero tengo mi tarifa.

—Esto era lo convenido.

—Cierto: sin embargo, hubo ciertas dificultades que no creo necesario enumerar, y nuestras vidas corren peligro. Nos exponemos a ir a la silla eléctrica y eso no se paga con quinientos dólares. Usted es el contratista de las obras del puerto, y se encuentra en posesión de un millón de dólares, que tiene guardado en esa caja fuerte. ¡Lo necesito!

Davenport dio un salto, y sus dos amigos parecieron comprender el idioma que hablaba «*Dandy*», porque sus manos fueron buscando un arma, más se detuvieron al ver que los tres «gangsters» ya les apuntaban con sus pistolas, y la que empuñaba «*Pistol Dandy*» era ametralladora.

—No se molesten, caballeros, porque sería inútil. Puestos en el trance de matar, lo mismo nos da un cadáver más o menos. Dos muertos han quedado en el edificio de Lincoln Avenue, no nos

obliguen a aumentar la lista. Venga ese millón de dólares y no perdamos tiempo.

Davenport sudaba al verse acorralado. Había caído en la trampa que le tendiera el «gángster» y no había escapatoria. En el «*hall*» estaban otros dos hombres, que acudirían a la primera llamada. Las tres bocas de las pistolas seguían apuntando amenazadoramente. El momento era de verdadero peligro.

Sobre un mueble había un hermoso reloj suizo, que marcaba la una en punto. Señalándolo, dijo «*Dandy*»:

—Sólo dos minutos, míster Davenport; pasado ese breve plazo, nuestras armas empezarán a funcionar. Ya sé que sus vidas no valen tanto; sin embargo, la elección no es dudosa.

Davenport miró el reloj, después, su mirada fue hasta los dos amigos, que permanecían sentados y con las manos encima de la mesa, sin atreverse a realizar un solo movimiento y, por último, sus ojos se clavaron en aquellos cilindros negros que les apuntaban.

—¡Un minuto! —exclamó «*Dandy*».

Davenport, lanzando un suspiro de cólera y de temor, dirigióse de nuevo hacia la caja fuerte. «*Dandy*» le siguió. No confiaba mucho en aquel hombre, y quería estar seguro de que procedía como él deseaba. La pistola tocó sus espaldas, y Davenport se estremeció.

Diez paquetes de billetes, conteniendo cien mil dólares cada uno, aparecieron en sus manos, y pronto pasaron a las de «*Dandy*», quien se los embolsó rápidamente.

El reloj marcaba la una y diez minutos.

En aquel momento oyóse una detonación y la caída de un cuerpo. «*Dandy*», sin alterarse, dijo a Tyler:

—Mira a ver qué ha sido eso.

Davenport, con la desesperación reflejada en su semblante, dejóse caer en una silla, mientras sus dos amigos permanecían acobardados y sin atreverse a mover.

Volvió Tyler, diciendo:

—No ha pasado nada; ese tipo que nos abrió la puerta trató de sorprender a Rufus, y éste disparó contra él. El lacayo creo que está muerto.

—Lo tiene bien empleado, por imbécil.

Y después de pronunciar tan cínica frase, ordenó a sus

compañeros que fueran saliendo. Sin dejar de apuntar a los tres personajes, que estaban más muertos que vivos, cerró la puerta con llave, cruzando el «hall». Al llegar al jardín se detuvieron, en previsión de cualquier desagradable sorpresa. Un coche pasó a toda carrera por delante de la verja. Hasta ellos llegaba, medio apagado, el ruido de la ciudad, como un sordo murmullo de colmena. En el aire flotaba el aroma singular de las algas cercanas. La resaca se estrellaba en las rompientes, levantando flecos de espuma.

«Dandy» condujo a sus compañeros hasta, uno de los acantilados. El reloj de la plaza del Mercado dio una campanada. La sirena de un barco costero rasgó el silencio con su silbido estridente.

Al llegar al peñascal, Tyler tuvo frases de descontento, protestando abiertamente contra «Dandy» por lo poco equitativo del reparto. Cincuenta mil dólares era muy poco, y debía, por lo menos, doblar la oferta, y aun así, a él le quedaría medio millón. Los demás hampones encontraron las palabras de Tyler muy razonadas.

En los ojos salvajes de «Dandy» chispearon reflejos homicidas. Les contestó de mal talante diciendo que no admitía protestas, y que él había planeado el asunto, exponiendo más que nadie. Les daría lo acordado, sin cobrarles el anticipo.

Ninguno de los cuatro estuvo conforme. El demonio de la avaricia acababa de morderles en el corazón. Eran cuatro contra uno, y por sus cerebros pasó un mal pensamiento. Si era necesario, se quedarían con todo. Tal vez «Dandy» adivinó lo que estaban tramando, porque retrocedió un paso, dispuesto a defender su tesoro. Y sucedió lo inesperado. De pronto, el terrible «gángster» puso la pistola ametralladora en posición horizontal y empezó a disparar como un loco, moviendo el cañón a un lado y a otro, hasta que los cuatro hombres quedaron tendidos.

Durante un breve espacio de tiempo los estuvo contemplando con siniestra ferocidad, al tiempo que murmuraba palabras despectivas. Volvió a cargar el arma y en aquel instante sintió ruido de pasos.

La patrulla del puerto se acercaba. Corrió por entre los acantilados aprovechando un sendero estrecho y resbaladizo, y estuvo a punto de estrellarse varias veces, pero, al fin, consiguió

salir a la carretera.

La noche seguía siendo clara, y para evitar peligrosos tropiezos se internó por entre las huertas como una sombra furtiva.

CAPÍTULO II

EL DESCONCIERTO REINA EN LA CIUDAD



A Prensa de la mañana apareció con grandes noticias. «Charleston Tribune» era el mejor informado, y reseñaba, debajo de grandes titulares, lo ocurrido:

«El crimen de la Lincoln Avenue. Un millón desaparecido. Cuatro “gangsters” muertos. ¿Ha resucitado “Pistol *Dandy*”?»

»Nuestro periódico ha tenido que demorar su

aparición para recoger en sus columnas las terribles noticias que han llenado de alarma a esta ciudad.

»En el edificio que ocupan las oficinas de Informaciones Técnicas de la

B. C. A.

han sido asesinados, anoche, los dos guardianes que vigilaban el despacho, y de éste desaparecieron unos planos relativos al “control de proyectiles por radio televisión”.

»Una hora más tarde, cinco Individuos, pistola en mano, se introducían en el chalet de míster Davenport y se apoderaban de un millón de dólares, asesinando al conserje. Parece ser que la familia de míster Davenport se encontraba ausente.

»La patrulla de los muelles sintió, a la una y media, varios disparos en dirección a la Casa de Baños, y poco después encontraban, entre los roquedales, a cuatro individuos, tres de ellos muertos. Resultaron ser conocidos delincuentes.

»El herido fue conducido a la Asistencia Pública y, aunque en estado grave, pudo prestar declaración ante el inspector de guardia, que se personó en el benéfico establecimiento.

»Declaró llamarse Chuck Tyler, de veintinueve años de edad, natural de Carolina del Sur, de profesión marinero. Dijo que habían sido heridos por un hombre llamado “*Dandy*”, del que dio las señas: buena estatura, de unos treinta años, ojos negros y con una gran cicatriz en el parietal izquierdo. Viste bien y habla varios idiomas. Tiene un diente de oro. A la hora de cerrar nuestra edición, el herido ha experimentado ligera mejoría y se confía en salvarle.

»La Policía tiene varias pistas y sigue el rastro del peligroso asesino. Ha sido una sorpresa para todos la reaparición de “*Pistol Dandy*”, a quién se creía muerto.

»Tendremos a nuestros lectores al corriente de cuanto se relacione con este dramático suceso».

«Dandy», como el tigre acorralado, fue a refugiarse en una hospedería del puerto, en donde permaneció dos días sin salir a la calle. Se pasaba las horas sentado en el lecho, pensando en el desarrollo de su trágica odisea. ¡Tyler! Aquel nombre resonaba en sus oídos como un martillo de fragua. «Un tiro de menos —se decía— tuvo la culpa de todo».

«Dandy» levantóse y se puso a pasear. De vez en vez se asomaba a la ventana y contemplaba los muelles y los barcos. El camino del mar era el único que podía salvarle, pero había algo que le denunciaba: ¡el diente de oro y la cicatriz! Sin la declaración del maldito Tyler, ya estaría a salvo.

El bandido era hombre previsor y mandó a buscar a un usurero que se dedicaba al comercio de joyas. Empleó casi todo su dinero en la compra de alhajas y cambió cien mil dólares por moneda extranjera. Tomaba aquellas precauciones por si la numeración de los billetes había sido registrada.

Tenía que tomar una decisión si quería salir triunfante de la terrible aventura en que se hallaba comprometido. Con tanto dinero, se consideraba más pobre que nunca, porque le faltaban alas para volar.

Los muelles estaban vigilados. Su fotografía había sido publicada en todos los periódicos. La radio no cesaba de dar sus señas personales a los cuatro vientos. Los vigilantes de carreteras tenían orden de detener a toda persona indocumentada que vieran pasar; aeródromos y estaciones se hallaban ocupados por la Policía; era difícil salir de la ciudad y él tenía que hacerlo.

Mientras estuviera en la hospedería no corría peligro, porque el dueño era su amigo y, además, el pagaba bien, pero no podía continuar mucho tiempo allí encerrado. Aquel aposento se le antojaba igual a una celda.

Usó el teléfono y mandó venir a un dentista de toda confianza, al que encargó que le cambiara aquel diente de oro por uno de marfil. La sesión duró toda la tarde. Por la noche, se puso la gabardina, encasquetóse una gorra y se decidió a salir. Aquel paso era necesario.

En un callejón húmedo y oscuro, compuesto por tugurios, vivía un hombre que se dedicaba a la cirugía plástica. Lo visitó. El «artista» cobraba crecidas primas por su trabajo, pero era discreto.

«Dandy» le dijo que había que borrar aquella cicatriz.

—Le costará quinientos dólares —repuso el hombre.

—Empiece, entonces.

Los seres humanos, desde los primitivos egipcios de la historia arqueológica, hasta los marineros de nuestros días, han tenido una decidida inclinación por los dibujos incrustados en la piel. Los cirujanos artísticos de estos últimos años, han demostrado que muchas clases de desfiguraciones pueden ser eliminadas por medio de una hábil manipulación de la aguja de tatuar.

En injerto de pigmentos es hoy día un paso esencial en toda operación plástica.

«Dandy» vio cómo el «artista» mezclaba unas especies de cremas de pigmentos rojos, blancos, amarillos y negros hasta conseguir un color idéntico al del rostro y después Impregnaba en la pasta su aguja de cinco puntas. Apretó un conmutador y a razón de tres mil pinchazos por minuto la paseó de arriba abajo. El «gángster» sentía un dolor horrible que poco a poco fue desapareciendo.

La sesión se repitió tres veces. En el rostro no se observaba cicatriz alguna.

«Dandy» estaba satisfecho porque había cambiado de rostro. Ahora, parecía un poco más viejo porque su cara presentaba un aspecto extraño, como si estuviese tostada por el sol.

Al día siguiente encargó al posadero un pasaporte para Savannah, el puerto más cercano al Sur. Necesitaba papeles falsos y ropas adecuadas, una maleta y una máquina fotográfica provista de trípode.

Dentro de la máquina escondió las joyas que había comprado y los billetes grandes los ocultó en el forro de la chaqueta. Ya estaba preparado para dar el salto. Una vez más, iba a burlar a los vigilantes del muelle.

Vistiendo un guardapolvo manchado de ácidos, se presentó en la planchada del barco. Le pidieron los documentos y exhibió los que llevaba con nombre falso. La maleta fue registrada sin encontrar en ella más que ropas viejas y material fotográfico.

—¿No lleva nada dentro de la máquina? —preguntó el aduanero que acompañaba al policía.

—Poca cosa —respondió «Dandy» desfigurando la voz—, medio millón en joyas que heredé de una tía que tengo en Augusta.

Los dos hombres rieron y el bandido subió a bordo sin apresurarse, seguro de sí mismo.

Poco después el barco levaba anclas llevando al más terrible criminal de la época...

La campaña de Prensa despertó grandes protestas. El culpable había desaparecido y nadie era capaz de dar detalles de su paso. El gobernador de Carolina del Sur telegrafió a Washington solicitando la inmediata intervención del

F. B. I.

(Federal Bureau of Investigation), toda vez que la policía local nada había podido resolver.

El caso era grave. El millón de dólares robado pertenecía al Municipio y era menester recuperarlo; por otra parte, en el suceso, habían muerto seis personas y tal hecho tampoco podía quedar sin castigo. Por si esto fuera poco, existía la desaparición de unos planos importantes en caso de caer en poder del enemigo. Todas estas razones, aconsejaban la intervención de un agente especializado, capaz de poner en claro el asunto.

Desde luego no era nada fácil. Un hombre se escurre fácilmente de entre las mallas de la ley cuando lleva un millón consigo, pero los agentes del

F. B. I.

estaban acostumbrados a triunfar donde todos habían fracasado.

Fred Tracy se hallaba en el Capitolio de Washington, examinando las obras de arte del Museo de Escultura, cuando un empleado vino a comunicarle que le llamaban al teléfono. Fred era muy conocido en aquellas dependencias y se sorprendió al oír la voz de su jefe que le decía:

—Te necesito, Fred, ven sin tardanza. Hay un asunto muy importante. Siento de veras que terminen tan pronto tus vacaciones.

—Está bien, allá voy.

Fred Tracy había demostrado recientemente poseer condiciones especiales para seguir el rastro de un criminal. Un famoso falsificador de billetes de Banco, logró huir de las manos de la Policía y fue a esconderse a Troits Pistoles, en las orillas del río San Lorenzo, en tierras canadienses. Le siguió y auxiliado por la Real Policía Montada, pudo echarle mano después de sostener un rudo

combate con una cuadrilla de contrabandistas mestizos, durante el cual, el perseguido resultó herido en una pierna.

Subió a las oficinas y hallóse en presencia de su jefe que se encontraba acompañado del senador Mac Werron y por el director de la Fábrica Nacional de proyectiles para aviones. Los dos personajes estaban muy interesados en lograr la captura de «Pistol *Dandy*» por distintos motivos.

El coronel inspector Graham, recientemente ascendido, y nombrado jefe de la Sección a que pertenecía Fred, presentó a éste a sus visitantes, diciendo:

—Aquí tienen al hombre de quién les he hablado. Posee un magnífico historial y es el único que puede descubrir el paradero de ese «Pistol *Dandy*», a quién la Policía Federal daba por muerto. Fue campeón olímpico de natación y perteneció al cuerpo de redactores de «Life». Fred se hallaba de vacaciones y pensaba marchar mañana a Vancouver, en viaje de recreo.

Fred se sentía molesto por las alabanzas de su jefe. La modestia era una de sus más bellas cualidades.

El senador, después de felicitarle cordialmente, le dijo:

—No ignoro que los componentes del

F. B. I.

son el orgullo de la nación por su heroísmo, perseverancia y espíritu de sacrificio, pero la misión que se le encomienda, además de peligrosa es difícil. Se trata, según informes fidedignos, de un sujeto solapado y astuto que recurrirá a todas las tretas para evitar su captura. No hay muchos rastros, sin embargo, el jefe de policía de Charleston, que es amigo mío, me ha estado hablando por radio y me dijo que en el Hospital de Beneficencia atienden a un herido que perteneció a la banda de «Pistol *Dandy*» y según sus propias declaraciones, su jefe disparó contra él. Creo que puede ser un buen auxiliar, porque querrá vengarse. Se llama... espere a ver... — consultó un papel y agregó—: Chuck Tyler, prontuariado por robo a mano armada. Acababa de salir de la cárcel de Augusta. Es conveniente que lleve una autorización para verle.

—En este caso —agregó Duggan, director de la fábrica de armas —, interesa mucho rescatar los planos robados; son de capital importancia.

Fred, molesto por aquellas recomendaciones innecesarias,

replicó:

—Lo esencial, señores, es dar con el delincuente y yo pondré todo mi empeño en conseguirlo; ni puedo prometer más, ni debo opinar en un asunto que aún desconozco por completo.

Los dos visitantes se despidieron dando por terminada la entrevista y apenas hubieron salido, dijo el inspector Graham:

—El senador está muy interesado en este asunto porque Davenport, el contratista de las obras del puerto de Charleston, es su yerno y ese millón desaparecido ha de levantar tormentas en los bancos de la oposición. En cuanto al señor Duggan, es, en cierto modo, responsable de la pérdida de esos planos toda vez que estaban en su poder antes de enviarlos para su examen a las oficinas de control. Es costumbre, que todas las consultas se verifiquen en los laboratorios. Bueno, aquí tienen la ficha de ese «Pistol *Dandy*». Sus señas personales no dejan lugar a duda: ojos negros, cicatriz en el parietal izquierdo, diente de oro, de unos treinta años, muy acicalado siempre y a eso debe su nombre. Suele fumar habanos.

Fred guardó la ficha de «*Dandy*» y pidió permiso para preparar su marcha. Tenía que llevar una carta de crédito para atender a sus gastos, así como una maleta bien provista de todo lo necesario y, como es costumbre en estos casos entre los agentes de la

F. B. I.,

una documentación en regla con un nombre imaginario. Esta vez, Fred pidió los papeles de un «gángster» que estaba cumpliendo condena en Sing-Sing.

Al salir del despacho de su jefe, dirigióse a la armería en donde estuvo consultando el Nomenclátor de Balística y tomando algunos apuntes que consideraba muy necesarios. Hecho esto, acudió a la Oficina de Información para estudiar ciertos pormenores referentes a las huellas digitales y terminó por visitar la Biblioteca en donde estaban los grandes mapas con las rutas terrestres, marítimas y acotaciones de las vías aéreas. Ya documentado, se dirigió al pisito que ocupaba en la calle Michigan, donde vivía en un modesto departamento en compañía de su madre y una hermana. La sirvienta, al abrirle la puerta, le entregó una carta que acababa de traer un «botones».

Tenía el membrete del Café Delaware y carecía de firma. Estaba

escrita a máquina y decía lo siguiente:

«Señor Tracy: Por medios particulares de que dispongo, he sabido que va usted a encargarse del asunto de la desaparición de unos planos concernientes al “control de proyectiles por televisión”. Por si le interesa saberlo, quiero advertirle que el senador Mac Werron es miembro de una Comisión Secreta de Estudios Atómicos y, Donald Davenport, el hombre que perdió por imprudencia un millón de dólares, estuvo procesado por actividades antipatrióticas aunque logró demostrar su inocencia. Si usted mezcla y baraja estos datos, puede que encuentre en ellos algo interesante».

Fred tomó nota de aquella extraña información, pero quemó la carta, porque nunca le hablan convencido los anónimos.

Durante un buen rato estuvo estudiando las notas de la ficha de «*Dandy*» y pensó en aquella cicatriz y en aquel diente de oro que podían conducir al criminal a la silla eléctrica. Preparó su maleta y se dispuso a partir. Como siempre, su madre le aconsejó prudencia y sus mejillas se humedecieron cuando aquella noche Fred se despidió de ella y de su hermana Edith.

Poco después tomaba asiento en un vagón del ferrocarril que le conduciría a Charleston, en donde iba a enfrentarse con el misterio más desconcertante.

Iban pensando en la carta de su anónimo comunicante. ¿Qué habría querido decir al relacionar al senador con su yerno, Donald Davenport?

No cabía duda de que el mundo estaba repleto de acertijos y aquél era uno de ellos.

Mientras tanto, el monstruo de hierro avanzaba hacia el Sur, penetrando en las tierras de Carolina del Norte...

CAPÍTULO III

SIGUIENDO LA PISTA...



su aprendizaje en la Academia del
F. B. I.,

en Quántico (Virginia), de donde salió convencido de que cada uno de ellos era la unidad sobre la que está basada la eficiencia de la organización. Un pequeño error, un paso en falso cometido por cualquier agente, puede destruir en un minuto el trabajo de varios meses.

Así se lo había dicho John Edgar Hoover, el director del
F. B. I.,

RED Tracy había hecho

el cerebro creador de la más poderosa organización anticriminal del mundo entero.

Fred recordaba las palabras del director Hoover: «Los criminales listos, pero no inteligentes. Si fueran inteligentes no serían criminales. La lucha entre el crimen y la ley, es una lucha desigual, porque del lado de la Justicia están no sólo la razón y la verdad, sino los poderosos auxilios de la Ciencia».

Y esto era verdad. El hombre del «Technical Laboratory» del F. B. I.,

posee una sólida fundamentación científica y unos medios de trabajo especializados como jamás pudo soñar ningún novelista. En esos laboratorios existen, entre otras muchas, secciones dedicadas a la balística, a las huellas dactilares y a la correspondencia cifrada.

Los laboratorios cuentan con todos los modernos aparatos que se requieren para la ampliación de fotografías, microscopios, rayos X, etc.

Ningún museo posee mayor cantidad de armas cortas, ni un fichero de balas tan completo. Millares de proyectiles clasificados, han servido para identificar a más de un criminal.

En los observatorios astronómicos, el aparato llamado espectrógrafo, para determinar qué componentes minerales integran la masa de un astro. En los Laboratorios del

F. B. I.

el mismo aparato sirve para el análisis de una partícula de metal del tamaño de la punta de un alfiler.

Fred, durante el viaje, no cesó de pensar en los pequeños detalles que constituyen casi siempre la solución de un problema.

Al llegar a Charleston, su primera visita fue para Tyler. El «gángster» mejoraba gradualmente de sus heridas y pronto estaría bien.

Fred supo conducir la conversación al punto deseado y así supo que «*Dandy*» había entregado un sobre a Davenport, por el que debía percibir quinientos dólares. Habló de los dos visitantes silenciosos y cómo se había desarrollado la escena, hasta el punto culminante de apoderarse del millón de dólares.

Cuando llegó al relato de cómo «*Dandy*» disparara contra ellos, los ojos del pelirrojo Tyler fulguraron coléricos. Sin poderse

contener, exclamó:

—No me importará ir a la silla eléctrica si consigo llevar conmigo a ese canalla.

—Si me prometes tu ayuda, yo haré cuánto meses posible para que no te suceda nada. Otros criminales se han salvado del castigo, por arrepentirse a tiempo y prestar su ayuda a la ley. Dime una cosa: ¿qué sitios solía frecuentar «*Dandy*»?

—El «*Sports Club*» y la taberna del escocés, que está en los muelles, pero no espere encontrarlo en Charleston, porque a esta hora, ya debe estar lejos.

—Lo supongo, pero el rastro empieza aquí. Volveremos a vernos. Sí recibes una llamada en nombre de Stanley Sux, acude sin desconfianza.

—Pero oiga, Stanley Sux está en Sing-Sing, cumpliendo condena.

—Ya lo sé.

—¿Entonces?

—Será mejor que no hagas preguntas.

Fred dejó encargado que atendieran bien al detenido y al salir del hospital se dirigió a la Jefatura de Policía. Había que ordenar la recogida inmediata de cualquier billete que perteneciese a la serie de los robados, cuyos números fueron facilitados por el Banco.

Esta determinación dio el resultado de la detención del prestamista Moisés, a quién sorprendieron cambiando un billete de mil, perteneciente a la serie señalada.

El judío fue llevado a presencia del agente de F. B. I.,

quien le acosó a preguntas consiguiendo la siguiente declaración:

—Yo no conocía a ese hombre, pero me pidió que le vendiese algunas joyas y lo hice. También le cambié varios billetes por moneda extranjera, pero yo no sabía nada de que fuese dinero robado.

—¿Dónde efectuó usted la operación?

—En la Hostelería del Escocés.

Moisés quedó detenido y su establecimiento fue clausurado.

Fred iba siguiendo las pistas dejadas por el criminal, sacando conclusiones definitivas de cada una de ellas. Al presentarse en la

Hostelería del Escocés, fue recibido por el dueño, quien al principio negó conocer a «Pistol *Dandy*», pero cuando le amenazaron con la prisión, confesó que, efectivamente, allí se había alojado durante algunos días, pero que ya no estaba.

—¿Y dónde ha ido? —preguntó Fred.

—A Savannah.

—¿Cómo pudo embarcar sin ser detenido?

—Lo ignoro.

Fred sabía cómo conseguir desatar la lengua del escocés. Empezó haciéndole ver que con sus negativas se colocaba al lado del «gángster» y, por lo tanto, se hacía cómplice.

—Yo puedo ordenar que lo detengan inmediatamente —agregó Fred—, pero no quisiera perjudicarlo. Dígame todo lo que sepa y saldrá bien librado, de lo contrario le aseguro que su situación es bastante crítica.

El escocés pareció reflexionar. No deseaba perjudicar a «*Dandy*», a quién siempre había estimado y al que debía favores, pero todos somos egoístas y él era antes que nadie. Dominado por la amenaza de la pérdida de libertad que pesaba sobre él, explicó:

—«*Dandy*» se hizo borrar la cicatriz por medio de una operación plástica, creo que se llama así y también se cambió el diente de oro. Estaba desconocido. Cuando embarcó, llevaba una máquina de hacer retratos y no le pusieron impedimento alguno.

—¿Sabía usted que había robado un millón?

—No, señor; leí en la prensa algo, pero ignoraba que fuese él.

El escocés quedó sujeto a vigilancia y aquella misma noche, Fred tomaba un avión para Savannah. Antes de marcharse, cursó un radiograma cifrado comunicando su marcha y recomendando se vigilara estrechamente a Davenport, de quién se sospechaba estuviera en relaciones con espías extranjeros.

Por primera vez, se encontraba Fred abandonando un rastro para seguir otro y tal vez el que dejaba fuese más importante, pero su deber era cumplir las órdenes recibidas. Tres palabras espiritualizaban el concepto caballeresco de la organización: fidelidad, bravura, integridad, y no podía apartarse bajo ningún pretexto de la línea señalada. En el

F. B. I.,

ningún caso termina hasta capturar al criminal.

Por perfectos que sean los planes de un delincuente, siempre están previstos por su perseguidor y «Pistol *Dandy*» iba a encontrarse muy pronto frente a un digno antagonista.

Fred confiaba en el éxito porque sabía acumular a su favor todas las posibilidades. No era fácil localizar al peligroso bandido, pero seguiría su rastro hasta el fin del mundo, si era necesario. Borradas las señas personales por el astuto delincuente, sólo quedaban como leves indicios unas joyas compradas de las que llevaba la reseña...

El avión que le conducía aterrizó en el aeródromo de Savannah a las once de la noche. Un «taxi» condujo a Fred hasta un modesto hotel de los muelles, en el que se hospedó con el nombre de Stanley Sux.

Cambió de ropas y poco después salía a la calle dispuesto a dar principio a sus investigaciones.

Desde aquel momento, el

F. B. I.

entraba en acción. Fred había estudiado el carácter y copiado la fisonomía del bandido que estaba en

Sing-Sing.

Acababa de convertirse en un «gángster» tan peligroso como el otro.

Poco podía saber el verdadero Stanley Sux, que un doble suyo iba a revolucionar a toda una ciudad.

Fred, caminando despacio y con la gabardina sobre los hombros y el pitillo en los labios, penetró en el Café Universal, famoso por sus artistas de variedades...

El local estaba ocupado por un público heterogéneo. Todas las mesas se hallaban provistas de una luz con pantalla verde para amortiguar la claridad. En aquel momento, una cancionista deleitaba al público con sus melodías. Se trataba de «la Porteñita», creadora de tangos de moda. Ella misma se acompañaba con la guitarra, causando sensación. La letra, hábilmente traducida, reflejaba el alma del arrabal hecho copla.

Fred fue a sentarse junio a una mesa desocupada. Sus ojos examinaron los alrededores. Cerca de él estaban dos individuos que parecían observarle con mucha atención. Vestían con cierto atildamiento, y debían de disponer de dinero, toda vez que bebían bebidas caras. Al acercarse al camarero, pagaron con un billete de los grandes. Fred observaba todo eso, y pensaba en la conveniencia

de trabar conversación con ellos. Estaba representando el papel de hampón, y necesitaba justificarlo de alguna manera. Nunca se había encontrado tan desorientado como entonces, porque en otras ocasiones, al seguir a un fugitivo, contaba con datos más completos; pero aquel «*Dandy*» supo tomar todas las precauciones para despistar a sus perseguidores.

Terminó el «*whisky*» y encendió un nuevo cigarrillo. En aquel momento, uno de aquellos individuos levantóse y vino a su lado, diciendo:

—Permítame que me siente aquí. Hace rato que lo estoy observando, y me parece que no es la primera vez que nos vemos.

—Puede ser —respondió Fred—; ha caminado uno tanto...

—¿Estuvo usted en Filadelfia alguna vez?

—Desde luego; no hay población importante que no conozcas.

—¿Tiene inconveniente en decirme su nombre?

—¡Oiga, amigo! ¿Por quién me ha tomado? Acabamos de encontrarnos, y ya está haciendo preguntas indiscretas.

El desconocido hizo una seña a su compañero, y éste se acercó rápidamente.

—Siéntate, Rocky; no te equivocabas: es el mismo, aunque él lo disimula.

—Pero ¿de qué hablan? —preguntó Fred, extrañado.

—Basta de farsa, muchacho. Te hemos conocido. Tú eres Stanley Sux, no me cabe la menor duda; pero lo que quiero saber es cómo te las arreglaste para huir de la ratonera.

Fred disimuló su alegría. El disfraz había dado resultado. Vestía con arreglo a una «foto» que conservaba el

F. B. I.

de Stanley, cuando fue detenido, y en la muñeca izquierda se había hecho pintar un dibujo representando un ancla cuya cuerda era una serpiente, imitando así el tatuaje que el presidiario llevaba, y, al apoyar el codo en la mesa, mostraba aquella señal delatora a propio intento.

—Será mejor que habléis más bajo —recomendó Fred—, no vayáis a comprometerme. Hay muchos «soplones» por todas partes. No esperaba ser reconocido, porque he cambiado bastante; pero, sin duda, este condenado tatuaje tiene la culpa. Lo haré borrar en cuanto pueda.

—No te preocupes; nadie se fija en nosotros —repuso el llamado Rocky—. Fue Percival el que te reconoció enseguida, y eso que sólo te había visto una vez, en Trenton. Yo vi tu fotografía en los periódicos. ¿Qué andas haciendo por aquí?

Fred ya tenía la respuesta preparada. Acababa de urdir algo que tal vez diese positivos resultados. El hampa siempre se reúne en los mismos recovecos. Aquellos dos individuos pertenecían al hampa, sin duda alguna, y era probable que pudieran orientarle en aquel camino lleno de sombras.

—Estoy solo en Savannah —respondió—; vengo siguiendo a un tipo que me ha traicionado. Dimos un golpe en Charleston y se escapó con su parte y la mía, después de matar a otros compañeros. Tal vez lo leyerais en los periódicos. Me refiero a «Pistol *Dandy*».

La desconfianza brilló en los ojos de los dos «gangsters». Según la Prensa, el hombre herido por «*Dandy*» se llamaba Tyler y estaba detenido en el hospital. Así se lo hicieron ver; pero Fred tenía respuesta para todo.

—Yo no estaba con ellos cuando se deshizo de los otros; me encontraba esperando con un coche y me cansé de esperar. Como encuentre a ese canalla, se acordará de mí. Escuchadme, amigos: «Pistol» vino con una porción de joyas de gran valor, y una de ellas es un topacio que vale un cuarto de millón; pero no se atreverá a venderlas, por temor a que lo detengan. Tenemos que encontrarle. Yo sé dónde lleva las alhajas. Nos repartiremos el importe por partes iguales; precisamente andaba buscando a uno que me ayudase... No conozco a nadie en Savannah, y ha sido una suerte tropezar con vosotros.

—Y que lo digas, Stanley —repuso Rocky—; te ayudaremos. No hay rincón en la ciudad que no nos sepamos de memoria, y si «Pistol *Dandy*» se encuentra en ella, lo atraparemos.

Estuvieron bebiendo hasta muy tarde, y quedaron citados, para el día siguiente, en un merendero situado a la orilla del río Savannah.

Fred tenía su bien surtido guardarropa, y solía cambiar de atuendo, según los lugares que frecuentara. Había traído una tarjeta del inspector Graham para un fabricante de tejidos, llamado Walter O'Higgins, que tenía un hijo en el

F. B. I.,
y se dispuso a visitarlo.

La casa de Walter estaba a cien yardas de la fábrica. Era un hermoso edificio de una sola planta, rodeado de huerta y jardín, con plantaciones de árboles de variadas especies.

Walter poseía campos sembrados de algodón en los que trabajaban numerosos obreros. Era un hombre rico, que acababa de ser nombrado senador por el distrito de Georgia.

Fred presentóse aquella mañana, poco después de las diez y media. Fue recibido por el poderoso industrial, quien, al recibir la tarjeta de su amigo Graham, colmó de atenciones al agente.

—Supongo que conocerá usted a mi hijo. Se llama Tony, y se encuentra en Virginia, terminando los cursos.

—No, señor; siento no conocerle; pero estuve en la frontera del Canadá, últimamente, bastante tiempo, y acababa de regresar cuando me encargaron de un asunto endiablado, que me dará mucho que hacer. He llegado anoche, y ya hice amistad con un par de hampones, a los que pienso utilizar en mis propósitos tan pronto pueda.

—Tenga cuidado. Las otras noches apareció flotando en las aguas del río el cadáver de un detective de la Policía local. Acostumbraba a vestirse de vagabundo y a mezclarse con la escoria de los muelles.

—Es preciso exponerse.

Se hallaban en un elegante gabinete, con ventanas al jardín. Los aromas de las begonias y de las pasionarias llegaban hasta ellos, envueltos en la brisa susurrante. Sobre un mueble Luis XV colgaba un retrato de una muchacha rubia, de cabello dorado y ojos azules, vestida con un traje de noche.

Desde el primer momento llamó la atención de Fred, el cual no cesaba de mirar el retrato.

—Cualquier cosa que necesite —dijo el senador—, venga a verme. Tengo alguna influencia en la ciudad, y tal vez pueda ayudarle. Aunque no me ha dicho qué le trae por aquí, supongo que vendrá siguiendo a ese «Pistol *Dandy*».

—En efecto: no se engaña.

En aquel momento hizo su aparición una bella muchacha que, al ver al visitante, trató de retirarse, murmurando palabras de

disculpa; pero el dueño de casa la llamó, diciendo:

—Ven, hija; voy a presentarte a un amigo: el señor Fred Tracy, que viene de Washington; ésta es mi hija Olimpia.

Fred saludó, ceremonioso y cortés, a la muchacha del retrato, estrechando su mano y pronunciando algunas palabras galantes de las que se dicen cuando la mujer es bonita y queremos causar grata impresión. Olimpia correspondió al saludo con graciosa desenvoltura, mirado al arrogante Fred con mal disimulada curiosidad. Lo encontraba atractivo y, al mismo tiempo, simpático, y de buena gana le hubiera hecho varias preguntas; pero se contuvo, aguardando mejor ocasión.

—Les dejo solos —dijo, sonriendo—, porque cuando dos hombres hablan, una señorita estorba; sucede todo lo contrario cuando en un grupo de muchachas se mezcla un caballero; porque, entonces, la conversación no puede ser más interesante.

—Le advierto, señorita —dijo Fred—, que mi visita sólo tiene carácter de amistoso cumplido.

—¡Oh!, no importa; ya encontrarán ustedes temas misteriosos de qué ocuparse.

—¿Querías algo, hijita?

—Nada, papá; sólo preguntarte si podía utilizar esta tarde el coche pequeño.

—Desde luego, querida, es tuyo.

Olimpia volvió a estrechar la mano de Fred al tiempo que decía:

—Celebraré volver a verle, y no olvide que esta casa es también de los amigos.

—Su deseo me encanta y me será muy grato complacerla.

Cuando quedaron solos, agregó Fred:

—Su hija es maravillosa.

O'Higgins miró a Fred, y sonrió sin responder.

Poco después salían conversando animadamente como si fueran antiguos amigos. El senador tenía un gran interés en retener a su huésped hasta la hora de la comida, y no le costó mucho trabajo conseguirlo, porque Fred estaba deseando volver a contemplar el bello rostro de la encantadora Olimpia. Era la primera vez que se sentía tan interesado por una muchacha. Muchas había conocido a través de sus vicisitudes heroicas y peligrosas; pero nunca experimentó un gran interés por ninguna. Tuvo «flirts»

intrascendentes y pasajeros; sus aventurillas románticas, pletóricas de falsas ilusiones, y hasta hubo cambio de fotografías y engañosas promesas que no llegaron a cumplirse.

En un minuto, se había producido el milagro. El hombre frío, indiferente, el falso romántico, como le decían sus amigos, acababa de experimentar el primer desasosiego de su vida.

Paseaba con el senador hablando de todo con esa indiferencia que se demuestra cuando la charla no nos interesa. Cuánto contemplaban sus ojos era digno de observación, y, sin embargo, caminaba a su lado como si marchara por un erial. Ni los frutales en flor, ni las dilatadas plantaciones de algodón, ni el invernadero encristalado, ni aquella avenida de tilos y eucaliptos gigantes, le hicieron olvidar su preocupación.

—¿Qué le pasa, amigo? No piense tanto en su problema, que ya lo resolverá con éxito.

—¿Usted cree?

—Desde luego; los delincuentes siempre cometen alguna torpeza y dejan algún agujero sin tapar, que sirve para que luego tropiecen.

—Sí, en efecto, tiene usted razón.

Al pasar por el patio enguirnaldado por los parrales, oyéronse las notas de un plano, y una voz melodiosa que cantaba:

«Fruta del tiempo es amor,
de tan variado color
y de tan distinta suerte,
que a veces deja la muerte
entre un beso y una flor...»

—Mi hija es una gran pianista —explicó O'Higgins—, y ha sacado medalla de oro en el Conservatorio.

Fred no contestó. No podía contestar, porque pensaba en otra cosa...

Después de la sobremesa, Fred despidióse, prometiendo volver al día siguiente.

Aquella tarde recuperó su segunda personalidad de Stanley Sux, y vestido con las ropas de circunstancias, encaminóse al merendero situado a las orillas del Savannah. Ya le estaban aguardando los dos hampones con verdadera impaciencia.

Rocky le hizo varias preguntas, a las que Fred no se dignó

contestar, iniciando a su vez una conversación encaminada a resolver sus dudas; pero los «gangsters» no habían averiguado nada. La pista de «Pistol *Dandy*» se perdía desde el momento en que puso los pies en el muelle. Alguien le había visto portando una máquina fotográfica, con su trípode, subir a un «taxi» y perderse en las encrucijadas del arrabal.

Fred no se desanimó por eso. Lo esencial era saber que el terrible delincuente se encontraba en la ciudad.

El merendero se fue poblando de parroquianos de todas las categorías sociales, y entre ellos Fred se fijó en un hombre de mediana edad, vestido humildemente, que llevaba debajo del brazo un violín embutido en una funda de lona. Era un tipo curioso, de bigote caído, pelambrera encrespada y ojillos saltones. Algunas canas salpicaban su cabello. Vestía una levita grasienta, pantalones a cuadros y un chaleco rojo, con botones de nácar; llevaba una corbata negra, sujeta con un alfiler, en el que resplandecía una piedra falsa. Era un tipo raro que desentonaba extraordinariamente en aquel sitio con semejante atuendo.

Desenfundó su violín y se puso a tocar el «Adiós a la vida». Poco a poco fueron cesando las conversaciones, y el más profundo silencio invadió el local. Los concurrentes, atraídos por aquella música, parecían hipnotizados y escuchaban con atención profunda las bellas armonías de la inolvidable partitura.

Fred se preguntaba cómo un harapiento músico ambulante podía ser tan magnífico artista; era algo incomprensible, porque aquel hombre dominaba el instrumento de forma insuperable.

Al terminar, recorrió el salón con el sombrero en la mano; cayeron en su fondo algunas monedas de níquel; sólo Fred mostró su generosidad, depositando medio dólar de plata, y el bohemio violinista le dio las gracias con una profunda inclinación de cabeza. Y cuando Fred quiso darse cuenta, observó, extrañado, que el músico había desaparecido.

A todo esto, Percival parecía inquieto y miraba con demasiada insistencia hacia la puerta.

El merendero tenía un nombre muy sugestivo. Se llamaba «Baco Su»[1], y era lugar de reunión del elemento maleante de la ciudad. Muchas veces la Policía realizó importantes redadas en aquel establecimiento.

—¿Qué te pasa? —preguntó de pronto Fred, dirigiéndose a Percival.

—Acabo de ver a Bill Murray mirar hacia este lado, y eso no me da muy buena espina.

—Y ¿quién es ese Murray?

—Pertenece a la banda de «Loco Lindo», un mejicano más malo que un escorpión. Se dedican al contrabando y no nos llevamos muy bien con ellos. Resulta que trabajábamos juntos y teníamos nuestro paradero en la Isla Gran Abaco, una de Las Lucayas, cuando un buque aduanero ancló en el muelle. Nos sorprendieron y nosotros hicimos, lo único que podíamos hacer: huir. Desde entonces, creen que los hemos traicionado y nos buscan para tomar represalias.

Los temores de Percival eran de sobra fundados, porque de pronto aparecieron en el merendero tres individuos armados de pistolas, que avanzaron, amenazadores y decididos, en dirección a la mesa ocupada por Fred.

Al verlos, Rocky y Percival se arrojaron al suelo y, desenfundando sus armas, abrieron fuego contra los hostiles visitantes. Murray, desde una esquina del mostrador, disparó también su pistola. Fred, al ver a sus nuevos colaboradores en peligro, escondióse detrás de una columna y empezó a disparar. Uno de los agresores cayó herido de muerte, lanzando un grito terrible. Otros «gangsters» hicieron su aparición, decididos, al parecer, a terminar con los dos hampones.

Fred se sorprendió grandemente al observar algo increíble. El violinista, desde una ventana, por la parte exterior, disparaba su pistola. Aquel nuevo refuerzo desconcertó a los atacantes, los cuales trataron de atrincherarse. El local se vio desalojado rápidamente. Todos los parroquianos huyeron atropellándose...

Los «gangsters» hubieran conseguido su objeto si en aquel instante una voz no les anuncia la llegada de la Policía. Salieron disparando sus armas, momento que aprovechó Fred para huir seguido de sus dos «compañeros» por una puerta que daba al patio.

Frente al merendero seguían oyéndose los disparos, y la banda de «Loco Lindo» se batía en retirada. Perseguidos, huyeron en una chalana, pasando al otro lado del río.

Mientras tanto, Fred despedía a los dos compinches, aconsejándoles que no se hiciesen ver por aquellos alrededores en

unos días.

—Y ¿dónde podremos encontrarte? —preguntó Rocky.

—En el Universal.

Los dos «gangsters» se quedaron decepcionados por la extraña conducta de su nuevo socio. Ellos esperaban otra cosa. No le había dicho nada de futuros planes, y, como es natural, su proceder resultaba un poco raro.

Fred penetró en el hotel, donde se alojaba, y se cambió de ropa. En aquel momento llamaron al teléfono.

Levantó el receptor, preguntando:

—¿Quién está al aparato?

Y una voz desconocida para él, respondió:

—Le espero en el Universal esta noche.

—¿Quién es usted?

—Un amigo que desea ayudarle. Hasta luego...

Fred trató de seguir la conversación, pero habían cortado.

CAPÍTULO IV

EL PRÍNCIPE POLACO



OR aquellos días apareció en Savannah un personaje que fue origen de variados comentarios en tertulias y reuniones. Se trataba del príncipe de Kielce, noble polaco que acababa de comprar una casita en las afueras de la ciudad. Según las pocas personas que lo habían visto, era un hombre joven, de buena presencia y de finos modales. Vestía con singular elegancia y sólo le acompañaban dos hombres. Éstos iban a todas partes con él. Desde el primer momento, el príncipe frecuentó cuantas diversiones se celebraban en Savannah, viéndosele en el

teatro en los «clubs» nocturnos, así como en los bailes de gala de las embajadas, en las carreras de caballos y en los encuentros de «foot-ball».

Parecía un poco excéntrico. Solía pasear a caballo al caer de la tarde, y los dos hombres que le acompañaban jamás despegaban los labios. El príncipe se estaba dejando crecer la barba. Era un hombre de suerte. En el Yachting Club ganó la primera noche más de diez mil dólares a la ruleta y en noches sucesivas también se retiró con ganancias. Pronto su nombre fue popular en Savannah, y todos, y muy especialmente las damas, anhelaron ser presentadas al noble polaco.

Olimpia tenía una amiga llamada Ketty, que era hija de Juan Hopkins, acaudalado comerciante que poseía varias tiendas de tejidos.

El príncipe se tropezó con Ketty una tarde. Se había apeado del caballo y estaba recostado en un sauce a la orilla del río, cuando vio venir un automóvil de color gris. Lo conducía ella. El ruido del «claxon» espantó al caballo, que echó a correr; pero el príncipe ni se movió siquiera.

Ketty detuvo el coche y, asomando la cabeza, exclamó:

—¡Cuánto lo lamento! ¿Quiere usted dispensarme?

—No vale la pena, señorita —repuso el príncipe, descubriéndose, y, haciendo una reverencia, agregó—: Ha sido un percance feliz, toda vez que me ha proporcionado la alegría de conocerla.

Ketty se ruborizó, pero se sentía halagada. Acababa de reconocer el elegante Príncipe de Kielce.

—Soy Ketty Hopkins —repuso, sonriendo—, y no me perdonaré nunca esta torpeza mía que le ha privado de su montura. Si lo desea, puedo llevarla a dónde me indique.

—Se lo agradezco, señorita; pero mis servidores ya vuelven con el caballo. Soy el príncipe de Kielce, y desde este momento su más ardiente admirador.

Ketty puso el motor en marcha y desapareció, impresionada por la gallardía del noble polaco.

Desde aquel día se vieron a menudo, y su amistad se fue estrechando. En los corrillos de la mundana murmuración se decía que eran novios.

La noche había descendido sobre Savannah. En torno a la casa de Olimpia, delineada vagamente en la oscuridad, silbaba el viento con acentos melancólicos, que parecían quejas perdidas en el espacio. A través de las persianas, brillaban algunas luces. El sendero formaba una cinta oscura que serpenteaba entre la arboleda y se perdía más allá, haciéndose invisible.

De pronto la silueta de un hombre perfilóse borrosamente. Caminó unos pasos, se detuvo de nuevo y, por fin, acercóse a una de las ventanas iluminadas. Unos ojos negros, de mirar profundo, escudriñaron el interior de la habitación. Lo que vio sin duda fue de su agrado, porque una sonrisa siniestra rasgó su semblante. Aquel individuo se cubría con un impermeable negro y llevaba puesta una gorra «*jockey*». El silencio era absoluto y no se oían pisadas ni ruido alguno; todo parecía dormido. El viento seguía desgranando sus quejas entre las copas de los árboles. Pasaron los minutos y los ojos del misterioso personaje continuaron escudriñando; de pronto, de la ventana borróse la luz, y el aposento quedó a oscuras. Se oyeron unos pasos que se alejaban y de nuevo se hizo el silencio.

El desconocido llevaba las manos cubiertas por unos finos guantes negros de goma. Con asombrosa suavidad manipuló en la ventana, consiguiendo hacer deslizar el picaporte interior. Un empujón y el paso estaba libre. Subido sobre el alféizar, vaciló antes de saltar; pero al fin dejóse caer al otro lado y fue caminando en dirección a un mueble de ébano situado en un rincón del aposento.

El misterioso personaje estuvo registrando los cajones sin hallar lo que buscaba. Como si se tratase de una forma ingrátida, aquel hombre recorrió la habitación de punta a punta, levantó un cortinaje y pasó al otro aposento. Una vez allí, se detuvo frente a una mesa y trató de abrir el cajón sin lograrlo. Ya iba a retirarse cuando, al darse vuelta, pareció cambiar de pensamiento, porque volvió a intentar lo que había abandonado. Provisto de una ganzúa, que sacó de su bolsillo, realizó nuevos intentos con resultado negativo. Otro, en su lugar, hubiera desistido de una empresa que le resultaba imposible; pero él, como si estuviera en su propia casa, siguió escarbando en la cerradura hasta que consiguió lo que se proponía.

Lanzando un suspiro de satisfacción, introdujo la mano y se apoderó de un puñado de papeles que acarició amorosamente como

si se tratara de un tesoro. Para evitar el hacer ruido, se los guardó en el pecho sin doblarlos. Hecho esto, dirigióse al otro aposento. Una vez allí, sacó una linterna eléctrica y se dedicó a examinar el fruto de su rapiña. Sintióse defraudado al comprobar que no era aquello lo que buscaba y arrojó los papeles al suelo, con enojo, ahogando una maldición.

En aquel momento se oyeron pasos y un chorro de luz filtróse por entre los cortinajes. El misterioso ladrón corrió hacia la ventana y de un salto estuvo al otro lado. Oyóse un disparo y el proyectil hizo saltar los cristales.

O'Higgins, con una pistola en la mano, contemplaba los papeles que estaban sobre la alfombra, mientras uno de sus servidores salía en persecución del fugitivo; pero éste desapareció entre las sombras de la noche, sin dejar más rastro de su paso que una gorrita de «jockey», tirada en el suelo.

La casa se llenó de luces y de gente. Preguntas y más preguntas. La alarma, retratada en todos los semblantes.

Olimpia apareció, diciendo:

—Acabo de sentir el galope de un caballo...

O'Higgins recogió los papeles, y después de examinarlos, murmuró:

—No lo comprendo. Ha tenido en sus manos las acciones del Sindicato del Algodón y las ha dejado. Me gustaría saber lo que buscaba ese individuo.

—Seguramente dinero, papá —dijo Olimpia.

—No lo creo. Tal vez fuera otra cosa que vale mucho más que el dinero. Mañana mismo la depositaré en la caja acorazada del Banco.

—¿Qué otra cosa podía ser, Roberto? —preguntó su esposa.

—Los planos del cohete volador que estamos examinando para presentar al Comité de Armamentos...

Al día siguiente, el senador O'Higgins dio parte a la Policía del robo frustrado de que fuera víctima. El ladrón nada había podido llevarse porque no encontró lo que buscaba.

La gorra de «jockey» era el único rastro dejado por el nocturno visitante, y como aquella gorra había cientos de ellas en la ciudad. Se habían puesto de moda últimamente.

O'Higgins recabó la presencia de Fred, al que contó el caso.

—Tengo unos planes de un invento reciente hecho por un joven mecánico de esta ciudad, y no comprendo cómo se han enterado tan pronto, porque todo se llevaba en el mayor secreto, y los que teníamos conocimiento de ello somos personas discretas. Di parte a la Policía, pero no creo que logren averiguar nada. El inspector estuvo tomando notas y más notas, hizo fotografiar el cajón, sacó las huellas digitales y tomó las medidas de las pisadas que dejó el bandido en el jardín, ¿y qué? Es probable, por no decir seguro, que detengan a media docena de vagos y los abrumen a preguntas, mientras el verdadero culpable se pasea delante de sus narices. Por eso le mandé llamar, Fred, a ver si usted saca algo en claro.

—Son muchas coincidencias —repuso Fred—, para no reparar en ellas. En Charleston roban unos planos del control por radiotelevisión y el autor resulta ser «Pistol *Dandy*». Ahora intentan hacer lo mismo con otros planos, también de un arma aérea y es de suponer que esto sea obra del dichoso sujeto, que, sin duda, se esconde en esta ciudad. Lo he buscado por todas partes y ¡ni rastro! Como si se lo hubiera tragado la tierra y, sin embargo, estoy seguro de que no está lejos. Hay una guerra a muerte empeñada entre los dos y tarde o temprano caerá en mi poder. Le aconsejo, señor O'Higgins, que guarde esos planos en lugar seguro y hasta sería conveniente sacar una falsa copia, ponerla al alcance de cualquier mano, vigilar bien y tal vez intente de nuevo repetir la hazaña.

—No lo creo. Ninguno de esos individuos fracasan dos veces.

—Tal vez tenga razón. Seguiremos a la expectativa. Conservo la esperanza de localizarlo en algún garito, o en cualquier tabernucho de los bajos fondos.

Pero en esto se equivocaba Fred, como veremos bien pronto.

Al salir tropezóse con Olimpia que le estaba aguardando. La gentil muchacha se sentía atraída por aquel bizarro atleta de ojos pardos y sonrisa simpática.

Se habían encontrado dos o tres veces, pero apenas tuvieron tiempo para cruzar media docena de palabras. Fred ya estaba considerado como un amigo de la casa y esto era motivo suficiente para que Olimpia tratara de retenerlo.

Fueron caminando por el sendero, en dirección al estanque poblado de palmípedos de variadas especies que atronaban el espacio con sus chillidos y graznidos.

Fred se sentía en la gloria al lado de la muchacha y de buena gana hubiera permanecido horas enteras en su compañía, pero el deber le prohibía hacerlo. Todos los días cambiaba de personalidad y cuando era Stanley Sux, se codeaba con el hampa y hasta llegaba a olvidar su condición de agente del

F. B. I.

, para convertirse en el más feroz pistolero, alternando con los hampones y haciendo planes siniestros que jamás llegarían a realizarse.

Olimpia trataba de Indagar, y su curiosidad de mujer llegaba en algunas ocasiones hasta las preguntas indiscretas, que Fred contestaba con la mejor voluntad, deseando complacer siempre a la grácil muñequita de los cabellos dorados.

En aquel momento caminaban muy juntos hablando de modas, deportes y diversiones. De pronto dijo ella:

—Tengo una amiga que deseo presentarle; se llama Ketty y su padre es dueño de las mejores tiendas de Savannah. Por cierto que mi amiga anda ahora en amores con un príncipe polaco.

—¿Pero todavía quedan príncipes en el mundo?

—Parece que sí, a juzgar por la muestra —dijo ella riendo—. Se trata de un hombre encantador, según la opinión de mi amiga. Es un gran «sportman» y un consumado bailarín.

—Lo que se dice un mirlo blanco.

—No se burle; debe de ser un hombre rico por que se divierte sin reparar en los gastos, pero es un poco excéntrico. Ya ve usted, le ha dado por dejarse la barba... ¡Una cosa tan pasada de moda! Y además, tiene dos criados que no saben una palabra de nuestro idioma.

—Sí, que es raro. Y ¿cómo se llama?

—El príncipe Kovel de Kielce. Dentro de unos días habrá un gran baile en el «Club de Regatas» y podrá usted conocerle.

—De veras lo ansío.

Extrañas reminiscencias Invadían los pensares de Fred; allí estaba con la muchacha más hermosa que conociera en sus andanzas, deseoso de exteriorizar su sentir y no encontraba válvula de escape a sus ideas. Ella, por su parte, se mostraba recelosa al observar las vacilaciones de aquel hombre que no vacilaba nunca.

Un gran amor había prendido en sus corazones, con esa

espontaneidad de lo inesperado, pero ambos vacilaban como inseguros ante la decisiva fuerza avasalladora de sus propios impulsos.

Fred no cesaba de admirar el maravilloso conjunto de armonías que atesoraba el cuerpo de aquella mujer; escultura de ondina y rostro de Venus. Era difícil de imaginar un tipo de belleza más perfecto y seductor; su cuerpo bien modelado tenía perfiles elegantes y su rostro era adorable, iluminado por unos ojos de dulzura exquisita. Sus labios rojos, como claveles, al sonreír, dejaban ver dos hileras de dientes marfileños, y los cabellos que parecían hebras de oro, caían sobre los hombros en desbordada catarata.

—¿En qué piensa? —preguntó ella.

—En la magia dominadora de unos ojos azules, y pienso también, señorita Olimpia, en que estoy perdiendo la voluntad desde que la conocí. Temo mucho que terminaré por enamorarme de usted, si la sigo viendo.

—¿Y eso le asusta?

—Aunque peque de atrevido —dijo Fred—, puedo asegurarle, que desde hoy, ya tendré una nueva preocupación; la de pensar en usted, no es fácil que pueda olvidar estos gratos momentos. Nunca he sido muy elocuente para expresar mis deseos y aspiraciones y sólo sé decir las cosas con rudeza, por lo tanto, ha de dispensarme si no me expreso como debiera. Y ahora, ¿me permite una pregunta?

Olimpia hizo un movimiento afirmativo. La sonrisa había desaparecido de su rostro, pero en sus bellos ojos azules seguía brillando el anhelo.

—¿Puedo visitarla de vez en cuando?

—Siempre que lo desee.

—¿Y podré esperar de usted cierta condescendencia para mis pretensiones?...

—Ya son dos preguntas —respondió ella—; apenas nos conocemos y yo no debo alimentar esperanzas... Trataré, sin embargo, de que seamos buenos amigos y tal vez más adelante pueda responder a su segunda pregunta, de otro modo y con diferentes palabras.

—No trataremos de engañarnos —repuso Fred—; leo en sus ojos, una dulce simpatía. Hay en ellos luces de ilusión y parecen acariciar

al que los mira. Los labios pueden mentir, pero los ojos no engañan jamás. ¿Por qué atormentarnos con la duda cuando la realidad sale a nuestro encuentro? La primera vez que vine a esta casa, contemplé un retrato y quedé prendado de aquella obra de arte tan maravillosa. Cuando vi el original, mi admiración convirtióse en algo que no acertaba a comprender, porque no encontraba palabras para definirlo; era como la sublime adoración que profesamos a lo ideal, como el éxtasis, flor de embeleso en instantes decisivos, ternura infinita flotando del alma...

Olimpia escuchaba con atención el florilegio de palabras que brotaban inspiradas de los labios de Fred. Jamás había oído expresarse a nadie en tal forma. En fiestas y excursiones escuchó muchas veces las lisonjas de sus admiradores, pero todas eran vulgares y carentes de espiritualidad; en las palabras de Fred, había el sortilegio profundo del madrigal hecho galantería. No pudo contenerse y respondió:

—¿Y era usted el que sólo sabía expresarse con rudeza? Observo, asombrada, que sus frases galantes encierran mucha poesía.

—Es que cuando se ama, uno se siente poeta.

Regresaron al punto de partida. Se iba haciendo tarde y Fred recordó que se acercaba la hora de representar su papel de Stanley Sux. Despidióse estrechando la mano de Olimpia, la cual le dijo:

—En nuestra próxima entrevista, es probable que responda a su segunda pregunta.

—Así lo espero.

Alejóse presuroso, mientras ella se le quedaba mirando. Una mano posóse en su hombro y al volverse, vio el rostro de su padre que también parecía sonreír.

—¿Qué te parece ese muchacho? —preguntó.

—Tiene todas mis simpatías, papá...

Las luces solares reverberaban en las aguas del estanque, arrancando irisaciones, y las blancas palomas, como mensajeras de paz, trazaban filigranas en el espacio...

Fred no había acudido a la cita que le dieron por teléfono para ir al Café Universal, porque le pareció sospechosa. Sin embargo, dos noches después penetró en el popular establecimiento deseoso de observar sin ser observado. Esperaba ver a Rocky y Percival, pero se llevó chasco porque no estaban, en cambio vio a Murray, el hombre

de confianza del contrabandista mejicano, y lo peor era que no estaba solo: cuatro tipos mal encarados le acompañaban y todos ellos parecían cortados por el mismo molde. Seres de turbia mirada y ademanes agresivos que parecían estar saliéndose de la vaina.

Fred fue a ocupar un asiento junto a una mesa apartada y apenas lo había hecho, cuando surgió el hombre del violín, que se puso a tocar «la canción del pirata». Para muchos, aquella canción no tenía importancia alguna. Era simplemente una letrilla, inspirada probablemente en algún hecho relacionado con los contrabandistas que luchan y mueren defendiendo lo que no es suyo, pero Fred supo interpretar el significado de la canción, según la cual, los hombres de «Loco Lindo» estaban a las órdenes de «Pistol *Dandy*».

¿Quién podía ser aquel músico que tantas cosas sabía y que se preocupaba de la seguridad de Fred, advirtiéndole que estuviese preparado para cualquier contingencia?

La voz del violinista era monótona, no así su música llena de melódicos arpeggios.

Fred pensó que sin duda había sido descubierto, pese a su disfraz y que los hampones le buscaban para eliminarle. De ser cierto, tenía que tomar precauciones. Se encontraba en un local en donde todos, casi sin excepción, eran hostiles.

Movióse buscando un punto de salida, pero todas las puertas estaban ocupadas. Por primera vez en su vida, se encontró en un apuro de los que es difícil escapar. En todos los rostros veía reflejado el odio. El violinista seguía tocando. De pronto, cesó la música y varios rufianes se movieron acentuando su gesto de amenaza. Había un poderoso motivo para ello, que Fred ignoraba.

Aquella tarde, la radio había dado una noticia muy importante. Stanley Sux, al tratar de fugarse de Sing-Sing,

fue muerto a balazos por los centinelas y la prensa de la noche traía su fotografía, así como todos los detalles de la fracasada fuga. Rocky y Percival, al comprender el engaño que fueran víctimas, se reunieron con los hombres de «Loco Lindo» a los que relataron el caso.

Entre el hampa, todo se perdona, menos el engaño, que para ellos equivale a la traición. Si Fred intentó hacerse pasar por Stanley Sux, quería decir que se trataba de un espía y era necesario

acabar con él cuanto antes.

En el Universal, se habían reunido aquella noche todos los maleantes de los muelles. Rocky y Percival consiguieron volver al seno de la antigua banda, después de comunicar lo que descubrieran. Nada de esto sabía Fred, y por ello, se extrañaba de aquel movimiento agresivo que observaba en todos los concurrentes.

De fijo hubiese sucumbido de no ser por el aviso del violinista que le puso en guardia. Aquella canción fue para él un toque de alarma y estaba preparado, pero ¿qué podía hacer contra una multitud enfurecida y deseosa de vindicar lo que consideraban una grave ofensa a sus fueros de eternos perseguidos?

Fred conservaba la calma y sus ojos estaban clavados en la reunión anodina y miserable que le rodeaba. Si había que caer, caería, pero luchando, sin demostrar temor ni cobardía.

Mientras tanto, el violinista terminando su número, iba recorriendo los grupos con el sombrero en la mano, solicitando unas monedas. Al llegar donde estaba Fred, murmuró en voz baja:

—Preparado... cuando se apaguen las luces...

Siguió el músico atravesando por entre la nutrida concurrencia, al tiempo que prodigaba sonrisas y palabras de gratitud. Dirigióse hacia el fondo del salón en donde estaba el cuadro de control de la luz. Un simple movimiento de palanca y el local quedaría a oscuras. Ya levantaba la mano, cuando sonó el primer disparo y una bala se clavó encima de la cabeza de Fred. Como si aquello hubiera sido la señal, las detonaciones se sucedieron con un estruendo formidable, volando vasos y botellas y arrancando fragmentos del muro y de la estantería.

Fred estaba en el suelo, debajo de una mesa, contestando a los disparos. Sentía silbar los proyectiles por su lado. Intentó cambiar de sitio, pero no pudo conseguirlo y ya se consideraba perdido cuando se apagaron las luces, momento que aprovechó para salir de su improvisado escondrijo y dirigirse a la puerta falsa que comunicaba con el patio. Alguien se interpuso en su camino, pero la culata de su pistola abrió paso cayendo con fuerza sobre un cráneo.

—¡Muerte al espía! —dijo una voz.

—¡Que no escape el traidor! —gritó otro.

Ya Fred alcanzaba la puerta cuando una mano le sujetó por un

brazo. Disparó su pistola. La presión aflojó y el cuerpo de un hombre cayó como herido por una maza gigantesca. Otro se interpuso y sufrió las mismas consecuencias.

Fred, ya no era un hombre, era un coloso que aplastaba a todo aquel que se ponía por delante. Una furia demoníaca se había apoderado de él y no cesaba de disparar el arma. Cuando se le agotaron los proyectiles, empuñó un taburete y empezó a descargar golpes a diestro y siniestro. La confusión era indescriptible. Se escuchaban amenazas con juramentos en varios Idiomas. Algunos disparos seguían sonando. Alguien pedía luces. Uno de los dependientes se acercó el cuadro de control y cayó muerto de un tiro.

La puerta del patio estaba interceptada por el cuerpo de un hombre, tirado a todo lo largo. Fred lo arrastró un trecho y después intentó salir.

Otra silueta amenazadora le cortó el paso. Sintió un fogonazo cerca de una oreja. Su puño cayó sobre aquel individuo y sintió cómo se desmoronaba lanzando un alarido. Por fin pudo franquear la salida y al hallarse al aire libre, corrió con todas sus fuerzas saludado por un par de disparos que no llegaron a tocarle por verdadera casualidad. Junto al muro, saltó con agilidad felina y pronto estuvo al otro lado.

La calleja era muy oscura y se perdió entre las sombras...

CAPÍTULO V

EL CLUB DE LAS REGATAS



L resto de la noche, estuvo Fred pensando en aquel violinista misterioso que había sido su providencia. No recordaba haberlo visto nunca, pero tenía una vaga idea de haber escuchado su voz en otro sitio.

Se sentía desilusionado por haber fracasado en la representación del papel de Stanley Sux; ¿qué había sucedido para provocar de tal modo las iras del hampa en pleno?

Supo que, poco después de marcharse él, llegó la Policía, verificando algunas detenciones y recogiendo los muertos y heridos. Ignoraba los resultados de aquellos arrestos y las consecuencias que

podrían originar, pero estaba seguro que su labor, en lo sucesivo, iba a ser difícil y peligrosa.

Por fin se durmió con un sueño poblado de pesadillas.

A la mañana siguiente, al bajar al comedor a desayunar, vio el periódico y leyó la noticia de la muerte de Stanley Sux. Ahora lo comprendía todo.

Escribió una carta cifrada dirigida a su jefe y la envió por avión. En ella comunicaba el intento de robo que sufriera el senador O'Higgins, detallando lo que iba buscando el ladrón. También comunicaba el ataque sufrido en el Café Universal y su fracaso de hacerse pasar por Stanley Sux. De «Pistol *Dandy*» ni rastros, aunque estaba persuadido de que el famoso «gangsters», debía encontrarse en Savannah.

Éstas eran las noticias que el inspector Graham recibió a los ocho días de haber salido Fred de Washington.

Contestó diciendo que abandonara el asunto de los planos por hallarse otro agente encargado de él. Su misión debía ser, única y exclusivamente, dedicarse por entero a la captura de «Pistol *Dandy*».

Salía Fred a la calle cuando el botones del hotel le entregó un sobre muy perfumado y escrito con una letra menuda.

La abrió, viendo que se trataba de una Invitación para asistir aquella noche al baile de gala, que anualmente celebraba el Club de Regatas, en honor de los triunfadores.

Necesitaba un traje de etiqueta que no había traído en su equipaje, por evitar peso y salió, en su busca. Lo encontró en una prendería de los muelles. Con un buen planchado quedaría como nuevo.

Tenía un gran interés en asistir a la fiesta, por bailar con Olimpia y al mismo tiempo para conocer al príncipe Kovel de Kielce.

Frente al espejo se contempló entusiasmado. El traje de etiqueta le quedaba a la medida; como si hubiera sido cortado para él.

El gran salón del Club de Regatas brillaba extraordinariamente bajo la iluminación de sus enormes lámparas que, cual gigantescas arañas, pendían del techo. Las luces arrancaban refulgentes rayos de los espejos, bronce y de las joyas de las damas.

Nada más original ni más fabuloso que la ornamentación y el decorado, así como la riqueza del mobiliario.

La orquesta permanecía invisible, no obstante lo cual, las armonías de la música llegaban claras y vibrantes a los oídos de todos y bastaba que uno pidiera determinada pieza para que fuese complacido al instante.

Fred paseó su mirada por el salón y recibió enorme sorpresa al ver al músico ambulante vestido de etiqueta parado junto al «buffet».

Olimpia, muy favorecida por una corte de admiradores que le prodigaban sus alabanzas, sonreía feliz... Estaba encantadora con su traje de noche. La orquesta empezó a tocar un «fox» y Fred dirigióse al encuentro de Olimpia.

—Creo que éste es mi baile, señorita —dijo inclinándose—, si estos caballeros me perdonan.

Los caballeros no le perdonaban por haberles privado de la adoración que rendían a la bella, pero tuvieron que conformarse.

Fred era un gran bailarín y poseía un dominio y una elegancia, que todos le admiraron. Llevaba a su pareja dejando ver la esbeltez de su cuerpo y la gracia de sus movimientos.

Ella, arrastrada por el placer del «fox» y deslumbrada por la potente luz de las lámparas, se sentía llevar por un brazo vigoroso entregándose a la embriaguez de la danza. No miraba a nadie, no veía nada, sólo estaba atenta a las palabras que a su oído murmuraba el rendido galán. Ni se daba cuenta de la admiración que despertaba entre los invitados. Bailaba con pasión, feliz de encontrarse entre los brazos de aquel hombre. De pronto se detuvo frente a un espejo y se contempló encendida y ruborosa como una colegiala. Él la preguntó si estaba cansada y ella respondió con un movimiento negativo. Una ligera presión fue suficiente para que siguiera bailando.

Volvieron a girar, pero no con la rapidez anterior. Fred demostraba poseer todos los secretos de la danza moderna y ahora la conducía con lenta suavidad, deslizándose sobre el encerado piso, con movimientos ondulantes, fijándose en los ojos de mirar profundo de Olimpia, como si tratara de escudriñar con sus pupilas los secretos del corazón de aquella mujer encantadora.

Gozaba de tan vivas emociones, que no recordaba otras

semejantes. Cuando cesaron las últimas armonías del «fox», la condujo del brazo hasta un asiento.

Iba a sentarse, pero en aquel momento apareció Ketty, diciendo:
—Ven, quiero presentarte a Su Alteza.

Olimpia se quedó admirada. Su amiga llevaba al cuello una joya que nunca le había visto. Era un hermoso topacio de un color amarillento, rodeado por pequeños diamantes. Fred parpadeó ligeramente y a sus labios asomó una pregunta indiscreta, pero se contuvo.

Olimpia siguió a su amiga llevando de la mano a Fred. El príncipe les salló al encuentro.

Ketty hizo las presentaciones:

—Su alteza el príncipe Kovel de Kielce; mi amiga la señorita Olimpia O'Higgins y un amigo, el señor...

—Fred Tracy —agregó Olimpia.

—Encantado de conocerles y ahora, si me lo permiten, les Invitaré con una copa. Brindaremos por la felicidad de todos.

Fred creía estar viendo visiones, porque el príncipe polaco tenía el acento característico de los naturales de Louisiana, pero no era eso sólo lo que le sorprendía, era algo más. En el atestado que leyerá referente a las joyas facilitadas por el usurero a «Pistol Dandy», figuraba un valioso topacio del Brasil.

Como un autómatá bebió la copa que el príncipe le entregaba y disimulando sus impresiones, inició una charla circunstancial hasta el momento en que la orquesta tocó un «one step» que salió a bailar con Ketty mientras el príncipe lo hacía con Olimpia.

Fred, hombre de mundo, ensalzó la elegancia del vestido de Ketty, poniendo de manifiesto la armonía de aquella Joya maravillosa.

—Me la prestó el príncipe —dijo ella—, quiere venderla. Dice que perteneció a la gran duquesa de Kandur, pero es muy cara. Cien mil dólares resulta una suma demasiado importante y no creo que mi padre quiera desembolsarse de ella. A mí me agrada mucho, desde luego.

—Es preciosa. ¿Hace mucho que conoce al príncipe?

—Muy poco; vino del Sur...

—Ya he observado que tiene acento de los de Louisiana.

—En efecto, residió en Nueva Orleáns mucho tiempo.

Mientras tanto, el príncipe charlaba con Olimpia. Su conversación derivó hacia Fred.

—Es muy simpático su amigo —dijo el príncipe—, y parece un hombre de negocios. ¿A qué se dedica?

Olimpia era discreta y lo demostró en aquel instante.

—No sé, es muy amigo de papá, y aunque ellos hablan frecuentemente de negocios, aún no he podido enterarme de nada.

—Vino a Washington, ¿verdad?

—Creo que sí.

Bruscamente, Olimpia cambió de conversación.

—Es divino el topacio que lleva Ketty; debe valer una fortuna.

—En efecto; es una joya que perteneció a mis antepasados. Dicen que Catalina de Rusia se la regaló a la gran duquesa Sonia.

Pero hablemos de otra cosa; baila usted muy bien. Empieza a gustarme mucho esta ciudad y creo que me radicaré en ella definitivamente, si Ketty accede a ser mi esposa...

El príncipe parecía un poco nervioso y cambiaba de conversación a cada momento, hilvanando su charla con asuntos diversos. Acababa de ver al violinista recostado en el «buffet», fumando un cigarrillo y sus ojos estaban fijos en él.

Apenas cesó la música, disculpóse con Ketty, estrechó la mano de Olimpia y al despedirse de Fred, le dijo:

—Espero, señor, que volveremos a vernos.

—Pero ¿se marcha ya?

—Sí, tengo una cita, cuestión de negocios y ya la había olvidado. Si tengo tiempo volveré por aquí. Celebro conocerle, señor Tracy.

—El placer ha sido mío, alteza.

Ketty acompañó al príncipe hasta la puerta. El oleaje besaba la arena de la playa con sus murmullos acariciadores y la luna se retrataba en las aguas.

Fred paseó con Olimpia. Fueron a detenerse en el espacioso corredor que rodeaba el Club. Apoyados en la barandilla, contemplaron el puerto, los barcos anclados e inmóviles y las lanchas balanceándose impulsadas por las olas que se deshacían en el malecón. Todo era grandioso en aquella noche estrellada, tan llena de silencios.

En aquel momento el violinista salió a la terraza. Llevaba el traje de etiqueta con mucha soltura. La luz de uno de los focos iluminó

su rostro y Fred se preguntó por segunda vez en dónde había conocido a ese hombre. Olimpia, animada por dulce esperanza, apoyóse perezosamente en la pared, mirando a su acompañante, como si tratara de leer en su alma. Su busto se recortaba en la suave penumbra, mostrando las armónicas líneas de aquel cuerpo escultural. Fred acercóse a ella, diciendo:

—En este instante, he creído hallarme en presencia de una ondina que surgiera de pronto de las olas. Olimpia, es usted la mujer más encantadora que he conocido. Me prometió contestar a una pregunta.

Estaba junto a ella, cada vez más cerca. Fue inclinando su rostro hasta rozar con sus labios los cabellos de Olimpia. En aquel momento, Ketty surgió de improviso rompiendo la romántica escena. Fred separóse rápidamente maldiciendo a la importuna.

—No comprendo por qué se ha marchado Kovel tan apresuradamente —dijo Ketty.

—Sí, es extraño —repuso Olimpia—, en lo mejor de la fiesta...

—Dijo que volvería —agregó Fred.

Cogió a las dos muchachas por el brazo dirigiéndose al salón. El senador O'Higgins se hallaba acompañado por Hopkins, el padre de Ketty. También a ellos les había extrañado la marcha del príncipe.

Fred miró por todas partes buscando al violinista, sin verlo y comprendió que tampoco estaba en el baile.

Algo existía, confuso, entre todos aquellos pequeños detalles, y el agente del

F. B. I.

pensó que, sin duda alguna, hubiera hecho mucho mejor no asistiendo a la fiesta. El hampa se movía en las sombras, preparando sus ataques y todo presagiaba tormenta.

Pidió permiso para ausentarse, diciendo:

—Antes que termine la fiesta, estaré aquí.

Olimpia hizo un gesto de desagradable sorpresa y volviéndose a su amiga, preguntó:

—¿Qué les pasa a estos hombres que todos tienen que hacer a estas horas?

Ketty se encogió de hombros, incapaz de responder. Varios admiradores se acercaron solicitando el honor de un baile y pronto se confundieron entre el tráfico confuso de la danza.

Olimpia sintió muy cerca el beso deseado. Recordaba la escena. Fred, Inclinado, devorándola con los ojos y de pronto Ketty, rompiendo el encantamiento con su presencia. Su pareja de baile le hablaba de amores y de quimeras, pero ella no le oía. Sólo estaba atenta al murmullo de una voz que seguía sonando muy cerca, la voz del amado a cuya pregunta no pudo responder. De vez en cuando miraba hacia la entrada del salón en espera de verlo de nuevo. Varias veces perdió el compás. Un pensamiento seguía fijo en su cerebro: decirle que lo amaba. Abstraída con esta idea, ni se dio cuenta que el baile había terminado.

Al sentarse, miró el reloj; eran las doce y quince. Sólo transcurrieron diez minutos desde la marcha de Fred y se le antojaban una eternidad. Su amiga Ketty vino a su lado.

De pronto, Olimpia, con los ojos desorbitados por la sorpresa, observó que Ketty ya no llevaba el topacio.

—¿Y la joya? —preguntó—, señalando la cadenita de oro que colgaba sin el topacio.

Ketty llevóse la mano al cuello, dando un grito de asombro. La rodearon damas y caballeros haciéndole preguntas a las que no podía responder. Hopkins solicitó la intervención de la Policía. Se buscó al joven que bailara con Ketty, sin poder hallarle. La confusión era enorme. Ella no recordaba haber visto nunca al caballero que la sacara a bailar.

Mientras tanto, Fred había salido al mirador. Buscaba al hombre del violín. Creía que aquel misterioso sujeto debía tener alguna secreta participación en todo lo que estaba ocurriendo. Dos veces había intervenido a su favor, oportunamente, y necesitaba hablar con él, hacerle algunas preguntas, determinar con claridad cuál era su juego para saber a qué atenerse.

Pensando en esto se hallaba, cuando vio salir del Club a un hombre vestido de etiqueta corriendo como un gamo. Era de opinión que todo aquel que corre es porque desea alejarse, tratando de huir por algo que no es legal ni razonable, y sin pensarlo más, salió en persecución del individuo.

De haber seguido huyendo por la playa, seguramente le hubiera dado alcance, pero el fugitivo saltó dentro de una lancha que estaba con el motor en marcha, y la gasolinera partió rápida, mar adentro.

Fred quedóse sin saber qué decidir y ya se iba a dirigirse a una

canoa automóvil, propiedad del Club, que estaba amarrada en el muelle de madera, cuando se cruzó con el hombre del violín.

Las luces del Club iluminaban un espacio bastante amplio, dentro del cual quedaban los dos hombres.

—A usted lo andaba buscando —dijo Fred.

—Pues aquí me tiene, ¿le ocurre algo?

—Pasan cosas extrañas, pero antes, dígame quién es usted.

—¿Tan cambiado estoy que no me reconoce?

—Confieso mi torpeza.

—Sin embargo, estuvimos Juntos en Virginia, en la Academia. Yo tenía el número trece en la promoción y todos los muchachos se burlaban diciendo que mi fin sería trágico.

—¡Sam Toward!

—El mismo, Fred Tracy.

Los dos antiguos compañeros se abrazaron.

Sam explicó que había venido encargado de descubrir un contrabando de licores adulterados que estaban introduciendo en el país. Llevaba varios días disfrazado de músico ambulante, aprovechando que sabía tocar el violín, observando las andanzas de los hampones por las tabernas del puerto. Un día lo había visto a Fred y lo reconoció al momento. Se propuso seguirle los pasos y comunicó su idea a Washington, de donde le contestaron que procurasen no estorbarse, toda vez que la misión de los dos era diferente, lo que no impedía que se ayudasen si llegaba el caso, y éste había llegado.

Fred le explicó cuál era su objeto en Savannah.

—Lo sabía —repuso Sam—; fue un buen recurso hacerte pasar por Stanley Sux, pero su fuga lo echó todo a perder. Si la Prensa hubiera silenciado el hecho, a estas horas sabrías mucho más de lo que sabes, y yo también, pero no hay que desesperar. Ambos seguimos una pista y es probable que las dos se junten. Estaría bueno que «Pistol *Dandy*» nos condujera al escondrijo de los contrabandistas.

—Primero tenemos que dar con ese criminal.

—Volvamos al baile, pero no entremos juntos. Ya nos veremos mañana. Y, a propósito, ¿por qué saliste del club?

—Siguiendo a su alteza. Me resulta sospechoso ese caballero.

—¿También a ti?

—Una advertencia, Fred; recuerda las palabras de nuestro director: «los placeres y las diversiones le quedan vedadas al agente especial, cuando se halla en comisión de servicio...»

—Lo recuerdo, Sam, pero a veces es conveniente alternar en todas las esferas sociales, para conseguir orientarse.

—No sé, pero, en fin, cuando tú lo dices... Yo entraré por la puerta del muelle. Seguiremos sin conocernos.

—Desde luego. Suerte, amigo.

—Falta nos hará, Toward.

Ninguno de los dos esperaba encontrar aquello tan alarmado y revuelto. Cuando se enteraron de que el topacio había desaparecido, cambiaron una mirada elocuente. Los ojos de Sam parecían decir: «esto se complica», y los de Fred contestaban: «esto se va aclarando...»

Era la una cuando el príncipe hizo su reaparición. Ketty fue a su encuentro, tan afligida que apenas podía disimular su pena; las lágrimas nublaban sus ojos. El príncipe recibió la noticia con relativa calma y no pareció sentir mucho la pérdida de tan valiosa joya, limitándose a decir:

—Pensaba regalártela el día de nuestra boda.

—Pero tú dijiste que querías venderla.

—Primero eras tú, pero ya no hay motivo de discusión, puesto que la joya se ha perdido. Espero que la Policía intentará recobrarla por todos los medios. Ofreceremos una buena recompensa, y acaso el ladrón no sepa lo que vale el topacio.

Fred miraba al príncipe y parecía estudiar sus palabras. Era muy extraño que la pérdida de una joya, valorada en cien mil dólares, no le causara mayor desazón. Hacía falta ser un creso para conformarse tan fácilmente.

Fue Sam el que intervino en aquel momento, y sus palabras fueron causa de que ocurrieran, posteriormente, hechos lamentables. Acercóse, diciendo:

—Perdón, alteza, pero me gustaría saber, si mi curiosidad no le ofende, por qué motivo estuvo hablando con un desconocido en la playa y éste desembarcó de una lancha automóvil, vestido de etiqueta, puesto que esa ropa no es la más a propósito para tripular una canoa. Además, se da el caso de que ese desconocido penetró en el club, para salir diez minutos después, corriendo como un

desesperado, saltar nuevamente en la lancha y ponerla en marcha, desapareciendo.

El príncipe, sin perder la calma, miró al intruso que se permitía pedirle cuentas de sus actos y después de observarle detenidamente, preguntó:

—¿Y se puede saber, caballero, con qué derecho se mezcla usted en mis asuntos personales y se permite espiarme?

—No hubo espionaje, alteza. Yo había salido a fumar un cigarro y a tomar un poco el aire, cuando observé tan extrañas maniobras.

—Pero ¿quién es usted?

—Un «curioso impertinente», tal vez.

—Pues cuídese de sus cosas y no se mezcle en las mías. La joya ha sido robada, y yo sólo soy el perjudicado; a nadie puede interesar su pérdida más que a mí; por tanto, si usted, no pertenece a la Policía, debe abstenerse de hacer averiguaciones que resultan insolentes. Soy dueño de mis acciones y no admito que se me dicten normas, ni se me moleste con preguntas ofensivas. ¡Recuerde que soy el príncipe Kovel de Kielce!

Iban Sam a responder, cuando Fred se Interpuso, diciendo:

—Su Alteza tiene razón, caballero. Se ha cometido un robo y la Policía se encargará de prender al ladrón. Nosotros hemos venido a divertirnos y eso debemos hacer, antes de que esto se desanime más de lo que ya está.

Estas palabras no lograron borrar la desconfianza, ni fueron suficientes para desterrar el desánimo que a todos invadía. La fiesta tocaba a su fin y fueron muy pocas las parejas que salieron a bailar.

Juan Hopkins se apresuró a testimoniar a su alteza el sentimiento profundo que le causaba el percance, y mucho más, por haber sido su hija protagonista. También el senador O'Higgins se lamentó de lo sucedido, prometiendo intervenir personalmente para que las autoridades policiales se ocuparan del caso con la actividad necesaria.

—Son ustedes muy amables, caballeros, y les agradezco con toda el alma su interés, pero no debemos dar al asunto más importancia de la que tiene; para borrar esta impresión desagradable, les invito a beber conmigo una copa de «*champagne*».

Poco después, Fred, levantando la copa, decía:

—¡Brindo por la detención del culpable!

Olimpia chocó su copa con la de él, murmurando en voz tan baja que sólo escuchó Fred:

—Y yo brindo por el amor.

La orquesta seguía tocando las más selectas piezas de su moderno repertorio, pero ya nadie bailaba. Los invitados iban abandonando el salón, después de despedirse de sus amistades, llevando en su ánimo una sensación de vacío, como si salieran de un lóbrego abismo.

Fred acompañó a Olimpia hasta el coche, estrechó la mano del senador y la de su amada, y, volviéndose a Sam, que le estaba esperando en un «taxi», le dijo:

—Has cometido un error... Y los errores se pagan. Su alteza no te perdonará jamás lo que has hecho.

CAPÍTULO VI

LA CASA SINIESTRA



El día siguiente, Fred cursó un extenso radiograma a Washington, solicitando detalles de la familia Kielce, de Polonia, descendiente por línea directa del gran ducado de Lodz. En Savannah no había Consulado, por estar la Cancillería en Nueva Orleáns. La Embajada de Washington proporcionó al

F. B. I.

todo el historial de los príncipes de Kielce, y la respuesta llegó a poder de Fred un día después, en los siguientes términos:

«El último descendiente de los Kielce falleció en Varsovia, en

1890, extinguiéndose el principio».

Fred ya sabía a qué atenerse. El príncipe era un impostor, y sus sospechas se acentuaron, tomando relieves cada vez más destacados. Sólo la audacia de un delincuente de la talla de «Peter Dandy» podía haber imaginado semejante treta.

Fred era un buen observador de los hombres, porque tenía el instinto natural de la deducción, es decir, que lo que veía una vez, ya no se le olvidaba, y reuniendo datos, coincidencia y detalles que a otros se les escapaban, conseguía formar una suposición de lo que «pudo haber ocurrido» y de lo que «era imposible que sucediera».

Pensaba en lo que había dicho Sam, referente a la entrevista celebrada en la playa con el misterioso individuo vestido de etiqueta que penetrara en el club, para salir diez minutos después, apresuradamente, y suponía que el príncipe no era ajeno al robo del topacio, pero lo que no podía comprender era la razón de aquel robo.

Todo estaba bien planeado; su amor con Kitty, una de las más ricas muchachas de Savannah, aquel cambio de personalidad, su entrada en los centros más aristocráticos y hasta la escolta que llevaba continuamente de dos mercenarios, arrancados, seguramente, de los bajos fondos.

Se propuso hacer una visita al domicilio de «Su Alteza», y, a ser posible, aquella misma noche.

Lo que no podía comprender, por muchas vueltas que le daba al asunto, era la Intervención de aquel hombre en las cuestiones de espionaje. ¿Estaría al servicio de alguna potencia extranjera? Todo se mezclaba en el embarullado asunto: el robo de los planos, el contrabando de alcoholes y, ahora, aquellas alhajas, que denunciaban al autor del horrible crimen de Charleston. El

F. B. I.

le había señalado un camino a seguir: la captura de «Pistol Dandy», y a eso tendría que atenerse, pero si lograba prestar su ayuda a Toward, lo haría. Sam siempre tuvo mala suerte, fracasando en algunos asuntos que le encomendaron, pero esta vez triunfaría, porque estaba dispuesto a colaborar con él.

Era noche cerrada y bastante oscura. La luna luchaba por salir de un manchón de nubes, y ni una sola estrella brillaba en el

firmamento. Las luciérnagas ponían puntos suspensivos en el espacio. Las siluetas de los árboles, desdibujadas por la penumbra, semejaban fantásticos espectros. Por el estrecho camino avanzaba Fred, en dirección a la casa solariega situada al pie de un desmonte, con huerta a un costado y el arroyo Wamdill susurrando sus armonías, en la vertiente opuesta. Las onomatopeyas del agua al deslizarse sobre los gruesos y alisados guijarros, era como un continuado murmullo de protesta.

El edificio aparecía iluminado en la planta baja. Una pared de dos metros de altura lo rodeaba. La puerta principal se abría pocas veces. Por el lado del arroyo había otra entrada, que era la que utilizaba el dueño de casa. Por el exterior, crecían robles y acacias. A pocos pasos de ahí cruzaba la carretera que conducía a Dupont, muy frecuentada por camiones.

Fred, subido sobre un altozano, permaneció un buen rato contemplando la morada de «Su Alteza». Aquella misma tarde había averiguado que el edificio no era de su propiedad, y que lo alquilara por seis meses. Sin embargo, él hiciera correr las voces de que la casa era suya.

Los faros de un coche iluminaron un buen trecho, partiendo las sombras. El carruaje desapareció en la curva del camino, y las sombras volvieron a cerrarse. El arroyo seguía cantando su eterna canción. En unos pinos cercanos revoloteaban unas lechuzas. La noche, entoldada por nubes opacas, se prestaba para las expediciones furtivas. El paraje no podía ser más siniestro. Desde allí a las primeras casas del arrabal, había unas quinientas yardas. Más abajo desembocaba el arroyo, mezclando sus aguas dulces y transparentes con las amargas y sombrías del Atlántico...

El agente del

F. B. I.

sabía esperar y dominaba sus impacencias mientras pensaba en el plan a seguir. Entraría en la casa, pero no por la puerta, sino valiéndose de las ramas de uno de aquellos robles que llegaban hasta la tapia. Una vez en el interior, trataría de ver, sin ser visto, y según lo que observara, procedería en consecuencia.

La luz seguía saliendo por una de las ventanas. Fred abandonó su observatorio y empezó a descender. Caminaba despacio, con el oído atento. De pronto se detuvo. Un coche acababa de pararse

frente a la puerta principal, con un solo faro encendido. Desde donde estaba, podía verlo perfectamente. Estaba pintado de un color plomo y no parecía pertenecer al servicio público. Descendió un hombre cubierto con una trinchera muy amplia, completamente desabrochada, y habló con el que estaba al volante. Fred alargó el cuello tratando de reconocer al individuo, pero en su vida le había visto. Era un tipo de regular edad, al parecer, fornido, y que usaba bigote. Acercóse a la puerta falsa y tiró de una cadenita adosada al muro; un campanilleo dejó oírse, y poco después alguien franqueaba la entrada.

Fred estuvo pensando sorprender al chofer, apoderándose del auto y esperar al misterioso personaje, pero después de considerar aquello detenidamente, renunció a ello, considerando que no tenía objeto. Era preferible penetrar en la siniestra morada, aun exponiéndose a todas las contingencias.

Examinó la pistola. Tenía el cargador completo y estaba en disposición de disparar. Se fue acercando a uno de los árboles y eligió el más alejada de la entrada principal, a fin de no ser visto por el conductor del auto.

No fue fácil trepar por aquel tronco, pero para un buen gimnasta como era Fred, semejante tarea puede realizarse a costa de algunos arañazos. Cuando estuvo en lo alto, contempló el jardín, abandonado, en donde crecían ortigas y malvas silvestres.

Deslizándose por una de las ramas alcanzó el muro y se dejó caer al otro lado. El silencio reinaba por doquier, sólo Interrumpido por la corriente de agua, que seguía murmurando sus quejas.

La ventana iluminada era la de la parte Oeste, o sea, detrás de la casa; una ventana enrejada, por la que era imposible introducirse; también la puerta estaba cerrada, y Fred se encontró dando vueltas en busca de un sitio por dónde penetrar. De pronto se fijó en un ventanuco a flor de tierra que, sin duda, correspondía al sótano.

Aquella misma tarde, un muchacho le había mostrado la casa habitada por el príncipe, diciéndole que de su chimenea nunca salía humo y que las puertas siempre estaban cerradas. Fred, decidióse a dar aquel paso, impaciente por averiguar si sus sospechas podían tener confirmación, toda vez que él suponía que el príncipe Kovel de Kielce fuese «Pistol *Dandy*» en persona.

Después de breves vacilaciones, se dispuso a introducirse por el

ventanuco. Al descolgarse, comprobó que los pies no llegaban al suelo. Se dejó caer, produciendo un ligero ruido que lo llenó de alarma. Tanteando, a oscuras, procuró orientarse. Llevaba consigo una linterna eléctrica, pero no se atrevió a encenderla, por temor a ser descubierto. No ignoraba que en aquel trance decisivo se estaba jugando la vida, y no era prudente exponerla por un exceso de audacia.

Al final del sótano halló una escalera que debía conducir a las habitaciones de la planta baja y probablemente, a la cocina, porque en un rincón había amontonada bastante cantidad de leña. Subió los escalones y al llegar al final empujó la trampilla que cerraba la abertura. Mucho tiempo debía llevar aquel escotillón cerrado, porque las maderas al hincharse encajaron tan fuertemente que era imposible mover aquel obstáculo que le separaba de los habitantes de la casa siniestra, pero las fuerzas de Fred se multiplicaron con el esfuerzo, y la tabla crujió débilmente.

Existía la probabilidad de que el ruido fuese escuchado por los de arriba y se descubriera todo; también podía suceder que no lo oyeran, y ante la duda, Fred optó, como siempre, por exponerse. Aplicando el hombro a la madera, consiguió, después de varias tentativas, levantarla y sólo produjo un leve chirrido. Polvo y telarañas cayeron sobre él. Sosteniendo la tabla con una mano, sacudióse y, asomando la cabeza, miró sin ver nada; la oscuridad era absoluta. Un paso más y estaba arriba.

Dejó cerrar el hueco con la mayor suavidad. Un ladrón no hubiera procedido más suavemente. Orgulloso de su trabajo, sonrió, complacido. Tanteando el terreno conquistado pudo comprobar que se hallaba en una cocina.

Avanzó por el pasillo, cautelosamente, guiado por una luz que salía por debajo de una puerta. Y de pronto se detuvo, lleno de extrañeza. El «click-click» de un aparato de radio llegaba claramente a sus oídos.

Fred puso toda su atención en escuchar la transmisión del mensaje. Sacó un papel y un lápiz y apoyado en la pared, fue apuntando los puntos y rayas del alfabeto «Morse». De pronto cesó el tamborileo y dejó de oírse el «click-clicks» característico. Había terminado la comunicación. Guardóse la nota suponiendo que sería tan sólo un fragmento del mensaje, pero a veces una sola palabra

puede determinar muchas cosas.

Ahora la cuestión estribaba en poder escuchar lo que hablasen los contrabandistas. La existencia de una estación de radio en aquella casona solitaria, ya era de sobra elocuente. Más allá de donde estaba, había otra puerta, entornada. La empujó, decidido, y hallóse en un aposento desprovisto de muebles y con las ventanas cerradas y provistas de gruesas cortinas.

Fred iba vestido con un «mono» azul y calzaba zapatos con suela de goma. Llevaba gorrilla y, además de la automática, un pequeño revólver, guardado en el bolsillo posterior.

Junto al tabique que separaba los dos aposentos estuvo escuchando un buen rato. Las palabras llegaban hasta él confusas e Incomprensibles. Necesitaba oír lo que hablaban aquellos hombres, que para eso había venido. Después de examinar el aposento, comprendió que sólo le quedaba un recurso, y era acercarse a la ventana de la habitación de al lado, caminando por la cornisa; se exponía a caer al jardín y desnucarse, pero los agentes del

F. B. I.

pocas veces reparan en riesgos. Su misión es valerse de cualquier medio para lograr su objeto, y se juegan la vida en el intento.

Abrió la ventana con la mayor suavidad y, al asomarse, pudo ver la claridad de la luz salir del vecino aposento. Descolgóse hasta quedar parado sobre un estrecho borde de diez centímetros. Lo difícil consistía en poder apoyarse en algo para sostenerse. A poco más de un metro descendía un canalón de cinc, conductor del agua de lluvia de la azotea. Flexionando el brazo derecho, apoyóse en aquel débil baluarte, que se movía de un modo alarmante. Sujeto por dos grampillas de hierro, en cuanto una de ellas se desclavase, allá iría Fred a dar con su cuerpo en tierra. Estremecióse al pensarlo, pero ya no podía volver atrás. Afortunadamente, el tubo de cinc aguantó la primera sacudida y el hombre pudo dar otro paso. La pared tenía algunos relieves salientes, bastante pronunciados. Era un trabajo en piedra, que se hace a golpes de martillo, hasta formar unos ahuecados alrededor de unas rosetas triangulares. Aquello le sirvió para apoyarse con ambas manos, hasta alcanzar el alféizar de la ventana. Una vez allí, pudo descansar. Sus ojos se clavaron en el interior de la habitación. Había seis hombres y uno de ellos era el príncipe. El que hablaba tenía

acento mejicano, si bien la pronunciación era perfecta y se expresaba en un inglés correcto.

Como siguiendo una conversación empezada, estaba diciendo:

—... si hemos de asociarnos en ese negocio necesitaremos más dinero. Hay bastantes dificultades y estamos muy vigilados. Un guardacostas patrulla continuamente por las inmediaciones de la isla, y hasta he sabido que el

F. B. I.

ha enviado a uno de sus mejores sabuesos; por tal causa, paralicé el desembarco hasta ver si se borraban las desconfianzas, pero, me temo que en lo sucesivo aumentará el bloqueo. Sin embargo, si pudiésemos conseguir alquilar una avioneta, burlaríamos a todos los aduaneros; por eso he pensado hacer sociedad contigo, «*Dandy*», para realizar las cosas como es debido.

—No pronuncies ese nombre.

—No tengas miedo, porque aquí no hay peligro de que nos oiga nadie.

—No importa, recuérdalo, para todos soy Kovel.

Fred no quiso escuchar más. Tampoco la posición era muy cómoda y desanduvo lo andado, estando a punto de caerse varias veces. Por fin, consiguió poner pie en el otro aposento y respiró tranquilo.

Ahora ya sabía que el príncipe de Kielce y «*Pistol Dandy*» eran la misma persona...

Con la pistola en la mano abrió la puerta que dejara entornada, y se lanzó al pasillo, pero en vez de volver por el sótano descendió la escalera, y de pronto se encontró en un «*hall*» oscuro.

«*Loco Lindo*» era muy desconfiado y tenía a uno de sus hombres vigilando la entrada.

Esto, como es natural, lo ignoraba Fred, pues de haberlo sabido hubiera pasado por el sótano, pero quiso ahorrarse molestias y fue de cara al peligro. Apenas había sacado el cerrojo que cerraba por dentro, cuando se encontró frente a un hombre que le apuntaba con el revólver. Fred no se anduvo por las ramas y disparó primero. Cayó el «gángster» lanzando un grito de dolor. La detonación llevó la alarma a los que se hallaban arriba, y todos se precipitaron por la escalera, tratando de capturar al intruso que tenía la audacia de venir a desafiarlos.

Fred corrió hacia la puerta falsa, sacó la barra que la cerraba y lanzóse fuera. Varios proyectiles se clavaron en la puerta. Inicióse una persecución alocada, pero las sombras impedían ver por dónde se fuera el fugitivo. Éste se había internado entre la arboleda sin contestar a los disparos para no denunciar su presencia. «Pistol Dandy» animaba a los contrabandistas para que no lo dejaran escapar, y en la noche silenciosa los disparos despertaron a los dormidos ecos de aquella calma engañadora que ocultaba la tormenta.

Fred dio un rodeo, yendo a parar a la carretera, y en la cuneta estuvo escondido, mientras los perseguidores lo buscaban por los sitios más sombríos.

De pronto se incorporó. El chofer, que aguardaba en el auto, tenía el pie en el estribo y miraba, lleno de curiosidad, esperando ver al causante de aquel tiroteo para saludarle con un par de disparos. Tenía la pistola en la mano y sus ojos recorrían las inmediaciones; pero Fred, al darse cuenta, efectuó un nuevo rodeo, yendo a salir por la parte posterior del coche.

Allá arriba, entre los robles, seguían los otros como lobos furiosos buscando al perseguido. Uno de ellos, provisto de un farol, iba delante. Habían cesado los disparos, y sólo se oían las maldiciones.

—Tenemos que encontrarlo —decía el mejicano, rechinando los dientes—, porque ese «soplón» ha estado escuchando cuanto hablábamos.

«Su Alteza» era el más preocupado, al temer que su falsa personalidad estuviera descubierta, y mentalmente culpaba al mejicano, por haberle nombrado en la reunión.

Seguían buscando como lebreles. El del farol examinaba el suelo, tratando de encontrar las huellas delatorias.

Fred se fue acercando al coche. Allí estaba su salvación. Si conseguía sorprender al chofer sería una bonita jugada. Aun en los momentos de mayor peligro, no perdía su buen humor y pensó que podía burlarse de los contrabandistas y mostrarle a «Su Alteza» sus deportivos procedimientos. El auto era un «Cadillac» de cuatro plazas, con capota movable, y llevaba detrás una rueda de repuesto.

De pronto el chofer se dio vuelta, y al ver a Fred con la pistola en la mano quiso disparar, pero aún no había levantado el brazo

cuando el plomo hería su pecho. Cayó del estribo al suelo y el arma escapó de su mano.

Los que andaban por entre el robledal, al sentir el disparo, cambiaron de rumbo y corrieron en dirección a la carretera, haciendo fuego, pero ya Fred había subido al coche y ponía el motor en marcha. Al hacerlo dar la vuelta, un disparo astilló el parabrisas y la bala silbó cerca de su oído. Cuando los perseguidores llegaron abajo, el auto doblaba la curva a toda velocidad.

«Su Alteza» hizo levantar al chofer, gravemente herido, y lo condujo al interior del edificio.

En aquel momento, los tripulantes de una lancha patrullera de la Prefectura Marítima, que habían oído los disparos, desembarcaron, acercándose a indagar lo sucedido.

—Sorprendimos a unos ladrones que trataron de robar —explicó el «príncipe»—. Pero huyeron en dirección a la ciudad. Van en un coche...

—Telefonearemos a la Comisaría del puerto. ¿Cuántos eran?

—Sólo vimos a tres —mintió, agregando—: mis servidores les persiguieron, pero los delincuentes iban bien armados y nos tirotearon. De todas formas, no han conseguido llevarse nada.

El jefe de patrulla tomó algunos apuntes y se despidió de «Su Alteza», prometiendo poner el hecho en conocimiento de su comandante para que la Policía tomara cartas en el asunto.

Apenas se hubo marchado, exclamó el mejicano:

—¡Diablo de tipo, y cómo nos ha hecho movernos!

—¿Y el coche? —preguntó «Su Alteza».

—Rocky lo sacó de un garaje, le habíamos cambiado la matrícula y pensábamos venderlo, pero ya no puede ser. Todo nos sale mal. Me gustaría saber quién es ese individuo que nos ha burlado.

—Probablemente algún agente del Gobierno, de los que andan investigando el contrabando.

—En ese caso, tenemos que abandonar esta residencia.

—Desde luego, y ha de ser esta misma noche, porque mañana ya sería tarde.

Penetraron en la casa y se dispusieron a cambiar de domicilio. Los vientos no eran muy buenos para ellos desde que habían sido descubiertos. Estaban alarmados, pero mucho más lo hubiesen

estado de haber sabido que el

F. B. I.

les iba pisando los talones.

Mientras tanto, Fred había llegado a la ciudad y lo primero que hizo fue abandonar el coche en una plazuela y trasladarse al hotel. Estaba muy cansado y se acostó, después de darse un baño y cambiarse de ropa interior. Durmió con la tranquilidad del justo, soñando con la sin par Olimpia.

Al levantarse, por la mañana, telefoneó a Sam, que paraba en una modesta pensión de la calle Atlanta, para que lo viniese a ver. Tenían que cambiar impresiones. Ni por un momento pensó en detener a «Su Alteza», sabiendo como sabía que formaba parte del «gang» de contrabandistas, porque era preferible matar dos pájaros de un tiro, y de ese modo su camarada Sam triunfaría en un asunto escabroso y lleno de peligros, para mayor gloria del

F. B. I.

y de su amigo, y es que Fred no era egoísta.

Después de desayunar opíparamente, vistióse su mejor traje, fue a la peluquería y salió a la calle, risueño y optimista. Cualquiera hubiese conocido en aquel elegante «gentleman» al joven de la noche anterior, embutido en un «mono» de mecánico y todo cubierto de polvo...

Al cruzar la calle tropezóse con un coche que cruzaba raudo, y se quedó mirando. Era el mismo que le sirviera para escapar la noche anterior. Hizo seña a un «taxi» que pasaba, y le dijo al chofer:

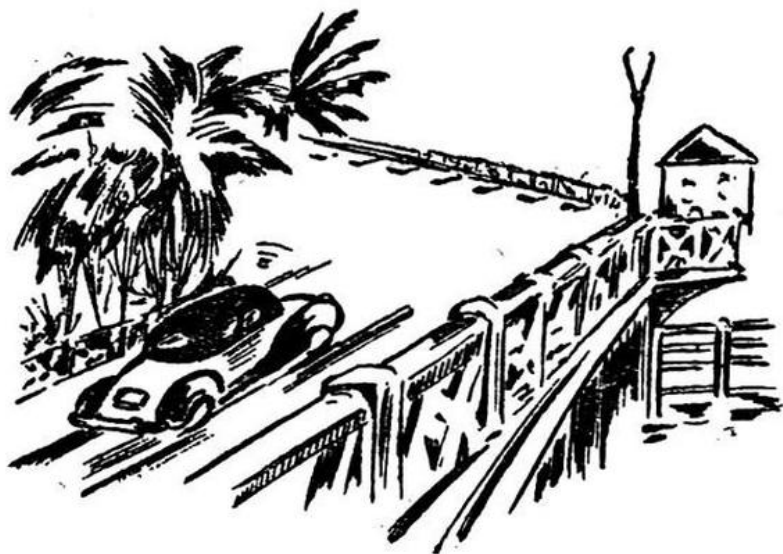
—¡Siga a ese automóvil y no lo pierda de vista! Buena propina.

Con semejante promesa cualquier conductor hace milagros. Los dos carruajes recorrieron la Roosevelt Avenue, la plaza Memphis, y después de cruzar por la alameda de los tilos, fueron a detenerse en el Baco, bajo la fronda de los sauces.

Allí Fred recibió la segunda sorpresa del día. El coche perseguido iba ocupado por un inspector de la Policía Federal, acompañado de un sargento. Andaban averiguando lo ocurrido en la casa de «Su Alteza», y al mismo tiempo quién pudo ser el autor del robo del coche, porque daba la casualidad que el «Cadillac» pertenecía al jefe de Policía.

Fred, haciéndose el desentendido, penetró en la popular taberna y, mientras saboreaba un «vermouth», dedicóse a escuchar la

conversación del inspector con el tabernero. Nada le dijo que no supiera, por lo que salió, y subiendo en el «taxi» se hizo conducir de nuevo al hotel, en donde ya le estaba esperando el núm. 13...



CAPÍTULO VII

CUANDO LA MUERTE ACECHA



AM abrió tamaños ojos cuando su compañero le relató lo sucedido en la casa siniestra. Mientras Fred encendía la pipa, una débil sonrisa corrió por los labios, de severo dibujo, del 13.

—Pero aún hay algo más —agregó Fred—; ahora recuerdo que me dejé unos apuntes en el «mono», y tal vez sean interesantes. Será mejor que los veamos.

Trajo el papel escrito a lápiz y, después de ponerlo en claro, leyó

en voz alta:

«... barco llegará día 16 a Gran Abaco... Necesario avión para llevar mercadería a sitio seguro. Aguas infectadas de tiburones. Mucho peligro. Hay que estar alerta...»

—Esto lo explica todo —dijo Fred—. Gran Abaco es una isla del Archipiélago de las Bahamas, y al hablar de tiburones se refiere, sin duda, a los guardacostas que patrullan por aquellas aguas. Amigo trece, ha llegado el momento de proceder con cautela y decisión, si no queremos fracasar. Por lo visto, el pseudo príncipe se ha reunido con la banda del mejicano y se proponen trabajar en comandita, si les dejamos. Hay que impedirlo. Lo primero que debemos hacer es pedir un avión, para que el piloto se ponga a las órdenes de esos granujas.

—No te comprendo.

—Pues está bien claro; el piloto será de los nuestros y conducirá el contrabando a dónde nosotros le digamos, pero han de ser ellos los que contraten al aviador, para que no desconfíen. Haremos una buena redada.

—¿Y por qué no detienes a «Pistol Dandy»?

—Tengo tiempo; una vez identificado, ya no podrá escaparse y prefiero que caigan todos juntos. Enviaremos un radiograma a Washington solicitando el inmediato envío de un aparato tripulado por una persona de confianza para llevar a cabo una misión peligrosa y, una vez aquí, el aviador tratará de codearse con esa gentuza, hasta conseguir ponerse al habla con ellos y aceptar sus proposiciones. No puede fallar; nosotros iremos en el avión y llevaremos una buena ametralladora.

—Bien, lo que tú quieras; ya veremos cómo salimos de este conflicto.

En Washington aguardaban, impacientes, las noticias de Fred. El millón robado pertenecía al Estado, y el Ministerio de Obras Públicas no cesaba de reclamar Informes acerca de aquel escandaloso robo, que ponía en evidencia a todos.

Por otra parte, el contrabando de alcoholes estaba en todo su apogeo, y la industria nacional se resentía visiblemente; y, por si esto fuera poco, había otra poderosa razón que obligaba a exigir

responsabilidades urgentes. Era aquel siniestro personaje conocido por «Pistol *Dandy*», de triste fama, que aún seguía en libertad. La Prensa de todos los matices políticos no cesaba de insistir pidiendo su captura.

Cuando el jefe del

F. B. I.

recibió el radiograma de Fred solicitando un avión, se apresuró a disponer el envío de un aparato provisto de todos los adelantos modernos y con capacidad para carga y pasajeros. Necesitaba un piloto, y lo eligió entre los nuevos agentes salidos de la Academia de Virginia.

Tony O'Higgins, el hermano de Olimpia, había dado pruebas de su destreza y competencia en vuelos de altura, conquistando un «récord», y él fue el elegido.

Tenía que presentarse a Fred y recibir sus instrucciones, y, como es natural, Tony se alegró mucho cuando le dijeron que su destino era Savannah, en donde estaba su familia.

Tony O'Higgins era un muchacho simpático, que sentía una gran vocación por su empleo. Su padre, dueño de una regular fortuna y bien encumbrado por su situación política, no quiso torcer sus inclinaciones y le dejó que ingresase en el

F. B. I.,

porque el pertenecer a esa institución también era un honor y un motivo de orgullo.

Surcando el espacio, salió una mañana Tony, tripulando un bimotor «Spad», construido expresamente para el entrenamiento de pilotos, modelo 1946, con fuselaje reforzado, cabinas independientes y un sistema de aparatos de todas clases.

El avión voló por encima del mar, cerca de la costa.

Tony consultó el registrador de sonidos. El silencio era absoluto, y en un radio de varias millas no había en aquel momento aeroplano alguno. Acortó un poco la marcha, y el contador de velocidades fue bajando hasta cien. Descendió algo más, y en vuelo raso recorrió la distancia que le separaba de Charleston. El cronómetro señalaba las tres de la tarde cuando le pareció divisar en la lejanía un manchón negruzco. Abandonando los mandos, después de presionar en el «piloto automático», cogió los anteojos, y durante un buen rato estuvo observando, hasta que comprendió que

se trataba de un escollo a flor de agua. Volvió a tomar altura hasta alcanzar los mil metros, y puso el avión a doscientos por hora. Tenía prisa en llegar. Era la primera misión que le confiaban y necesitaba demostrar que era digno de pertenecer a la gloriosa institución. De pronto, escuchó la radio. Estaban lanzando un mensaje. Prestó atención. Hablaban en un lenguaje desconocido; probablemente, en clave. No resistió al deseo de tomar nota, y en un libro que tenía al alcance de su mano fue apuntando lo que escuchaba. De entre todas aquellas palabras incomprensibles, sólo una estaba clara, y era el nombre de una isla del archipiélago de las Bahamas.

El aparato fue perdiendo altura a medida que se aproximaban a Savannah. Descendió en un campo de tréboles, muy cerca del río. Llevaba orden de no hacerlo en el aeródromo. Ahora se encontraba con un problema con el cual no había contado: ¿dónde guardar el aparato? No podía dejarlo abandonado, porque se exponía a que lo estropearan, o le robasen alguna pieza. Después de mucho pensarlo, decidió volver a remontarse y aterrizar cerca de su propia casa; al menos, allí tendría quien lo vigilara.

Los peones que trabajaban en los campos de algodón se sorprendieron al ver que se les venía encima aquel pájaro de acero. Apenas Tony hubo tomado tierra, corrió hacia su hogar, y poco después estaba en los amantes brazos de su madre.

Olimpia acudió, corriendo, para abrazar a su hermano, y por ella supo que Fred acababa de marcharse; pero, si quería verlo, podía dirigirse al hotel Metropol, que era donde paraba.

La llegada de Tony había producido un gran revuelo, y el senador no cabía en sí de orgulloso gozo al ver a su hijo con el atuendo de aviador. Después de las muchas preguntas, Tony explicó a grandes rasgos todo lo que podía explicar, diciendo que ignoraba cuál sería su misión, aunque imaginaba que no iba a ser fácil.

—Tan pronto descanse un poco y me dé un baño —dijo—, iré a ver a Fred, para recibir sus órdenes; pero será necesario dejar un hombre al cuidado del aparato.

Iba muriendo la tarde, y los campos de algodón cambiaban lentamente de colorido...

Tony llevaba un año ausente, y volvía a su hogar transformado. Ya no era el Joven sin experiencia que conocieran todos. La

Academia lo había convertido en un hombre útil y voluntarioso.

Estaba hablando con su hermana Olimpia, cuando apareció Ketty, mostrando en su semblante las huellas de la preocupación. Saludó a Tony, con el que había jugado muchas veces siendo pequeña, y contó a su amiga el motivo de su disgusto. El príncipe había desaparecido, y su casa estaba vacía. No alcanzaba a comprender semejante determinación. Aquella precipitada fuga rompía todas sus ilusiones, porque ella se había enamorado de Kovel con alma y vida.

Olimpia trató de consolarla, diciéndole que probablemente volvería; pero Ketty exteriorizó sus presentimientos pesimistas. Es muy difícil tratar de convencer a un enamorado cuando siente el abandono. Ni una carta, ni un simple aviso; ni la más pequeña advertencia. El príncipe se había ido sin dejar la más leve señal de su paso.

Tony siempre había simpatizado con Ketty, aunque ella se mostrara esquivia. Separóse de las dos muchachas, prometiendo volver enseguida, y, dirigiéndose al despacho de su padre, descolgó el teléfono y pidió comunicación con el hotel donde se alojaba Fred. Tan pronto se puso al habla con él, le anunció su visita para aquella noche, y le dijo lo que acababa de contar Ketty sobre la desaparición fulminante del príncipe de Kielce.

Tony sintió una risita burlona a través del alambre, y, después, la voz de Fred, que le decía:

—Me alegra que hayas llegado bien; y en cuanto a ese príncipe de guardarropía, pronto le haremos una visita. Puedes decirle a la señorita Ketty que ha sido una gran suerte para ella haberlo perdido de vista.

—¿Qué quiere decir?

—Nada que se pueda explicar por teléfono; pero ya hablaremos luego. Cuando vengas, procura que no te vean. Es conveniente pasar inadvertido. Sube, sin preguntar, a la habitación treinta y dos.

Tony sintió que cortaban la comunicación, y se quedó pensando en las enigmáticas palabras de Fred.

Después de la entrevista celebrada entre Tony y Fred, el Joven aviador dedicóse a recorrer los suburbios, trabando amistad bien pronto con individuos de dudosa moralidad. Charlando con sus nuevos amigos, les hizo saber que poseía un avión, y que pensaba

dedicarlo al turismo, llevando pasajeros, que pagaran bien, a las Antillas. La noticia no tardó en llegar a conocimiento del mejicano, el cual buscó una ocasión de hablar a solas con Tony, y una tarde se encontraron en Baco's.

Tony escuchó las proposiciones del jefe de los contrabandistas. Se trataba de transportar mercaderías, a determinado lugar de la costa, desde un islote cercano. Un simple salto. Menos de una hora de vuelo. Trabajo bien remunerado y sin mucha exposición. Como es natural, Tony se dejó convencer y aceptó, en principio, la propuesta, que discutirían, más detenidamente, sobre el terreno. Quedaron citados para dentro de un par de días en el mismo lugar. Para entonces, el aviador tendría que dejar el aparato preparado y bien repuesto de gasolina.

—Una advertencia —dijo «Loco Lindo»—: aquí hay que jugar limpio. Espero que no tendremos dificultades. Ni tú nos conoces, ni nosotros te conocemos; pero sí te comprometes a trabajar conmigo, que tengas bien presente que cualquier traición se paga con la vida.

—Si se trata de ganar dinero y me pagáis lo estipulado, os serviré fielmente —repuso Tony, sonriendo—; porque yo tampoco deseo trabajar de balde. El aparato me ha costado mucho dinero y siempre hay que correr riesgos.

—Quedamos de acuerdo.

Se separaron, estrechándose las manos, y Tony corrió a contarle a Fred el convenio que había hecho.

Aquella tarde, Fred salló a dar un paseo en compañía de Olimpia. Quería aprovechar las pocas horas que le quedaban libres antes de lanzarse a la gran aventura, tan llena de peligros.

Iban en el coche pequeño, un «Hudson» de dos plazas, pintado de gris, por la carretera de Brunswick, siguiendo la orilla de la costa. Pasaron por delante de la casa que habitara el príncipe. Las ventanas estaban cerradas y el edificio presentaba un lamentable aspecto de abandono.

La tarde les brindaba los aromas de los pinares, el brillo de un sol de fuego y la caricia de la brisa marina, que llegaba hasta ellos. Sobre los cantiles florecían las humildes violetas silvestres. La resaca, al chocar en las rompientes, se deshacía en flecos de espuma.

Olimpia iba al volante, y Fred, a su lado, tejía dulces madrigales,

hablándole de todo aquello que puede ser grato al oído de una mujer enamorada; porque ella también le quería. Era la primera vez que Fred susurraba en sus oídos dulces palabras de amor.

El coche llevaba una marcha moderada, y aunque el paisaje era hermosísimo, apenas ponían atención en ello, dedicados por entero a comentar alegremente las incidencias de sus pasadas entrevistas. El baile en el Club de Regatas, los paseos por los campos de algodón, las conversaciones por teléfono y aquellas breves escapadas que ella hacía a las tiendas para verse con él.

A pesar de la gran confianza que existía entre ambos, Olimpia ignoraba que Fred perteneciera al

F. B. I.,

porque su padre no se lo había dicho. Sospechaba que alguna secreta misión lo trajera a Savannah, pero nunca quiso preguntárselo, y Fred le agradecía con toda el alma esa prueba de discreción, que tanto decía en su favor; sin embargo, aquella tarde Olimpia sintióse curiosa y quiso saber la causa de su venida a la ciudad.

—Es una pregunta que no esperaba —respondió Fred—, y aunque me está prohibido darme a conocer para demostrarte la confianza tan grande que tengo depositada en ti, quiero que sepas que pertenezco a la misma institución de la que forma parte tu hermano. Ahora ya no hay ningún peligro; pero es conveniente que no digas nada.

Ella le tapó la boca con la mano, diciendo:

—Ya me he olvidado de lo que acabo de oír; pero para que lo sepas, debo decirte que lo sospechaba. Y dime una cosa, Fred: ¿correrá muchos riesgos mi hermano en la empresa que se avecina?

—Los riesgos son Inevitables; pero yo cuidaré de él. Tiene aún poca experiencia por ser ésta la primera misión que le confían; pero es un muchacho valeroso y muy inteligente, y triunfará.

—Cuánto me alegra oírte.

Fred pasó su brazo por la cintura de Olimpia y la atrajo hacia sí; ella se desprendió suavemente, protestando:

—¿Quieres que nos despeñemos? ¿No te has dado cuenta que vamos orillando profundos abismos?

—Sólo me doy cuenta que te quiero. Hasta que te conocí, mi vida tenía un horizonte; el cumplimiento del deber; ahora pienso

más en mi linda novia que en nada, y eso también es caminar sobre un abismo. Nosotros pertenecemos por completo a la fe jurada y por ello somos esclavos de nuestras propias obras. Dentro de uno o dos días, me separaré de ti para ir en busca del triunfo o de la derrota; pero quiero prometerte que si no vuelvo, mi último pensamiento será para la mujer que logró cautivarle con sus encantos.

Olimpia, sin abandonar el volante, inclinóse un poco y le brindó la miel de sus labios.

Durante algunos instantes permanecieron callados, como si trataran de unir sus pensamientos en aquel silencio que gravitaba sobre ellos.

Se amaban con esa pasión que pone interrogantes al recuerdo; era su amor tan vehemente y tan intenso, que florecía en sus almas bajo el Impulso frenético de sus ilusiones, truncadas a cada momento por el temor de la próxima separación. Se amaron desde el primer instante con ese apasionamiento que se desborda impetuoso, y todo lo avasalla, no reparando en prejuicios sociales, en obstáculos ni distancias; se quisieron por encima de todo, borrando las quimeras de falsos ensueños, porque su pasión florecía espontánea desde el primer encuentro. Los ojos azules de Olimpia decían: «Te quiero», y le contestaban los de Fred: «Te adoro». ¿Romanticismo? ¡No! Unificación de caracteres...

Sin darse cuenta, llevaban recorridas varias millas cuando, al doblar una curva, se encontraron obstaculizada la carretera por el tronco de un pino cruzado a todo lo ancho. Sin duda se trataba de algo hecho a propósito, porque el árbol no pudo quedar al caer en la posición que ocupaba. Frenó Olimpia el coche y Fred descendió rápidamente, tratando de averiguar la causa de aquel entorpecimiento, pero apenas lo había hecho, silbó una bala y el proyectil pasó silbando muy cerca.

Fred arrojóse al suelo al tiempo que una nueva detonación se dejaba sentir. Varias veces había sido atacado traidoramente, y su sangre fría y aquel dominio sobre los nervios le salvó de perecer; también ahora puso a contribución toda su calma y serenidad. Rodando llegó hasta la cuneta, y en ella refugióse haciendo señas a Olimpia que se alejara; pero ella no obedeció la indicación.

Los tiros partían de lo alto del montecillo, coronado de achaparrados pinos. Si conseguía caminar unos cuantos pasos sin

ser alcanzado, estaría en disposición de contestar eficazmente al agresor, porque se trataba de un solo hombre. Pegado contra el desmonte, avanzó unos cuantos pasos, llevando en la mano la pistola. Trataba de localizar al individuo, y para ello buscaba el modo de colocarse fuera de la trayectoria de las balas.

Aquel ataque cobarde y traicionero era indicador de que su personalidad ya estaba descubierta y el hampa buscaba el modo de eliminarle. Desde luego, reconocía haber cometido una grave imprudencia de alejarse tanto de la ciudad y, sobre todo, en compañía de una mujer, exponiendo dos vidas en el trance.

Olimpia, pálida y temblorosa, contemplaba la escena con la muerte en el alma. Ella había visto al agresor deslizarse por encima de los roquedales. De haber tenido un arma, habría disparado contra él.

Fred, ya más tranquilo, consiguió alcanzar un repecho de la curva, en donde la pared rocosa se ahuecaba. Desde allí partía una especie de sendero estrecho y resbaladizo trazado por las aguas de las grandes lluvias. Arrastrándose, trepó un par de yardas, y con el rostro vuelto hacia arriba, estuvo mirando, sin conseguir localizar a su agresor.

El corazón de Olimpia palpitaba acelerado. Permanecía inmóvil, con los dedos engarfiados en el volante y la vista puesta en aquel macizo rocoso que ocultaba al asesino. No había vuelto a verlo; sin duda estaba tirado en el suelo, agazapado, aguardando una oportunidad para disparar con mejor puntería. Los segundos pasaban lentos y mortificantes y aquel compás de espera resultaba insufrible.

Fred no se atrevía a subir más, sabiendo que al ponerse al descubierto el tirador furtivo aprovecharía para hacer fuego. Permaneció, por tanto, en aquella posición, sabiendo que su atacante, tarde o temprano, se decidiría a dejarse ver; pero empezó a cansarse de la angustiada espera, y no sabiendo cómo precipitar los acontecimientos, decidióse a seguir subiendo. Agarrado a unas raíces, inclinó el cuerpo, logrando por medio de un maravilloso equilibrio colocarse fuera de aquel hueco resbaladizo. Haciendo flexión, consiguió encaramarse sobre un peñasco puntiagudo, dejándose caer al otro lado. Ya estaba a salvo de la pésima puntería del atacante; pero desde allí dominaba la filosa crestería del

roquedal. Los abanicos de los pinos se movían agitados por el viento, y hasta él llegaba el murmullo de las olas al chocar contra las rompientes. Fred, de rodillas, asomó un poco la cabeza y en aquel momento vio a su agresor. Apenas mostraba un brazo y parte de una pierna, pero era suficiente. Apuntó despacio, apoyando la pistola en la piedra y disparó. El hombre, estremecido, dio un salto, giró rápidamente e hizo fuego. La bala arrancó fragmentos de la rosa. Fred volvió a disparar. Esta vez su proyectil debió herir gravemente al individuo, porque dejó caer el arma, adelantó un paso, trató de sostenerse y resbalando fue a caer a la carretera, en donde quedó tendido de espaldas.

Fred descendió apresuradamente, y al encontrarse a su lado lo contempló, murmurando:

—Tú tenías que ser.

Aquel hombre era Percival, el «gángster», que acababa de pagar su traición.

Olimpia saltó del coche y vino corriendo al encuentro de Fred, el cual la recibió en sus brazos. En los ojos azules brillaban dos lágrimas, que el hombre de hierro secó con amorosos besos.

Y bajo el sol de la tarde, unidos por el gran amor que los esclavizaba, cogidos del brazo se asomaron al abismo y contemplaron las revueltas aguas que en vano trataban de horadar la roca.

—Son como las malas pasiones —dijo Fred...

Subieron al coche y regresaron a la ciudad. Por el camino le dijo ella:

—Nunca, hasta hoy, he conocido en toda su terrible grandeza lo que es el miedo.

—¿Te asustaste mucho?

—No, temía por ti...

Percival, apenas se alejaron, abrió los ojos, arrastróse un trecho y, tras penosos esfuerzos, consiguió incorporarse, dio unos pasos y volvió a caer. Sus dedos arañaron la tierra, levantó un poco la cabeza, miró al mar y, vencido por la muerte que reclamaba su presa, dobló un brazo y poco después parecía dormido. Unos carreteros que pasaron más tarde lo encontraron muerto.

CAPÍTULO VIII

ENTRE EL MAR Y EL CIELO



URANTE aquel día, Fred desplegó mucha actividad. Al regresar al hotel, encontróse con un mensaje de Tony, en el que le decía que acababa de ultimar las negociaciones con los contrabandistas, partiendo a medianoche para la isla de Gran Abaco. Estaba muy vigilado y le era imposible desplazarse hasta el hotel. Siguiendo sus instrucciones, se lanzaba en aquella aventura esperando salir bien librado; imposible llevarlos con él, pues desconfiaban y no hubiera sido fácil engañarles; además, estaba un tal Rocky, que los conocía.

Leída la nota, Fred dirigióse al telégrafo, cursando un telegrama a Charleston, pidiendo el inmediato envío de Chuck Tyler,

debidamente escoltado.

Poco después se entrevistaba con Sam, el número 13, al que dijo:

—Ha llegado el momento de entrar en acción. Aguardo la llegada de un «gángster» de Charleston, que nos servirá de cicerone, porque, según tengo entendido, conoce al dedillo todo el archipiélago de las Bahamas. Desea vengarse de «Pistol *Dandy*», y resultará un buen aliado.

Sam había estado hablando aquella mañana con Tony, y por él supo la impaciencia que reinaba en el

F. B. I.,

a causa de la demora en resolver aquellos asuntos. El Laboratorio Nacional de Higiene analizó algunas de las bebidas adulteradas, viendo que contenían materias nocivas para la salud pública, y el Departamento de Industria no cesaba en sus reclamaciones, alegando que el exceso de bebidas adulteradas era una amenaza terrible para los fabricantes de licores debidamente autorizados, que veían disminuir sus ingresos de un modo alarmante.

En cuanto al caso de «Pistol *Dandy*», trajo consigo un gran revuelo, provocando crisis en el Ministerio de Obras Públicas. Varios empleados se vieron comprometidos y se estaban incoando expedientes en varios departamentos. No sólo se trataba de un millón de dólares desaparecido, sino también de ciertos documentos secretos de la mayor importancia. Mister Davenport, contratista de las obras del puerto de Charleston, estaba detenido y también los empleados de la Academia de Ciencias de la Lincoln Avenue.

Fred consideraba ahora su caso como una continuación del asunto de Sam. Estaban ligados estrechamente por la misma finalidad; es decir, que con el producto del robo verificado en la casa de Davenport se pensaba extender la red del contrabando a toda la costa desde Savannah hasta Nueva Orleáns, abarcando todo el territorio de La Florida.

—¿Cómo nos trasladaremos a esa isla? —preguntó Sam a su amigo.

—Ya tengo una gasolinera preparada. Pertenece a la Prefectura, y el senador ha hecho que me la facilitaran, Incluso con piloto y todo. Ya la verás: es una embarcación modelo, con toldilla en el centro y lleva hasta una ametralladora en proa.

—Y ¿cuándo saldremos?

—En cuanto llegue el hombre que estoy aguardando.

—Tengo el presentimiento, querido amigo, de que va a salirnos el tiro por la culata. Una fuerza criminal, debidamente organizada, sólo se puede combatir con otra fuerza parecida.

—¿Y quién te dice que no la poseemos? En Gran Abaco existe un puesto de Policía de Costa, y yo llevo conmigo poderes para pedir ayuda en caso necesario.

—Pero olvidas que las Bahamas pertenecen a Inglaterra.

—Ya lo sé; pero de algo ha de servirnos haber estudiado Derecho Internacional. Tengo en mi poder una solicitud de extradición contra «Pistol *Dandy*», por robo y asesinato; en este caso, esa orden alcanza también a sus cómplices acusados de varios delitos comunes. Además, querido «13», no sé si sabrás que el hombre que aguardamos es súbdito inglés por haber nacido en las Bahamas y eso nos ayudará mucho, toda vez que podremos incoar el recurso de expulsión del territorio por indeseables, con arreglo a las últimas disposiciones vigentes.

—Ya veo que tienes mucha letra menuda.

—Sin estos recursos de que te hablo, tus contrabandistas estarían a salvo por hallarse en territorio extranjero; pero así tendrán que rendir cuentas de sus actos.

Aquella misma noche llegó el pelirrojo Tyler, acompañado por un policía. Fred se hizo cargo de él y le condujo a su alojamiento, en donde fue debidamente atendido. El «gángster» ya estaba curado de su herida.

—Como habrás visto —le dijo Fred—, yo siempre cumplo mi palabra. Estás en libertad provisional, y si te portas bien, no volverás a la prisión; eso de ti depende. Vamos a ir a Gran Abaco en busca de «Pistol *Dandy*».

Los ojos de Tyler brillaron encendidos por el odio. Recordaba la muerte de sus compañeros y el engaño de que fueran víctimas por el elegante bandido. Los deseos de venganza no habían muerto en el pecho del hampón y seguía odiando con todas sus fuerzas a «*Dandy*».

—Podéis contar conmigo —respondió—; no sólo os seré fiel, sino que me haré matar, si es preciso, con tal de que ese canalla caiga también. Desde que estoy preso no pienso en otra cosa. No

creo que se pueda aborrecer a nadie con más coraje. Noches enteras me he pasado meditando en la forma de vengarme y esperaba con impaciencia una promesa que nunca llegaba; pero cuando me dijeron que me preparase a salir, sentí la alegría más grande de mi vida; ustedes tal vez no lo comprendan, pero nosotros también tenemos algo y sabemos rendir culto a la amistad. Yo seré un miserable cargado de culpas, pero soy incapaz de traicionar a un compañero y mucho menos asesinarle. Los que murieron aquella noche sin poder defenderse eran mis amigos, y cualquiera de ellos valía más que ese monigote, pedante y presumido. Les acompañaré con mucho gusto y sólo pido que cuando aparezca «*Dandy*» me dejen enfrentarme con él.

—Nada de eso —respondió Fred—. «*Dandy*» ha de ir a la silla eléctrica a pagar sus crímenes, para que su muerte sirva de ejemplo a los demás. Un tiro resultaría de poco efecto, y tal vez una muerte demasiado dulce para él. Yo quiero que durante los días de espera en la celda, contando los minutos que le faltan para sentarse en el trágico sillón, sufra todos los tormentos del infierno; ese dolor moral que hace salir canas en una noche. Los seres perversos como «*Pistol Dandy*» no merecen misericordia. Varias veces lo tuve yo frente a mi pistola y no quise disparar. Tú, si lo piensas un poco, debes comprender que se te presenta la ocasión de borrar tus delitos prestando un buen servicio a la ley. Cuando te hablé en Charleston de que te llamarla, pensaba en que podrías ayudarme a identificar a ese canalla; pero ahora que ya lo conozco, te necesito para que nos sirvas de guía en esa manigua que vamos a explorar, porque tú, como nativo de las Bahamas, debes de conocer aquello como la palma de tu mano.

—Ya lo creo, si están en Abaco, es de suponer que hayan buscado para refugio la Gruta Grande, que tiene la entrada por el mar. Sólo yendo en bote se puede penetrar en ella. Sirvió de albergue a los filibusteros hace muchísimos años, y aún se conservan señales de su paso.

Tyler parecía contento y mostraba su alegría dando detalles de aquella isla que iban a visitar. Por el contrario, Sam estaba preocupado y en su rostro se reflejaba la contrariedad. Un extraño presentimiento enturbiaba su espíritu y contestaba con monosílabos.

—Anímate, hombre —le dijo Fred—; ya verás cómo todo sale bien. Tyler conoce la isla y nos conducirá por buen camino. Será una odisea maravillosa que toda la Prensa del país relatará con grandes titulares:

«Cuatro hombres, en una isla de las Bahamas, capturan a una banda de contrabandistas, y entre ellos al siniestro criminal “Pistol *Dandy*”».

Fred destapó una botella de ron y llenó las copas, diciendo:
—Brindemos por el éxito.

Era medianoche cuando subían a un «taxi», haciéndose conducir a un embarcadero situado detrás del faro. Llevaban consigo ropas y armas.

La gasolinera se balanceaba detrás de unos roquedales, tripulada por dos hombres. Fred, preguntó al piloto quién era su compañero.

—Es conveniente —explicó aquél— llevar un timonel, porque tendremos que turnarnos y uno necesita descansar. Son trescientas cincuenta y cinco millas a recorrer, yendo en línea recta, porque si vamos orillando la costa el recorrido es mucho más largo.

Fred embarcó, haciendo las presentaciones de sus compañeros.

—Yo me llamo Francis —dijo el piloto—, y éste es Ray Kemp.

La gasolinera estaba bien aprovisionada y llevaban víveres para una semana. Un camarote con dos literas reunía todo el confort apetecible, viéndose una mesita con instrumentos náuticos, una pequeña biblioteca, un moderno aparato de radio y hasta una vitrina con varios rifles de repetición.

—Todo está previsto —explicó Francis—; el senador se encargó de que no faltara nada, y él mismo hizo la lista de las principales cosas. Llevamos abundante gasolina y un buen surtido de bebidas.

—Está bien —repuso Fred—, podemos partir.

Poco después, al entrar en el camarote acompañado de Sam, declaró algo que no había visto.

Sobre la litera superior colgaba un retrato de Olimpia.

—¡Tu mascota! —dijo Sam.

Fred se quedó contemplando el retrato con la misma devoción que si se tratase del de un héroe. Allí estaba ella para darle alientos y esperanzas; allí estaban aquellos ojos azules para animarle en su empresa. Sintióse más fuerte que nunca y, volviéndose a su amigo,

exclamó:

—¡Venceremos!

Francis encendió el farol de proa, puso en marcha el motor y la lancha partió con rumbo SE.

Tyler, sentado junto al timonel, miraba cómo la tierra iba desapareciendo a popa.

Sam recostóse en una de las literas mientras Fred escuchaba la radio. Estaban dando noticias de Chicago. Otra banda de «gangsters» había sido aniquilada por el

F. B. I.

El locutor explicaba en la forma que se desarrollara la lucha. Más de quince hombres armados de pistolas, algunas ametralladoras, habían quedado heridos y prisioneros en el interior del Banco. Cerradas automáticamente las puertas metálicas, tuvieron que rendirse.

Fred cambió la onda y no tardó en captar una emisora extranjera que estaba dando noticias en castellano. Sin duda se trataba de una estación hispanoamericana. Escuchó atento. Se trataba de anunciar una revolución que había estallado dos horas antes, y ya estaba dominada.

Cerró la radio, y encendiendo su pipa recostó se en el sillón de mimbre y se quedó dormido. Cuando despertó, estaba tirado en el suelo. La embarcación saltaba como un caballo desbocado.

Incorporóse apresuradamente y salió a cubierta. Un viento Norte azotaba las aguas, encrespándolas, y el mar presentaba imponente aspecto. La barquilla era juguete de las olas. Vio a Francia y a Tyler ocupados en sacar el agua que penetrara en la lancha, mientras Ray, sentado en el volante, trataba de conducir la gasolinera por entre el fuerte oleaje.

Sam se lamentó de su mala suerte, diciendo:

—Habiendo embarcado yo, tenía que ocurrir algo. Soy un tipo que llevo la negra a todas partes.

—En vez de lamentarte —le dijo Fred—, será mejor que ayudes. Hay que sacar el agua que entra.

Así era, en efecto. Las olas pasaban por encima de cubierta, amenazando hundir la embarcación. En medio de la tormenta, los cuatro hombres luchaban contra la invasión del agua. Había empezado a llover. El cielo estaba oscuro...

Hubo un momento en que temieron por sus vidas. La fuerza del oleaje era imponente y azotaba los costados de la lancha con tal ruido que parecía que iba a partirla. La hélice giraba la mayor parte del tiempo en el aire. Los hombres, vistiendo impermeables y sombreros encerados, iban de un lado a otro con los cubos de lona. Sus voces no se escuchaban entre el fragor de la tempestad. Un relámpago partió el espacio, iluminando un amplio frente. Sólo mar y cielo. La tierra había desaparecido.

Un golpe de agua arrojó a Tyler contra la estiba. Levantóse renegando. No servía para marinero.

La «White Star», que tal era el nombre de la lancha, seguía surcando las olas. Durante más de dos horas lucharon aquellos hombres a brazo partido con la muerte. Poco a poco, fue calmando el viento y el mar recobró su calma hasta quedar rizado y tranquilo. La lluvia se hizo más Intensa.

—Son tempestades pasajeras —explicó Francis— que duran poco; pero no hay que descuidarse con ellas. Afortunadamente, esta lancha está bien construida y es muy difícil que el agua penetre en los camarotes ni en la bodega. Ahora creo que un jarro de café no nos vendrá mal.

—Y acompañado de una copa de ron, mejor —repuso Sam.

Tuvieron que cambiarse de ropas, pues estaban empapados. Durmieron un par de horas y estaba amaneciendo cuando avistaron la Punta del Gancho, un picacho situado en el Noroeste de la isla.

Después de aquella accidentada travesía, arribaron por entre dos islotes deshabitados, peñascos a flor de agua, yendo a tomar tierra en una diminuta playa, sombreada por altos acantilados.

—Aquí estaremos bien —dijo Tyler—; el puerto queda hacia el Sur, a unas tres millas. Por la parte Oeste, está la gruta de los tiburones y para entrar en ella hay que hacerlo en una embarcación, porque no existe paso ninguno por tierra.

Fred dispuso establecer allí el campamento. En aquellas cuevas podían estar ocultos, y cuando llegase la noche, sería el momento de entrar en funciones; pero antes pensaba hacer una expedición él sólo para estudiar el terreno.

Ray quedó de vigilancia y los demás durmieron varias horas, que bien lo necesitaban. Cuando se levantaron, ya Ray tenía un buen desayuno preparado y comieron con excelente apetito.

En aquel momento vieron cruzar por encima de ellos un avión. Allí iba Tony, seguramente de regreso del primer viaje.

«Pistol *Dandy*», en su nuevo refugio, había conseguido convertirse en el jefe del grupo. «Loco Lindo», con un brazo en cabestrillo, andaba por allí sufriendo las miradas burlonas de sus compañeros. Tuvo una discusión con «*Dandy*» por diferencia de apreciaciones, y el «gángster» le disparó un tiro.

«*Dandy*» era un genio, el genio del mal; su inteligencia, puesta al servicio del crimen, abarcaba horizontes insospechados. Todos los días, su fértil Imaginación, forjaba nuevos planes tenebrosos, y es que en su alma ennegrecida por el delito llevaba enroscadas las serpientes del odio.

Sus Instintos perversos se mezclaban en sorda lucha con la parte buena que aún quedaba en él, pero siempre predominaba la mala idea, porque sus locos deseos de lucha lo conducían por senderos de alucinación; muchas veces llegaba a creerse un predestinado, un ser superior, agigantado por las conquistas que su inteligencia le había dado en las profundidades del mal.

Cuando desempeñó el papel de príncipe, llegó a creerse que lo era y ahora, intentaba convertirse en el magnate de los licores.

La gruta que ocupaban estaba provista de todo lo necesario para la destilación de alcoholes, hornos, filtros y tornos para prensar las raíces y los extraños preparados de los que sacaban el licor.

Semanalmente llegaba un barco que traía el material preciso, incluso los envases, ya con sus etiquetas.

Aquel negocio era explotado por un comerciante de Nueva Orleans, que proporcionó personal técnico y los materiales, bajo la vigilancia de «Loco Lindo», el bandido mejicano, pero éste había perdido la jefatura con la llegada de «*Dandy*» el cual ya había hablado con el propietario de aquella «industria» y quedaron de acuerdo en formar una sociedad, toda vez que el hampón ofrecía cooperar con cien mil dólares. En realidad, la intención de «*Dandy*», era quedarse con todo y explotar el negocio por su cuenta.

Cuando consiguió la colaboración del aviador, se dispuso a trabajar en gran escala.

Entre sus proyectos, figuraba volver a Savannah y traerse

consigo a Ketty a la cual no había olvidado.

Diez hombres tenían ahora a sus órdenes, perfectamente armados, sin contar al mejicano, porque éste, solo esperaba una ocasión para vengarse.

Al otro lado del grupo rocoso, en donde estaba la gruta, había un espacio llano, sombreado por arboleda, y en él, se alineaban media docena de cabañas en las que vivían los operarios de la fábrica de licores.

Desde la gruta subía, por un hueco abierto en la roca, un pequeño montacargas, movido por una dínamo, que también producía la luz. En aquel rudimentario ascensor, salían y entraban los obreros al trabajo; mientras que los de la banda, utilizaban para salir el camino del mar. Todo estaba organizado para evitar una sorpresa y prevenir cualquier traición.

Aquella tarde, «*Dandy*» paseaba por la gruta fumando uno de sus magníficos vegueros y como siempre, se había puesto en el dedo el anillo de papel del puro. Era una de sus manías y por ella le reconoció Fred la noche del baile en el Club de Regatas.

Al llegar al túnel existente en la salida, vio al mejicano contemplando la aparición de un escualo que nadaba entre dos aguas, sin duda buscando los desperdicios de comida que arrojaban por allí.

«*Dandy*» se fue acercando sigilosamente. Había sabido que el antiguo jefe de la banda jurara vengarse y quería evitarlo.

En su rostro se dibujaba una sonrisa siniestra. El temible hampón vestía con la misma elegancia que si estuviera en el teatro de la Opera o en un baile de gala; no llevaba traje de etiqueta, pero sus ropas eran de la mejor clase y de un corte perfecto y el nudo de su corbata resultaba impecable. Ya no usaba barba. Había vuelto a afeitarse, dejándose el bigote.

«*Dandy*» llegó a la cortadura rocosa, en donde las aguas en calma se coloreaban bajo los prismas del reflejo solar en la peña y los extraños vegetales que allí crecían mostraban sus formas raras, pareciendo tentáculos o aletas de vampiros.

De pronto, el mejicano volvióse y al ver a «*Dandy*» intentó apartarse, pero éste, sin borrar su sonrisa siniestra y siempre con el puro en la boca, le dio un empujón y lo arrojó al agua.

Oyóse un grito ahogado. El cuerpo zambullóse y volvió a surgir,

pero el escualo que por allí rondaba abrió su enorme boca provista de seis filas de dientes y de un solo bocado le arrancó un brazo. Una mancha escarlata flotó en el agua. El solacio era enorme y no tendría menos de seis metros de largo. El mejicano aún trató de sostenerse a flote, pero de pronto desapareció en las profundidades, llevado por el escualo.

«Dandy» el vesánico, el ser protervo y maligno, lanzó una bocanada de humo y sus ojos parecieron recrearse en aquellas aguas sombrías. Su pérvida sonrisa se hizo más amplia, al murmurar:

—¡Me estorbabas...!

Durante un buen rato estuvo observando los remolinos que se producían en el agua. Arrojó el puro que produjo un chirrido al apagarse y sus cenizas, como alas de mariposa, quedaron flotando.

Después dio media vuelta y volvió a la destilería. En el pasillo subterráneo tropezó con Murray, al que dijo:

—El mejicano ha sufrido un accidente. Estaba empeñado en coger una lapa, adherida a la pared rocosa, cuando resbaló, cayendo al agua. Un tiburón andaba por allí y se lo llevó. Es una lástima.

Murray no creyó una palabra, pero aceptó la explicación como buena, y poco después, comunicaba la noticia a sus compañeros. Tampoco entre ellos produjo mucha sensación y es que el mejicano no había sabido hacerse estimar por aquella resaca.

Tony salló al oscurecer con un nuevo cargamento de botellas. Antes de salir trató por todos los medios de ir a la población, pero «Dandy» no se lo permitió, alegando que corría prisa y que los clientes aguardaban la mercadería. Iba con él Rocky, encargado de vigilarle, porque aún no confiaba mucho. Les sorprendió la tormenta a su regreso, cuando los de la gasolinera luchaban con las aguas embravecidas.

En aquella noche de huracanado viento, el avión vióse azotado con furor y Tony trató de ganar altura para librarse de las corrientes de aire. Se elevó rápidamente, pero una fuerza enorme le impedía avanzar.

Cuando una corriente de aire poderosa se levanta, el desplazamiento de las capas atmosféricas y su densidad distinta determinan el establecimiento de otras corrientes en opuesta dirección y entonces se forman los peligrosos remolinos en espiral de una fuerza prodigiosa.

De pronto vibró en el aire un desgarramiento estridente. Una línea deslumbrante en zigzag, culebreó en el espacio. La exhalación iluminó la noche.

El aparato seguía ascendiendo. De repente puso el avión en sentido vertical y entonces, partió como un rayo. En medio de una espesa bruma que a cada momento iluminaban los relámpagos, se sentían sordas detonaciones. La lluvia que azotaba el aparato se convertía en salpicaduras de fuego y las nubes se precipitaban unas contra otras.

Oprimiendo la palanca de mandos, el avión dio un salto tremendo, cambiando bruscamente de dirección, pero entonces, empujado por una fuerza contraria, se elevó más aún y al mirar el control, vio que el altímetro marcaba seis mil metros.

Colocóse la máscara de oxígeno y bebiendo un trago de coñac, obligó al aparato a descender. Pálido, rígido y sangrando por ojos y oídos, sentía que las fuerzas le faltaban. Hizo esfuerzos sobrehumanos por conservar serenidad y abandonó la dirección del aparato. Al volverse, vio que su compañero de vuelo había perdido el conocimiento.

El avión seguía descendiendo. Al perder altura, observó una notable variación atmosférica; las corrientes habían cesado por completo y sólo una leve brisa soplaba del Sur, pero había derivado tanto, que se encontraba sobre la isla Eleuthera.

Ya era de día. Tuvo que aterrizar. Su compañero despertó con el rostro hinchado, pero después de ser atendido sintióse animado para continuar el viaje.

Mientras tanto, Tony reparaba las averías sufridas.

Con un retraso de seis horas, volaron sobre Abaco siendo visto el avión por Fred y sus acompañantes, aunque esto no lo podía saber Tony.



CAPÍTULO IX

SADISMO CRIMINAL



N la Prefectura Marítima de Abaco ignoraban que muy cerca de allí una poderosa organización de contrabandistas seguía operando con entera libertad.

Las fuerzas de orden público de la isla eran muy reducidas y estaban destacadas por los distintos poblados. El jefe, un capitán de fusileros, veterano de la última guerra mundial, controlaba la buena marcha, sin preocuparse demasiado de los problemas que pudieran entorpecer el comercio del archipiélago.

Se hallaba en su casita, situada frente al embarcadero, cuando le

anunciaron la visita de un desconocido que deseaba verle con toda urgencia. El capitán Smiles ciñóse su sable, se puso la gorra, atusándose el bigote y dijo al ordenanza que hiciera pasar al visitante.

Entró Fred, quien hizo su presentación, explicando que pertenecía a la Oficina Federal de Investigaciones y que llegaba con una misión secreta de la mayor importancia. Después de mostrarle su carnet, le hizo entrega de la Hoja de extradición, agregando:

—Se trata de un individuo acusado de robo y asesinato, varias veces reincidente y ahora mezclado con una banda de contrabandistas que opera en esta isla. Deseaba saber si debo contar con la ayuda de ustedes o tendré que valerme de mis propias fuerzas.

El capitán Smiles acaricióse el bigote y, después de meditar la respuesta, repuso:

—Conozco los métodos del

F. B. I.,

cuya organización admiro, pero en este caso no sé qué determinar. Con arreglo a lo dispuesto en las leyes internacionales, mi deber es ayudarle a capturar a ese hombre, dándole todas las facilidades para ello; sin embargo, no puedo permitir que ninguno de esa banda que menciona salga de la isla hasta recibir instrucciones concretas del gobernador del archipiélago. Por otra parte, mis fuerzas son muy escasas, por hallarse desperdigadas por toda la isla, vigilando la costa y guardando el orden en las haciendas. Ahora bien: si necesita tres o cuatro hombres armados para que le ayuden, no tengo ningún inconveniente en ponerlos bajo su mando.

—Le quedaré muy agradecido, capitán. Nosotros nos hallamos acampados en la Ensenada Wilmink, en donde tenemos una gasolinera perteneciente a la Prefectura de Savannah. Un piloto del Servicio Secreto se halla entre los contrabandistas y sólo esperamos su aviso para caer, sobre ellos. Si a usted le parece bien, puede mandar a sus hombres para que se reúnan con nosotros, y acordaremos el plan a seguir. Puedo asegurarle que los contrabandistas operan en combinación con una casa de Nueva Orleans, y ya sabemos el nombre del consignatario. Se trata de un tal Alejo Prokopin, súbdito polaco.

—¡Por las barbas de Barrabás! —dijo el capitán dando un salto

—, eso cambia por completo la situación; si mi memoria no es infiel, ese individuo está reclamado por la Oficina de Contraespionaje de Londres, acusado de proporcionar datos a una potencia. Hace poco se supo que había conseguido los planos de unos torpedos, así como algo relacionado con la televisión.

Hizo una pausa, se puso en pie, y después de registrar una gaveta sacó un papel, agregando:

—Favor por favor, amigo. Yo le ayudo a capturar a esa banda y usted me proporciona al sujeto en cuestión.

—¡Aceptado! Esto explica muchas cosas. Ahora empiezo a ver claro. «*Dandy*» estaba de acuerdo con Prokopin hace tiempo. Creo que me comprometo a llevar a cabo algo que no debiera, pero, en fin, justifica los medios. Una vez intervenidas las mercaderías del contrabando, conduciremos a Prokopin hasta el puerto de Fernandina, en donde nos aguardará una lancha inglesa, a la que entregaremos al detenido; después... diremos que ha desaparecido; de esa forma, nos ahorraremos muchos lentos requisitos, y la ley se habrá cumplido de igual modo, con la diferencia de que Prokopin será sentenciado en Inglaterra, en vez de serlo en América.

—Exacto.

Aún siguieron hablando largo rato, hasta quedar de acuerdo en los métodos a seguir. Cuando se separaron, Fred llevaba la autorización personal del jefe de la Policía de Abaco, para proceder libremente en la isla.

El capitán, apenas quedó solo, envió un radiograma al gobernador del archipiélago, explicando el caso.

Las fuerzas del mal iban a ser batidas bien pronto en su propia madriguera.

Fred, aquella misma noche, consiguió una pequeña canoa de un isleño pescador y se hizo acompañar por Tyler a la guarida de los filibusteros modernos. La canoa se fue acercando a golpe de remo entre las sombras de la noche. Al llegar a la entrada secreta, disimulada bajo los roquedales, se encontraron frente a la enorme boca de la gruta abierta a flor de agua.

Era muy aventurado introducirse en aquella madriguera, habitada por gentes sin escrúpulos, para quienes la vida de un hombre no tenía la menor importancia y, sin embargo, Fred no vaciló. Era su sistema: antes de exponer la existencia de los demás,

jugarse la suya en el trance, abiertamente y con el mayor coraje.

Llevaba consigo el retrato de Olimpia. Lo había recortado, Introduciéndolo en su carnet. Como dijera muy bien Sam, era su mascota, y varias veces al día lo contemplaba con veneración. Aquella fotografía era un motivo de aliento para él, y le consagraba todos sus recuerdos y sus esperanzas. Se sentía más fuerte llevándola consigo.

La canoa atracó al borde de la roca. Tyler señaló, estremecido, un tiburón que nadaba entre dos aguas. Aquel escualo no se separaba de allí, acostumbrado a recibir diariamente su pitanza...

Fred saltó sobre el peñasco llevando empuñada la pistola, encargando al «gángster» que lo aguardase:

No era costumbre del agente del

F. B. I.

detenerse ante obstáculos de ninguna especie, así es que decidió seguir avanzando por aquel ancho túnel, dispuesto a saber lo que ocurría allí. Antes de lanzarse al ataque, precisaba cerciorarse de las dificultades y peligros que tal hecho encontraría.

A medida que avanzaba, el silencio más impresionante encontraba en aquel abismo. Todo estaba callado, como si la muerte se hubiera aposentado entre las rocas horadadas por los siglos.

De pronto se detuvo. Una luz salía por una grieta. Acercóse y se quedó escuchando. Al otro lado, alguien hablaba, pero las palabras llegaban incomprensibles.

Con el arma preparada, acercóse más, hasta comprobar que allí había un boquete, disimulado por una cortina de juncos...

Aunque tarde, comprendió el peligro que le rodeaba. Detrás de aquella cortina estaba toda la banda, escuchando al nuevo jefe, y la voz de «Dandy» llegaba hasta él más perceptible. Hablaba de aumentar los envíos, y para ello sería necesario contratar más hombres, pero había que buscarlos en el mismo Nueva Orleáns, que fueran de toda confianza y, sí era posible, reclutados por el propio Prokopin.

De pronto, Fred sintió pasos. Volvióse y vio a un hombre que salía del montacargas. Trató de esconderse, pero ya era tarde, porque había sido descubierto. El contrabandista le enfocó con su linterna eléctrica, al tiempo que desenfundaba una pistola. Fred llevaba la suya empuñada y no tuvo más que extender el brazo y

hacer fuego, La detonación produjo un ruido espantoso, aumentado por las vibraciones de la atmósfera.

Antes de que apareciesen los hampones, Fred huyó a toda prisa, y cuando llegaba a la entrada del subterráneo, volvióse para hacer fuego nuevamente, al ver a Murray dispuesto a disparar. Varios proyectiles rebotaron en las paredes de la gruta. Fred siguió haciendo fuego hasta agotar el cargador, logrando contener al grupo de hombres.

La canoa le esperaba y saltó en ella, diciendo a Tyler:

—¡Rema aprisa, o estamos perdidos!

Uno de los contrabandistas apareció a la vista. Fred arrebató a Tyler su pistola, disparando con tal acierto que el hombre doblóse hacia adelante, cayendo al agua. Ya la canoa doblaba la punta del peñascal y los disparos de los contrabandistas resultaban ineficaces.

«*Dandy*», furioso consigo mismo, lanzaba maldiciones al verse impotente para perseguir al intruso que acababa de burlarlos. Las canoas estaban amarradas en una pequeña playa, al otro lado del peñascal, frente al campamento de los operarios, y mientras fueran a buscarlas, el fugitivo tenía tiempo de sobra para desaparecer.

—Hemos sido descubiertos —bramó, rechinando los dientes—, alguien conoce este refugio y no tardaremos en lamentarlo; es seguro que alguno de vosotros ha cometido una indiscreción; me gustaría saber quién ha sido, para hacérselo pagar caro.

En aquel momento apareció Rocky, diciendo:

—Se siente una llamada de la radio.

El moderno filibustero corrió junto al aparato. Una lucecita roja se había encendido y no cesaba de hacer guiños. Levantó una palanca, hizo girar una rueda y escuchó una voz que decía:

—Atención, Abaco, atención. Aquí Nueva Orleáns. Contesten.

—Escuchamos —respondió «*Dandy*»—. Abaco al habla.

—Informan que hombre curioso embarcó en Savannah, peligro. Ch. T, no está en Charleston. El pájaro que vuela tiene plumas ajenas. Cortadle las alas. Atención. Abaco, suspendan vuelo. Esperen noticias. Contesten si están enterados.

—Comprendido —respondió «*Dandy*», secándose el sudor que perlaba su frente.

Todo estaba descubierto. Ch. T, era, sin duda, Chuck Tyler, puesto en libertad. El hombre curioso tenía que ser el agente del

F. B. I.

En cuanto al pájaro con plumas ajenas debía referirse al avión, y al ordenar que suspendieran su vuelo era porque el aviador no inspiraba confianza. Demasiado claro.

Volvióse a Murray, diciendo:

—Id dos al campamento y traedme a ese piloto Inmediatamente. Le ajustaremos las cuentas.

Murray llegó demasiado tarde, porque el aparato acababa de despegar y volaba en aquel momento en dirección a la punta norte de la isla. Tony había estado escuchando el mensaje, y para él resultaba demasiado claro; no esperaría a que le cortaran las alas.

Murray regresó con la noticia. «*Dandy*» no era hombre para estarse de brazos cruzados después de lo que acababa de suceder, y dispuso que dos hombres armados se colocasen en la entrada, y acto seguido mandó quitar la corriente al montacargas. Mientras no limpiasen la isla de espías, todos los trabajos quedaban suspendidos. No confiaba demasiado en los operarios, y pensó que era conveniente interrogarles, por si había algún sospechoso y, al mismo tiempo, someterlos a una vigilancia rigurosa.

Al día siguiente pasó revista a sus fuerzas. Contaba aún con ocho hombres bien armados, que podían dar mucho que hacer si era necesario; elegiría, entre los obreros, algunos más que le inspirasen confianza.

El mensaje de Alejo Prokopin le había desalentado. Cuando el polaco, que era un hombre muy seguro de sí mismo, lanzaba la voz de alarma, era porque el peligro existía realmente.

Uno de sus hombres fue hasta los muelles, tratando de observar. No vio nada sospechoso, pero supo que el capitán Smiles había destacado cuatro hombres a la punta norte de la isla. También se enteró, por un pescador, de que una gasolinera, armada de ametralladora, se hallaba atracada entre los arrecifes. Todo aquello le confirmaba en su idea de que corrían un grave peligro, y se propuso eliminarlo a su manera.

«*Dandy*», en algunas circunstancias, era demasiado impulsivo y no podía tolerar que nadie entorpeciera sus planes, porque estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya; también esta vez creyó solucionar sus dificultades por medios expeditivos y, sin pensarlo mucho, se lanzó a la lucha.

Con sus ocho hombres armados, se dirigió hacia la Prefectura, con la intención de suprimir obstáculos.

Al llegar al muelle distribuyó a su gente, colocando a Murray en el embarcadero, a Rocky junto a la escalinata y a otro, llamado Bergman, detrás de la caseta se señales, y con los cinco restantes se encaminó a la casa del capitán Smiles.

El edificio era también cuartel de las fuerzas, que se aposentaban en la planta baja. En aquel momento sólo estaban en el cuerpo de guardia tres hombres.

—Deseo hablar con vuestro capitán —dijo «*Dandy*».

—Ha dado orden de que no le molesten.

—Terminaré enseguida; es un caso urgente que no admite demora.

—Está bien —respondió el cabo—, venga conmigo.

«*Dandy*» volvióse a sus hombres, diciendo:

—Portaos bien, son buenos chicos —y al decir esto les hizo una seña que los «gangsters» comprendieron perfectamente.

Subió «*Dandy*» las escaleras detrás del guardia, y al llegar a lo alto, antes de que éste pudiera ponerse a la defensiva, lo desmayó de un culatazo en la cabeza. Hecho esto, le arrastró hasta dejarle sentado, apoyado en la pared, y empujando la puerta penetró en el despacho del capitán.

Smiles, que no esperaba visita, sorprendióse al ver entrar al elegante «*Dandy*», y más aún cuando lo vio que le apuntaba con su pistola.

—¡Ni un movimiento, ni una palabra, o lo mato! —advirtió.

Smiles no era ningún cobarde, y mirando al «gángster» fijamente, le dijo:

—No sé cómo ha podido entrar hasta aquí, porque tengo dada orden que no se me moleste cuando trabajo, y me extraña esa actitud, que puede costarle cara. ¿Quién es usted y qué quiere?

—Soy un hombre que siempre consigue cuánto quiere, y deseo hacerle una proposición. En esta isla están unos individuos que me estorban. Ordene que embarquen y se vayan; a cambio de eso, le daré cinco mil dólares.

—¿Trata usted de sobornarme?

—Cada cosa tiene su nombre y tal vez sea eso.

—¡Canalla! Usted debe ser ese «*Pistol Dandy*», cuya orden de

extradición he recibido.

—Una noticia nueva. ¡Deje quieto ese timbre!... Estamos aquí, frente a frente, discutiendo un negocio que a usted le conviene, porque en este momento yo tengo la razón, pues soy el más fuerte. Si acepta, me firma un papel y yo le entrego ese dinero; si se niega, le pego un tiro y asunto terminado. Ya ve que las cosas no pueden estar más claras.

Smiles había dejado su revólver en el cajón de la mesa. Con una de las rodillas fue corriendo la tabla hasta conseguir que el cajón se abriera unos centímetros, los suficientes para introducir la mano, y cuando ya empuñaba el arma, sonó una detonación y el capitán doblóse sobre sí mismo y sus manos se aflojaron. Sobre su blanca camisa, una gran mancha roja se fue extendiendo. «*Dandy*» acercóse a él y levantándole la cabeza, murmuró, al comprobar que estaba muerto:

—Esto te pasa por testarudo.

En aquel momento, el guardia que quedara desmayado en el pasillo recobró el conocimiento, y al sentir el disparo, arrastróse hasta la puerta. Al contemplar el horrible cuadro, desnudó su arma y fue a disparar contra el criminal, pero este volvióse, y su pistola detonó por segunda vez.

Los dos guardias que estaban abajo, al oír las detonaciones, trataron de subir, pero los «gangsters» hicieron fuego contra ellos, cayendo acribillados por el plomo homicida.

Algunos estibadores del mulle corrieron hacia la casa, siendo detenidos por los tres «gangsters», que los encañonaron con sus pistolas.

«*Dandy*», como si nada hubiera sucedido, descendió la escalera fumando un habano que acababa de encender, y con la sortija de papel en el mismo dedo que apretaba el disparador.

Aquel gran delincuente reunió a sus hombres y acercándose al muelle, dijo a un marinero que estaba limpiando el motor de una gasolinera:

—Vas a llevarnos ahora mismo a la punta norte de la isla.

—No puede ser; estoy esperando a mi patrón, que tiene que ir a Gran Bahama.

—¡Obedece!

Los ojos negros del feroz «gángster» tenían un brillo metálico.

El marinero, al verse frente al grupo de desalmados, inclinó la cabeza, diciendo:

—Contra la fuerza no hay resistencia, suban.

Pasaron a bordo los nueve hombres, y poco después, la gasolinera se ponía en marcha.

Los hombres que quedaban en el muelle no tardaron en saber la horrible tragedia y decidieron ir en busca de algún representante de la fuerza pública, para contener los desmanes de aquellos bandidos.

Mientras tanto, la gasolinera, a buena marcha, se dirigía hacia la punta norte.

De pronto, «*Dandy*» arrancó al mecánico de su puesto, y dándole un empujón lo arrojó al agua. Como viera que nadaba como un pez, disparó su pistola contra él.

—¿Por qué haces eso, «*Dandy*»? —preguntó Rocky.

—Puede resultar un testigo peligroso, y hay que tomar precauciones. Estamos metidos hasta el cuello en un mal asunto y una muerte más no significa nada para nosotros. Ahora, ya no podemos retroceder y tenemos que ir hasta el fin. Tú, Murray, conduce la canoa.

«*Dandy*», verdadero aborto del infierno, ya no se detenía ante nada. Empezada su carrera de crímenes, estaba dispuesto a seguir segando vidas sin vacilaciones. Sus mismos compañeros, que no se asustaban de nada, se hallaban aterrorizados por la sangre fría de aquel asesino. Murray, uno de los más feroces delincuentes, estuvo a punto de disparar contra él, y si no lo hizo fue por el temor de la reacción de los demás, pero de haber sabido que se conformaban, seguramente a esas horas, «*Dandy*» estaría muerto. Le repugnaba aquel sadismo estúpido, que no podía concebir.

Ahora, pensaba, todas las fuerzas de la isla se agruparían para perseguirles como a perros hasta exterminarles, y no quedaría más remedio que huir para salvar sus vidas amenazadas.

Pero «*Dandy*» no pensaba así. Su obsesión era acabar con aquellos intrusos, que se habían desplazado temerariamente para entorpecer sus florecientes actividades.

Uno a uno, fue examinando a sus compañeros para calibrar los méritos personales y la capacidad de cada cual. Allí estaba Simpson, maestro en disfraces, con su rostro ingenuo; él había sido quien robara en el baile la joya que lucía Ketty. El otro, Frenchy, era un

cerebro de aserrín, Incapaz de pensar, pero un buen luchador en los momentos de peligro. Murray, el mejor, pero también el único que le podía hacer sombra, Rocky, astuto y solapado, con reminiscencias compasivas. Bergman, un bruto, sin relieve. Rufart, listo como una ardilla, aunque cobarde. Collins, buen pájaro, el mejor para amoldar a sus deseos, y Dorling, un perro de presa, vengativo y traicionero. Hecho el análisis mental, pensó que de todos ellos sólo dos le convenían: Bergman y Collins; los demás, sería necesario darles el pasaporte oportunamente, como había hecho con el mejicano.

—Escuchadme, muchachos —dijo de pronto, Interrumpiendo sus pensares—, vamos a terminar con esa lepra de intrusos que nos persiguen. Conseguido esto, volaremos con dinamita la entrada de la caverna y nos Iremos a Cuba, hasta que pasen los malos aires, para volver de nuevo dentro de algún tiempo y seguir trabajando de firme. Mientras tanto, yo os prometo hacer algún trabajito para ir pasando. Ya sabéis que poseo unas joyas que en caso de necesidad puedo vender a buen precio. A mi lado no os faltará nunca nada.

Sus palabras eran contradictorias con su pensamiento, pero ellos lo ignoraban. Necesitaba, ahora más que nunca, su ayuda, y era menester conformarlos con falsas promesas.

Encendió un nuevo puro, cuya anilla colocó en uno de sus dedos, agregando:

—Según los informes que poseemos, ellos sólo son seis hombres, los sorprenderemos, y cuando quieran darse cuenta, la mitad habrá caído. Nos apoderaremos de su gasolinera, y sólo siento no poder llevarme el avión, pero ninguno de nosotros lo sabe manejar; es una lástima, desde luego, porque me gustaría mucho más ir por el aire que por el agua.

—Olvidas un detalle —le dijo Murray—; no son seis, como supones, pues ya sabes que el capitán mandó refuerzos.

—¡Bah! —repuso, despectivo—. Ésos no cuentan y correrán como liebres en cuanto les echemos la vista encima; vosotros lo que tenéis que hacer es parapetaros bien entre las rocas y abrir fuego sobre seguro. Ésta es la mejor hora, porque estarán descuidados. Ya veréis cómo nos divertimos.

«*Dandy*» echaba sus cuentas, optimista como siempre. No podía suponer que los otros fueran capaces de vencerlos.

La gasolinera fue a detenerse entre la línea de arrecifes. Grandes peñascos a flor de agua semejaban monstruos flotando. Para evitar que oyeran el ruido del motor, Rocky nadó hasta tierra llevando consigo la punta de un cable, y desde allí tiró, consiguiendo que la canoa se acercara.

Después de amarrarla sólidamente, los nueve hombres empezaron a trepar por las peñas. Una columna de humo les orientó. Desde lo alto de un elevado roquedal vieron el campamento. Allí estaba también el avión, en el medio de la playa.

Deslizándose como simios, los «gangsters» fueron descendiendo, con el fin de tomar posiciones, ninguno llevaba rifle y, por tanto, el ataque tendría que hacerse a corta distancia, y eso también podía ser un inconveniente. Uno de los guardias de la isla estaba de centinela, y «*Dandy*» pensó que aquél debía ser su primer blanco.

En el rostro del hampón brillaba el odio. Arrojó el puro, y desenfundando su pistola «Williams», la acarició como si se tratase de un ser mimado. Después, tendióse a lo largo, detrás de una roca, y sus hombres le imitaron.

«Pistol *Dandy*» no veía la gasolinera, por estar amarrada más allá de la playa. A bordo se encontraba en aquel momento Francis.

Todos los «gangsters», a excepción del Jefe, parecían desanimados. No les gustaba aquella aventura. Siempre habían luchado por conseguir algo de provecho o en defensa de sus vidas, pero en esta ocasión, creían que iban a luchar en balde.

Cuando los vio a todos preparados, «*Dandy*» fue el primero en disparar. Junto con el ruido de la detonación vióse caer al guardia, herido mortalmente.

Fred dio la voz de alerta, y con todos sus compañeros, se aprestaron a la defensa. Poco después, los disparos pusieron su trágica nota en el desolado paraje. Las blancas gaviotas huyeron surcando el espacio frente al sol...

Los «gangsters» dominaban la escollera y, por su situación estratégica, podían fácilmente localizar a sus adversarios, pero éstos, se replegaron rápidamente hacia la derecha, buscando el amparo de los grandes peñascos.

Sam logró encaramarse sobre una peña y, desde allí abrió fuego contra el enemigo. El número 13 sentía en todo su ser agitarse una cólera sorda. Agazapado en su escondrijo, buscaba con la vista a los

atacantes, y de pronto vio a uno que se movía. Era Frenchy, que acababa de cambiar de sitio. Lo encañonó despacio, con pulso firme y mirada serena. Le estuvo apuntando un instante, regocijándose en su interior, sabiendo que la vida de aquel hombre se hallaba en sus manos, pero alguien le robó el placer de la victoria. Un disparo desde abajo dio en tierra con el «gángster», que permaneció un momento inmóvil, para caer luego a todo lo largo.

Sam miró a su espalda. Uno de los guardianes de la isla había hecho fuego con terrible puntería. Murray disparó contra él a continuación, y el hombre llevóse la mano al pecho, dejó caer el arma y se arrodilló. Luego, lentamente, se fue doblando, hasta besar la arena de la playa.

El número 13 estaba furioso. Aquel puñado de indeseables los tenían a raya y se encontraban materialmente embotellados. No podrían escapar. Las salidas estaban dominadas eficazmente, y sólo les quedaba el recurso de sostenerse en sus posiciones, esperando que llegase la noche.

Fred, mientras tanto, estudiaba la forma de salir del apuro. Frente a ellos había un islote pelado que tenía una especie de plataforma rocosa, desde la cual se dominaban las alturas ocupadas por los «gangsters», y pensó que si pudiera llevar la ametralladora, no le sería difícil desalojar a los hampones.

Los disparos seguían espaciados. Saltaban fragmentos de roca y las balas silbaban siniestramente, poniendo en el abrupto paraje una sinfonía de muerte.

Era la lucha de la ley contra el delito, el choque abierto de los defensores del orden, frente a la resaca social, un mundo partido en dos pedazos por la ambición y el egoísmo; era una pequeña representación trágica de los vicios humanos desbordados, intentando abrirse Paso a través de las barreras legales.

Los modernos filibusteros, armados de automáticas, hacían frente a los genuinos representantes del orden constituido. Aquellos desalmados no reparaban en el sacrificio de vidas, con tal de alcanzar el pináculo de sus ambiciones.

A dos pasos de la civilización, en una isla poco poblada, habían elegido el escenario de sus fechorías, y ahora estaban representando el último acto de la tragedia.

Sam iba de un lado a otro buscando siempre el sitio apropiado

para atisbar al aborrecido enemigo. El núm. 13, demostrando una audacia imprudente, corrió hacia un peñasco ahuecado. Un proyectil levantó arena a sus pies, otro le arañó una oreja, y cuando ya se creía seguro, una bala le alcanzó en la cabeza. Con un grito de dolor, apoyóse en la peña y sus dedos intentaron asirse sin conseguirlo. Poco a poco se fue deslizando hasta caer sentado.

Fred acudió presuroso, arrodillándose junto a su compañero y examinó la herida. No tenía salvación posible.

Los ojos de Sam le miraron cargados de angustia. El valiente núm. 13 veía la muerte acercarse inexorable y lamentaba marcharse sin contemplar el exterminio de aquella resaca.

—Mis presentimientos —murmuró con voz débil—, me voy, cuando más falta hacía... No pude vencer... El F. B. I., esperaba...

Sus ojos se cerraron y quedó rígido. Fred lo levantó en sus poderosos brazos, llevándole a un sitio protegido de las balas, cubrióle con una lona y mirando a lo alto, gritó:

—¡Hijos de Satanás, pagaréis vuestro crimen!

Su mirada parecía enturbiada por la humedad de furtivas lágrimas. Su heroico compañero había caído en acto de servicio y era necesario vengarlo. Extendiendo el brazo amenazó de nuevo. Firme, sobre las arenas de la playa, parecía la figura de un gladiador dispuesto a enfrentarse con el fabuloso dragón.

Tony y los dos tripulantes de la gasolinera estaban echados en el suelo, detrás de un repecho, procurando contestar a los disparos, pero su ataque resultaba poco eficaz por la posición ocupada por el enemigo.

El tercero de los guardias había recibido una herida en el brazo derecho y apenas podía disparar.

Chuck Tyler andaba por entre las peñas saltando como un gato montés. Toda su ambición era localizar a «Pistol *Dandy*» y le buscaba afanosamente. Fred le llamó para decirle:

—Escucha bien esta advertencia: no quiero que dispires contra «Pistol *Dandy*», ¿lo entiendes? Su vida no te pertenece.

Había en su voz un temblor convulsivo. Echó una mirada a la lona que cubría el cadáver de su desdichado compañero, y después de advertir a todos que se replegaran al fondo de la sima, saltó

dentro de la gasolinera y empuñando el volante, puso el motor en marcha, dirigiéndose al islote que como una horrible verruga flotaba en el agua.

Desde arriba dispararon contra la lancha y algunos proyectiles alcanzaron la borda y las paredes del camarote. Impávido e indiferente, Fred la condujo con mano firme detrás del islote. Una vez allí, desmontó la ametralladora y con ella al hombro puso pie en tierra. Resultaba penoso trasladarla a la punta del peñasco, pero las fuerzas de Fred eran prodigiosas y lo consiguió.

«Pistol *Dandy*» estaba muy intrigado por la ausencia de Fred y no creía que hubiese abandonado a sus compañeros. Se preguntaba, Inquieto, qué estaría haciendo detrás de aquel islote, cuando tuvo la respuesta.

La ametralladora empezó a funcionar, y dos hombres fueron alcanzados por la ráfaga: Bergman y Simpson, habían pasado a mejor vida. Los otros, al verse dominados de aquella manera, trataron de refugiarse entre las peñas y, saltando como gamos, corrieron en busca de un escondrijo, pero la ametralladora seguía sembrando la muerte, y Rufart también cayó. Su muerte fue mucho más aparatosa. Herido en el vientre, trató de ocultarse, y al intentarlo perdió pie y cayó rodando por entre los cortantes peñascos que lo destrozaron. Cuando su cuerpo llegó a la playa era una masa sanguinolenta.

A todo esto, el pelirrojo Tyler no permanecía ocioso. Suponiendo, y con razón, que los «gangsters» sobrevivientes tratarían de huir, procuró cortarles la retirada, y, para ello, abandonó el sitio que ocupaba, y rastreando como un reptil, dio la vuelta a la punta Norte hasta encontrar la lancha.

Saltó a su interior y descompuso el motor, dejándolo inútil. Ahora, si querían irse, tendrían que hacerlo nadando, porque el peñasco, conocido por «la Punta del Norte», estaba separado del resto de la isla por un canal de agua de veinte yardas de ancho.

Fred seguía manejando la ametralladora y sus tiros habían obligado a «*Dandy*» a esconderse. Collins fue alcanzado por un proyectil en una pierna y, al sentirse herido, levantó los brazos, gritando:

—¡Nos rendimos!

«Pistol *Dandy*», al sentirle, volvióse hacia él y lo mató de un

balazo, murmurando:

—¡Cobarde!

Murray, comprendiendo que estaban perdidos, corrió hacia la lancha que dejaran oculta y saltando en ella, acercóse al motor con la intención de ponerlo en marcha, pero, desalentado, se dio cuenta que no funcionaba y entonces decidió volver a tierra, y al hacerlo, llegó hasta él una burlona carcajada.

Tyler, subido en un peñasco, se reía a mandíbula batiente al ver la impotencia del «gángster». Murray, lanzó un juramento y echando mano a su pistola, disparó contra Chuck, pero este inclinóse y la bala pasó silbando por encima de su cabeza. Intentó Murray hacer fuego de nuevo, pero ya Tyler se había adelantado disparando a su vez. El contrabandista cayó hacia atrás, dando con la cabeza en el borde de la lancha y su cuerpo quedó medio sumergido en la orilla.

Mientras tanto, Fred conducía la gasolinera a su sitio después de haber colocado a bordo la ametralladora. Del peligroso «gang», sólo quedaba con vida «Pistol *Dandy*». Había que cazarlo y todos se distribuyeron estratégicamente, procurando no colocarse a tiro, toda vez que el feroz «gángster» estaba dispuesto a morir matando.

Fred dio la vuelta al promontorio rocoso tratando de cortarle el paso. Tony y Tyler abrieron fuego desde la derecha, mientras Francis y Ray lo hacían por el lado opuesto. El guardián herido, convenientemente atrincherado, también disparaba. Aquel tiroteo, sólo tenía por objeto entretener al hampón.

«Pistol *Dandy*», refugiado entre dos rocas, no se hacía muchas ilusiones. Sabía que su fin es taba cercano. Hubiera querido alcanzar la lancha, pero por aquel lado le cerraban el paso dos hombres; sin embargo, pensó que tal vez fuera más fácil llegar hasta la otra gasolinera.

Tan entretenido estaba cargando la pistola, que no sintió los pasos de Fred que se iba acercando cautelosamente. El agente del F. B. I.,

respiró satisfecho al ver al sanguinario individuo a su merced. Lo tenía a dos yardas y le estaba apuntando, pero no deseaba matarlo. Muchas veces pudo haberlo hecho y siempre lo fue demorando con la esperanza de desenmascarar a los contrabandistas y de esa forma, prestar ayuda a su pobre amigo Sam, el cual ya no podía disfrutar

de aquel triunfo. ¡El único resonante de su carrera!

De repente, «Pistol *Dandy*» volvióse impulsado por algo que no hubiera podido explicarse. De un salto, Fred estuvo a su lado y la culata de su pistola golpeó con fuerza la cabeza del «gángster». Éste, aún trató de incorporarse. No lo consiguió. Ya los dedos de Fred se clavaban en su cuello como aceradas garras.

—¡Llegó tu hora, «Alteza»!

Forcejeó el miserable con el impulso que presta la desesperación. El golpe recibido le produjo un entorpecimiento general. De pronto vióse en el suelo, desarmado y con el rostro lleno de sangre.

Fred se lo echó al hombro y con aquel ejemplar de canalla, descendió, cargado, hasta donde estaban sus compañeros.

«Pistol *Dandy*» lo primero que vio fue el rostro alegre y burlón de Chuck Tyler. Con despreciativo gesto, le dijo:

—¿Eres tú, perro?

—Sí, yo soy, asesino.

Fred impuso silencio. Había que marcharse cuanto antes para evitar que las autoridades isleñas tomaran cartas en el asunto. «Pistol *Dandy*» fue registrado. Llevaba encima las joyas y más de cien mil dólares en billetes.

Francis y Ray regresarían a Savannah en la canoa automóvil, que ya no era necesaria. El guardia herido conduciría los cadáveres de sus compañeros al cuartelillo, en la otra lancha, pero ésta tuvo que ser reparada por Hay.

El cuerpo de Murray seguía en la orilla del agua y los cangrejos paseaban sobre su rostro.

Fred ordenó que lo dejaran en tierra, junto a los otros muertos, tal vez algún alma piadosa les diese sepultura. Ellos no tenían tiempo.

—Enviaré un informe a sus jefes —dijo Fred al guardia— explicando lo ocurrido y, al mismo tiempo, indicándoles dónde se encuentra la gruta de los contrabandistas, para que se incauten de los aparatos y maquinaria existentes.

Fred ignoraba la tragedia de la casa del capitán, y tampoco sabía que en ese mismo momento una lancha cañonera, procedente de Eleuthera, se dirigía a toda máquina a Gran Abaco.

Tony preparó el avión y subieron a él «Pistol *Dandy*», Tyler y

Fred. Poco después, el aparato surcaba el espacio en dirección a las costas atlánticas.

Esta vez el vuelo realizóse maravillosamente, pero al llegar sobre Norfolk se levantó un fuerte viento y se vieron empujados sobre las marismas de Petersburg. Tony indicó a todos que se colocaran los paracaídas como medida de precaución.

«Pistol *Dandy*» no se resignaba a la derrota. Sentado en su asiento, le habían puesto la correa de seguridad, y sin que le vieran la desciñó disimuladamente, dejándola floja.

El aparato volaba a menos de quinientos metros de altura, pero tuvo que remontarse para evitar las corrientes del gran canal de Cheasepeak. El altímetro marcaba ahora mil quinientos metros.

El «gángster», siempre vigilado, fingió que dormía. Frente a él estaba una de las puertas laterales. Sus ojos contemplaban aquel resorte tan simple. Un golpe de palanca y la puerta se abriría. Sólo los audaces pueden atreverse a desafiar la muerte y «Pistol *Dandy*» lo era. Con un traje manchado, hecho jirones y sin un centavo, no podría ir muy lejos, pero pensaba que cualquier camino es bueno para evitar la silla eléctrica.

El reloj señalaba las doce, de la noche, la mejor hora para dar el gran salto en el abismo y poder burlar al agente del
F. B. I.

Esperó a que Fred y Tyler se durmiesen, aunque no parecían tener mucho sueño, debido a las cabriolas que efectuaba el avión empujado por el viento. «Pistol *Dandy*» pensó también que era lo único que le faltaba para completar sus vastos estudios: un ensayo de paracaidista; la muerte le esperaba al final del trayecto, si adelantaba la hora poco habría perdido...

De pronto, con la ligereza del tigre, dio un salto, describió el resorte, abrióse la puerta y se lanzó al vacío.

Fred se dio cuenta al instante de lo que acababa de suceder, y ni corto ni perezoso corrió hacia la abertura que establecía una corriente enorme de aire y, volviéndose a Tony, advirtió:

—¡Nos veremos en Washington!

Cuando Tony miró, Fred ya no estaba. Puso el piloto automático y fue a cerrar la puerta. Al ocupar su puesto, echó una mirada al espacio.

Dos hongos blancos iban descendiendo con bruscos balanceos...

«Pistol *Dandy*» se dio cuenta de que era seguido. Aquel hombre no le abandonaba ni en el aire. De haber conservado su pistola habría disparado contra Fred. El viento les empujaba hacia Lynchbg. Si llegaba a rasgarse la tela, la caída sería espantosa y, a pesar de todo su frío valor, el bandido se estremeció; pero a medida que descendían, el viento iba amainando hasta convertirse en suave brisa.

Fred vio debajo de sus pies un paisaje sombrío, y pensó si no irían a caer sobre algún lago, en ese caso, la muerte era segura para los dos. Durante el breve descenso, desagradables sensaciones le atormentaron.

Iba llegando a tierra, y lo que había tomado por un lago era un bosque. Al descender vio al «gángster» a menos de cien yardas, colgado de un árbol. El paracaídas se había enredado en las ramas y «Pistol *Dandy*» semejaba una enorme araña...

Apenas pudo desembarazarse de la tela corrió en busca de su prisionero, que seguía haciendo desesperados esfuerzos para soltarse, pero cuanto más se movía más se enredaba.

Fred subió al árbol y tuvo que recurrir a su pequeña navaja para cortar un par de cuerdas, librando así al cautivo que cayó envuelto en la tela.

—¡Hola, alteza! —dijo Fred irónico—. Buen paseo nos hemos dado, ¿eh?...

«Pistol *Dandy*» no respondió, porque estaba desmayado. Fred, como primera providencia, y para no sufrir nuevos errores, cortó un trozo de cuerda del paracaídas y le ató las manos. Después trató de hacerle volver en sí. Cuando el «gángster» abrió los ojos, contempló a su perseguidor, y una sonrisa despectiva surcó su semblante; después exclamó:

—¡Creo que he perdido...!

—Yo también lo creo; será mejor que busquemos una granja para pasar la noche. Un poco de café no nos vendrá mal.

Se pusieron en camino. La brisa era fresca y perfumada, con los aromas de los frutales cercanos.

Durmieron en una granja, encerrados con llave, que guardó el granjero. Fred ya no se fiaba ni de su sombra. El «gángster» era un hombre de grandes recursos y podía dar mucho que hacer.

Estaban desayunando, a la mañana siguiente, cuando llegó el

comisario de la población vecina, acompañado por dos policías. Fuera llamado por el granjero.

Fred le explicó el caso en pocas palabras. Había que ir en busca de los paracaídas y guardar secreto sobre aquella captura.

—Secreto profesional —agregó Fred—, y ahora, señor comisario, le ruego que me proporcione un par de esposas. También necesitaré un buen coche que nos lleve a Washington.

—¡Hola, inspector! —saludó Fred, penetrando en la oficina, seguido de «Pistol Dandy»—. Aquí tiene usted a nuestro amigo. Su alteza el príncipe Kovel, de Kielce. ¿Suena bien?

—Buen trabajo, muchacho. Menudo revuelo se armó. El telégrafo no ha cesado de sonar y hasta hemos recibido visitas diplomáticas. Ahora todo el mundo se cree con derecho para juzgar a este caballero. El jefe quiere verle, Fred. Acaba de marcharse Tony y ha relatado la aparatosa fuga en el aire. Es lástima que haya muerto el pobre número 13... ¡Ah! Me olvidaba. Alejó Prokopin está detenido, y parece que hay un asunto muy feo entre él y Davenport, pero eso ya pertenece a otra jurisdicción que no es la nuestra.

Fred depositó sobre la mesa las joyas y el dinero que llevaba «Pistol Dandy», y, después de llenar un formulario y firmarlo, iba a marcharse cuando el bandido le dijo:

—Estarás orgulloso de tu hazaña...

—Sólo he cumplido con mi deber.

—¿Y no tienes nada que decirme?

—Nada; respeto al hombre que va a morir...

Algunos días después paseaba Fred con Olimpia por las calles de Washington, cuando se acercaron a una parada de coches y subieron a un «taxi».

—¿Dónde vamos? —preguntó el chofer.

Fred quedóse sorprendido al reconocer a Chuck Tyler, muy estirado, dentro de su nuevo uniforme. Explicó que el mismo inspector Graham le había conseguido el empleo.

—¿Dónde vamos? —repitió.

—Al Central Park, tenemos una cita con una pareja de novios.

Por el espejo, colocado junto al parabrisas, Tyler vio cómo Fred besaba a Olimpia y ella le devolvía la caricia.

—¡Es una rubia estupenda! —murmuró el ex «gángster».

En el Central Park les esperaban Tony y Ketty. Subieron al coche. Al pasar por Texas Square, un vendedor de periódicos les ofreció un ejemplar del «Herald Times». En la primera página aparecía el retrato de «Pistol *Dandy*», y, debajo, en gruesos caracteres, las siguientes palabras:

«Esta mañana ha sido electrocutado en el patio de la prisión».

Fred arrugó el periódico y, arrojándolo por la ventanilla, exclamó, estrechando a su amada:

—Nadie puede luchar contra el Destino; amar y ser amado es la suprema aspiración que hará feliz a la Humanidad.

Olimpia sonrió y, su sonrisa fue contagiosa, porque todos sonrieron. Hasta Tyler, que no hacía más que tocar la bocina, mientras contemplaba por el espejo a las amarteladas parejas, pensando en el banquete que le aguardaba el día de los desposorios...

Y sobre el Capitolio volaban unos aviones que marchaban con rumbo desconocido, mientras por la gran avenida rodaban coches y más coches. Y la vida seguía su curso...



San Bernardo, 68



M A D R I D

¡ATENCIÓN, LECTOR!

EDITORIAL ROLLAN, deseando recompensar el entusiasmo del público por la Colección F. B. I., abre un original

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

cuyas bases son las siguientes:

1.ª A partir del día 20 de febrero actual, EDITORIAL ROLLAN admitirá, para este CONCURSO, las respuestas correspondientes al CUESTIONARIO del dorso, a las que forzosamente ha de acompañar un cupón de los que aparecen en la SEGUNDA EDICION de «¡CULPABLE!», número 1, SEGUNDA EDICION de la «HORA GRIS», número 2 del F. B. I. y SEGUNDA EDICION de «EL REY DEL HAMPA».

2.ª Cada semana se sortearán DOS magníficos PREMIOS entre los acertadores del CUESTIONARIO; siendo el PRIMER PREMIO una Colección completa de las acreditadas SELECCIONES LOTO (28 volúmenes, por un valor total de 140 pesetas); y el SEGUNDO PREMIO consistirá en una Colección de AVENTURAS Y HUMOR (10 volúmenes, por un valor total de 110 pesetas).

Madrid, 15 de febrero de 1959.

CUPON
CONCURSO DE
CULTURA POLICIACA

CUESTIONARIO

PARA EL

CONCURSO DE CULTURA POLICIACA

1.ª ¿Qué doble significado tienen las iniciales F. B. I.?

El doble significado de las iniciales F. B. I. es

.....

.....

.....

2.ª ¿Qué clase de delitos son de la competencia del F. B. I.?

Son de la competencia del F. B. I. los delitos de

.....

.....

3.ª ¿En qué caso de resonancia mundial ha intervenido el F. B. I.?

El F. B. I. ha intervenido en

.....

.....

4.ª ¿Dónde se halla la Academia para Agentes Especiales del F. B. I.?

La Academia del F. B. I. se halla en

.....

5.ª ¿Quién es el director actual del F. B. I.?

El director actual del F. B. I. se llama

.....

DATOS DEL CONCURSANTE

Nombre

Calle núm.

Ciudad

FRANK MCFAIR

el aplaudido autor de LUCHANDO EN LA
SOMBRA, nos dice:

"El contrabando de drogas ha sido siempre uno de los azotes de la Humanidad. Millones de personas aspiran, injieren o se inyectan el veneno que lenta, pero inexorablemente, terminará por enviarlos al manicomio o a la tumba. Para combatir esta plaga execrable he escrito

LA RUTA DE LA LOCURA

El Agente Especial Martín Farrell corta el nudo gordiano de una organización que traficaba en drogas, hasta entonces invencible. Su bravura y temple de aventurero le arrojan a las más escalofriantes peripecias, unidas a un drama conmovedor.

LA RUTA DE LA LOCURA

presenta a unos ojos azules que guían en la sombra de la intriga al agente Farrell, para que él logre sacar del vicio el alma de una deliciosa mujer.

NO OLVIDE ESTE TITULO

LA RUTA DE LA LOCURA

siguiente publicación de la sin par

COLECCION F. B. I.

NOTAS

[1] La Casa de Baco. < <